Manl. Ma. Lacosa

1847.

MINERVA

DE LA JUVENTUD ESPAÑOLA.

POR EL LICENCIADO

Don Juan Manuel Ballesteros,

sócio correspondiente de las reales academias de medicina y cirugía de Cádiz, Sevilla y Valladolid. Médico segundo del real colegio de sordomudos de esta Corte.

TOMO I.

Labor improbus omnia vincit.
El trabajo continuo lo vence todo.



MADRID:
Imprenta de D. Tomas Jordan, calle de Toledo.

AGOSTO DE 1833.

A LOS NIÑOS.

Niños mios, entregado todo á vosotros, no puedo menos de miraros con todo el interés que merece vuestra edad, y recomendaros una constante aplicacion que os haga colocar pronto en la categoría de los hombres. Ya veis, queridos niños, que vuestros padres se han afanado mucho, trabajando siempre en vuestro bien::; Es preciso que os pongais pronto en estado de reemplazarlos.

He aquí la causa porque yo que os amo tanto me dirijo á vosotros mas particularmente en este periódico, consagrado á haceros pronto hombres. Sí, niños mios; si os aplicais sereis pronto hombres, y hombres célebres en las ciencias, en las artes y en las armas.

Ser hombre, hijos mios, es ser bueno, amante de su Criador y de su pais, defensor de su Rey y de su Familia, util á sí y á los demas, siendo activo, laborioso, al paso que sobrio, honrado, siguiendo la rectitud, sin mentir ni adular á nadie, que reprime sus pasiones; en una palabra, que huye del vicio y abraza la virtud.

Niños mios, seguidme, que os ofrezco un periódico proporcionado á vuestro alcance para que seais pronto hombres. No espereis oir los cuentos de vuestra nodriza ó niñera, cuentos de monstruos y duendes, que os causaban tanto miedo; nada de esto vereis. Os amo demasiado para referiros tales cosas; siendo así que tengo que hablaros de vuestros semejantes que existen y os necesitan, y no de monstruos y encantados que nunca han existido. Historias verdaderas é importantes son las que os referiré, en lugar de cuentos absurdos.

¿Sabeis lo que es la historia, niños mios? La historia es todo lo que pasa en las calles, en las plazas, en los palacios, en Madrid, en España, en América y en todo el mundo. Es menester saber lo pasado para prever el porvenir y comprender lo presente. Lo presente es la historia en que trabajan vuestros padres; el porvenir es la historia que vosotros debeis continuar algun dia.

Hijos mios! ¿sabeis cuántas penas y afanes ha costado á vuestros padres el educaros y alimentaros? No se habrán educado ellos con tanto esmero como vosotros; tal vez lo habrán sido por sí mismos, y en medio de sus tareas, y sin

embargo la vuestra es el objeto de sus desvelos y su amor. ¡Qué reconocidos debeis estar á vuestros buenos padres! mas para comprender todo el reconocimiento que les debeis, es menester aplicaros.

¡Oh! queridos niños, dejad obrar á vuestros padres! ellos os enseñarán todo lo que hay que saber de bueno, de util y agradable. Lo que es bueno, esto es, la virtud; lo que es util, esto es el saber. Virtud y ciencia; he aquí las dos grandes distinciones entre los hombres. Ser príncipe ó rey, ser rico ó poderoso es mucho, ser virtuoso y sabio es todo!

Mis lecciones se dirigirán, ya á formar vuestro entendimiento, ya vuestro corazon. Procuraré que seais instruidos y buenos, que es todo lo que un noble y juicioso niño debe saber. Es menester que seais felices cuanto sea posible en este mundo lleno de disgustos. Así, venid hijos mios; tomad mi mano paternal, y no nos separemos; decidme vuestras penas, que yo os consolaré; esponedme vuestras dudas, y os responderé. Seremos todos amigos; sí, amigos sin temor, sin reserva, y sin ceremonia. Mi periódico es un periódico de hermanos: antes de mucho ya nos entenderemos los unos á

los otros: seré un amigo vuestro, pero no un amigo viejo y moroso que chochea algunas veces; sino un amigo jóven, que os quiere de veras y que os acompañará en todas vuestras situaciones; que habla á todos los niños, sean ricos ó pobres, en coche ó á pie, á los que saben leer, que son honrados, laboriosos, que aman á Dios, á sus padres, á sus maestros, á sus superiores todos, y especialmente á su Rey, y que dan limosna á los pobres.

He aquí, niños mios, lo que tenia que deciros. Mi periódico es para todos los niños. *Minerva*, á quien la gentilidad llamaba *diosa de la sabiduría*, bajo cuyo nombre se publica, acogerá á todos bajo su proteccion, y se ocupará igualmente de las lecciones que han de hacer vuestra futura suerte. Una cosa tan solo os pido, amiguitos mios, y es que leais esta obra, recompensando con un poco de celo y atencion los desvelos que me mereceis.



J. V. lo dibujo. C. V. lo gravó

Las Delicias del campo recrean de las fatigas del Estudio.

EL RETORNO

DE LA ESTACION DE LAS FLORES. (*)

Alegraos, niños mios, en la dulce y amable primavera: ya se aleja de nosotros la rígida estacion que cubriendo los campos de nieve y helada escarcha, no os permitia disfrutar de las delicias del campo, ni esplayar vuestra festiva imaginacion en inocentes y divertidos juegos por las vistosas praderas. El sol con su brillante luz disipa la oscuridad que nubes opacas mantenian sobre nuestro horizonte. Todo se renueva; los campos se cubren de alegre verdor, matizado por una inmensa variedad de vivos colores, que las flores reflejan al desarrollarse sobre sus agraciados cálices.

La primavera se acerca con aire festivo y amigable sonrisa, como fiel precursora de los inmensos dones que atesora en su rica copa, que á manos llenas derrama difundiendo la vida por donde quiera, y colmando á los hombres de beneficios; y

---

(*) Este número se trabajó para el mes de mayo.

si la naturaleza os ofrece esta primavera tan agradable y benéfica, siendo una de las cuatro estaciones del año; podemos tambien decir, no sin propiedad, que hemos llegado á una primavera social. Ella ha estado, niños mios, envuelta por mucho tiempo en los rigores, crudezas y oscuridades de un triste y sombrío invierno que va desapareciendo por haberse presentado sobre nosotros una estrella, un sol brillante como el de la naturaleza. Una Reina que penetrando los sentimientos de su augusto Esposo el Rey nuestro señor, y viendo que eran dirigidos al bien de sus reinos; pero cuyo efecto lo habian impedido diferentes obstáculos, ha tratado de removerlos y poner espeditos los caminos de la bondad. Esperemos, niños mios, con la mayor confianza que aumentándose mas de dia en dia tan benéfico influjo, se reanimará cada vez mas nuestra nacion adquiriendo sus individuos una nueva vida, presentándose alegres y floridos como las plantas en la primavera de la naturaleza, con la esperanza de reproducir provechosos y deleitables frutos. Pues bien, hijos mios, llenos de placer por entrar tambien en esta primavera; porque en ella podreis ejercer mas

ventajosamente vuestras facultades, recibiendo el influjo de un ilustrado Gobierno que cual sol en la primavera vá á derramar su brillantez, al paso que blanda luz, desterrando con ella las tinieblas que nos cubrian. Este es un presagio de paz, con la que se desterrarán los odios, se reunirán los corazones y se restablecerá la concordia en el seno de las familias. ¡Qué feliz sería nuestra vida si los cortos dias de ella se pasasen unidos con tan dulces lazos! ¡lazos de amistad, armonía y concordia duraderas y estables! Mas esto no es posible en la fragilidad humana: pasados los primeros años de la vida con inocentes sentimientos, entran á dominar crueles pasiones, comienzan los aborrecimientos, de que se siguen los engaños encendiéndose una continua guerra que inquieta, que perturba y que destruye el sosiego y la paz. Solo vosotros, amables niños; únicamente vosotros permaneceis sencillos, inocentes y candorosos: disfrutad, hijos mios, de este dichoso privilegio de vuestra edad, y compadeced á los adultos que por un falso cálculo abandonan la primitiva sencillez para entregarse á pasiones antisociales, enemigas de su propio reposo.

Feliz edad la vuestra, niños mios, en la que los años trascurren sin sentir: edad en la que cada primavera es un beneficio, pues cada primavera os acarrea nuevas gracias, nueva robustez, nuevas fuerzas, salud, instruccion, inteligencia y felicidad. Exentos aun de los cuidados y penalidades de la vida, pasais los dias en medio de la alegría y los placeres sencillos, en tanto que nosotros únicamente nos regocijamos al paso que viéndoos medrar en edad creceis tambien en sabiduría y virtud, manantiales de verdadera felicidad. Cultivad, pues, tan propicias disposiciones, que solo se pueden lograr en vuestra edad; creced y robusteceos con ellas, para que cuando el tiempo os haga pasar de esta edad á otra, sepais y podais resistir mejor á las fatales impresiones de los vicios. Pero, hijos mios, esa sencillez, ese candor con que salís de las manos de la naturaleza os sujeta en vuestra tierna edad á mil peligros, os espone á mil errores, porque la delicadeza de vuestros órganos, junta vuestra inesperiencia, os hace tan susceptibles de las impresiones viciosas, cuanto de las que son virtuosas. ¿Y cómo evitar tan funesta inclinacion? ¿Cómo precaveros de los peligros que

os rodean, y dirigiros en vuestros estudios y progresos?

Para facilitar la solucion de estas dificultades es para lo que os ofrezco mi ayuda y mediacion, si vosotros os resolveis á corresponder dóciles á ella. Sí, hijos mios; me declaro vuestro protector, vuestro amigo, vuestro hermano, que sabedor de vuestra índole é inclinaciones, os guiaré en vuestros nacientes estudios, os seguiré en vuestros sucesivos adelantamientos, y pasando insensiblemente por todos los escollos en que se pierde la niñez, os haré penetrar poco á poco en un nuevo orden de ideas, inspirándoos como la primera y mas principal de todas ellas la del *temor de Dios y ejercicio de las virtudes.*

Sí, hijos mios, vosotros sois el objeto de toda mi solicitud; y si vuestra infancia causa todos mis desvelos, vuestros progresos me colmarán de alegría, remunerándome suficientemente de mi trabajo con ella. Os amo entrañablemente, porque siendo juiciosos, ingenuos, atentos y aplicados, fomentareis la lisonjera esperanza que me alienta de que si hoy no sois hombres hechos, lo llegareis á ser algun dia cual la

patria os necesita. Y á vosotras tambien, niñas mias, os amo de corazon y os dirijo mi voz: porque á vuestras interesantes gracias, cándidas y modestas cualidades, no deben faltar las prendas correspondientes á los niños bien educados.

Mi afecto es estensivo, niños mios, á todos vuestros semejantes, especialmente en nuestra patria; pero no es posible que alcance mi voz á ellos, cuyo defecto procuraré remediar haciendo lleguen mis escritos, en los que encontrarán lo mismo que á vosotros os hablo. Así pues, vosotros todos los que bajo la proteccion de vuestros padres os mostrais tan buenos, dóciles, activos, infatigables y estudiosos, dispuestos á todas las inspiraciones útiles, y con los gérmenes de todos los ramos del saber humano, los desarrollareis con mi ayuda; para lo cual os reuno amistosamente á todos, manifestándoos mis sentimientos, y enseñándoos las doctrinas capaces de vuestra inteligencia y provecho.

Por ello no llamaré vuestra atencion ácia un objeto que no sea digno de vosotros y nos conduzca al fin que me propongo. Os hablaré de vuestro verdadero ser, de los diversos deberes que tienen impuestos

todos los hombres en sus diferentes relaciones, ya con Dios, ya consigo mismos, ya con los demas hombres, cuyo conocimiento y esacto desempeño constituye un ser racional. Está muy distante de mi pensamiento el trataros como si toda la vida hubieseis de ser niños; por el contrario, mi conato es hacer de vosotros buenos hijos, constantes amigos, fieles esposos, padres cuidadosos, y en fin buenos ciudadanos que honreis á la patria donde recibisteis el ser, y lleneis algun dia las funciones de la sociedad. Todas estas máximas os las inculcaré agradablemente por medio de lecciones é historias interesantes, con las que al paso que vuestra imaginacion se deleite, el entendimiento reciba sólida instruccion, se purifique, se reforme y se mejore.

Las historias que os refiera serán acomodadas á los diferentes estados y flaquezas de la niñez. Dios no permita que os presente lo que hagan nacer en vuestros corazones la envidia, la ambicion, ni otras desastrosas pasiones; muy por la inversa; serán mil y mil inocentes relatos que os den lecciones útiles para corregir cualquier defecto de que os halleis dominados, ó para imitar virtudes que os hagan apre-

ciables: mas todo con la claridad y sencillez que me sea posible y conciliable con la brevedad.

No por esto se crea que dejaré de hermosear una obra dedicada espresamente á la juventud con cuanto crea serle útil y agradable, ademas de lo indicado en los diversos ramos que abraza la educacion de tan interesante porcion de la especie humana, sin que perdone para ello tareas ni dificultades.

Vosotros, niños mios, por vuestra parte coadyuvad á mi objeto prestándoos dóciles y prontos á abrazar todo lo que contribuya á vuestros adelantamientos en la carrera de la perfeccion social, que por la mia redoblaré mis esfuerzos á medida que me persuada de vuestro aprovechamiento, único fin que me propongo en esta obra.

LA ROSA, EL JAZMIN Y LA ENCINA.

De no conocerse á sí mismo se originan siempre la vanidad y el orgullo: nosotros regularmente despreciamos á los demas porque suponemos que nuestro mérito es su-

perior al de todos; y no solamente procedemos con ligereza cuando tratamos de formar juicio de las calidades de otro, no cuidando de examinarle como corresponde, sino que tambien somos injustos, pues nada nos parece bueno en él sino lo que es conforme á nuestro gusto y á nuestras opiniones. Por lo regular no amamos lo bueno, ni lo util, sino solo lo que nos agrada á primera impresion; y esta viciosa inclinacion es un manantial inmenso de errores; por esta razon, para formar una idea justa de nosotros no hemos de atenernos al dictamen de nuestros amigos; porque ademas que la amistad los inclina á mirarnos con indulgencia, suele suceder que la semejanza y conformidad de sus defectos con los nuestros los ciega y les hace hallar un interes en adularnos; y así solo de la boca de un enemigo á quien haya irritado nuestro orgullo salen á veces aquellas austeras verdades que pueden hacernos conocer nuestras faltas y estimularnos á la enmienda, como lo demuestra el apólogo siguiente.

En las márgenes de un arroyo, entre mil olorosas flores crecian á la par el jazmin y la rosa: engreidas ambas flores en su hermosura, á quien servía de espejo el tras-

parente cristal de aquella clara corriente, mientras con vana complacencia se miraban en ella, se pusieron á hablar entre las dos de su belleza en estos términos. ¿Quién podrá dudar, decia la rosa, que nosotras somos las flores favorecidas del Céfiro, quien siempre nos escoge para tejer guirnaldas á su esposa? Y á la verdad entre la halagüeña familia de flores que hermosean este vergel, ninguna veo que pueda compararse con nosotras, pues juntamos la suavidad de olor á la hermosura, y somos las únicas que gozamos de la apreciable prerogativa de recrear los sentidos á un mismo tiempo. ¡Cuántas veces la amable Filis, por mas sobresalientes que sean los colores de su rostro, ha envidiado los mios cuando al mirarse en el líquido cristal de las fuentes me ha arrimado á sus mejillas para compararlos conmigo! Si se trata de adornar el cabello ó el seno de las damas, nosotras merecemos la preferencia, y á veces en sus manos delicadas somos ó un testimonio mudo de su predileccion, ó las silenciosas depositarias de sus amores. Por último, no hay en todo el reino vegetal flor alguna, planta odorífera, tierno arbusto ni arbol de la mayor corpulencia, que desconozca

nuestras calidades y se atreva á disputarnos el honor de la primacía.

Arrebatada de gozo y envanecida escuchó la cándida flor el lisonjero discurso de su compañera, y tomando luego la palabra respondió de esta suerte. Mira allí cerca á esa antigua y disforme encina. ¿No ves qué hojas tan toscas que tiene? ¿no ves qué corteza tan basta y resquebrajada? ¿A quién le habrá ocurrido colocar tan cerca de nosotras á ese grosero vegetal? Te aseguro que aunque su vista no desluce mi brillantez, por lo menos me fastidia y entristece. A bien que todos la tratan como merece, pues solamente se emplean en ella las callosas manos del rústico labriego ¡Qué poco cuerda ha andado la naturaleza cuando entre sus agradables producciones ha incluido una planta tan bronca y espantosa! ¿Por qué en lugar de álamos, fresnos, encinas y pinos no habrá criado solo rosas y jazmines?

Aquí el respetable árbol, que habia estado oyendo aquella necia conferencia, sacudió la magestuosa cabeza, é interrumpiendo las vanas jactancias de las dos flores, dijo: callad orgullosas plantas, callad, que esos atractivos que tanto apreciais, apenas

llegarán á mañana. He visto tantas de vuestras semejantes nacer y morir en ese sitio, que casi ignoro vuestra existencia. Vosotras solo habeis sido criadas para una efímera pompa; y así, cogeros y olvidaros es obra de un mismo dia. Sabed por lo contrario que este tosco árbol de que haceis tanto desprecio, está dotado de calidades mucho mas sólidas y duraderas que las vuestras. Mi cuerpo nervioso y robusto resiste al furor de las tormentas, y de consiguiente sirvo de abrigo á los hombres y á los ganados contra la lluvia, el granizo y los ardores del Sol. Hace mas de cien años que estas fecundas y torcidas ramas suministran abundante pasto al util animal que se alimenta de bellotas; y cuando ya estenuada y casi seca me halle proxima á la muerte, espero sobrevivir á mi misma ruina, pues surcando entonces las ondas del inmenso Océano, correré de una á otra estremidad del mundo, de donde volveré luego cargada de riquezas y géneros peregrinos. ¿Y vosotras entretanto, con toda esa necia vanidad qué hareis? ¿De qué servireis? ¿Qué será de vosotras? os olerán hoy con agrado, y mañana marchitas y ajadas os hollarán con desprecio.

Aun no habia acabado de hablar la juiciosa encina, cuando ya el ardor del Sol habia hecho bajar la cabeza á las dos imprudentes flores, que perdiendo poco despues su olor á un tiempo y su lozanía, cayeron secas y desfiguradas al suelo, perdiéndose entre la escoria de las flores mas despreciables.

¡Oh vosotras hermosas jovencillas! si acaso engreidas en vuestra belleza os olvidareis de que ese es un bien momentáneo sujeto á mil contratiempos, y que las verdaderas prendas de vuestro sexo capaces de resistir á los embates de las vicisitudes humanas y de labrar vuestra felicidad y la de vuestra familia, son la virtud, la prudencia y demas dotes del ánimo, miraos en el espejo de estas dos flores, y hallareis en ellas vuestro retrato, y un anuncio infalible de la suerte cruel que os aguarda. A fin de evitarla os voy á presentar trabajos, nó para haceros solamente agradables como las flores por su esterior hermosura, sino para que os formeis robustas encinas, que resistais los impulsos fuertes de los vicios cuando llegue el caso, como no dejará de llegar, de que os acometan queriendo echar por tierra vuestra bondad y virtud.

INTRODUCCION A LA HÍSTORIA NATURAL.

Como en el discurso de este periódico he de tocar, segun mi plan, varios artículos de historia natural, me parece conveniente dar á mis lectores una idea previa de ella para que cuando lean algunos números de este papel no ignoren á qué facultad pertenecen: en la inteligencia de que siempre me acomodaré á la capacidad y gusto de las personas para quienes escribo, procurando instruir deleitando, que es el objeto que me he propuesto.

La historia natural es una ciencia, hijos mios, que generalmente abraza todas las producciones de la naturaleza, que se dividen en tres clases ó reinos, como suelen llamarse por los naturalistas, á saber: el reino animal, el vegetal y el mineral. Pertenecen al primero todos los vivientes, empezando por el hombre, sin escluir los mas imperceptibles insectos: al segundo, todas las plantas y yerbas de cualquiera forma que sean; y al tercero, los metales fosiles y piedras; de conformidad que esta

ciencia, por sus pormenores, ofrece un espectáculo interminable y al mismo tiempo asombroso y magnífico.

Dos modos hay, hijos mios, de dedicarse á la historia natural; el uno consiste en observar las producciones de la naturaleza, examinando sus propiedades para descubrir el orden que guarda en sus operaciones, y el otro en recoger y juntar esas mismas producciones para clasificarlas segun las diferencias esenciales que las distingan. Sin grandes gastos, cuidados y fatigas no se consigue formar un gabinete de historia natural; pero como es casi imposible comparar entre sí los fenómenos sin tenerlos á la vista, la historia natural sin él no sería ciertamente sino un caos de confusion. Sin embargo, hijos mios, á vosotros os será facil adquirir algunos conocimientos de tan hermosa ciencia sin tantas fatigas: ya habeis visto el gabinete de historia natural que tiene S. M. en la calle de Alcalá, que es de los mas ricos entre los que tienen los soberanos de Europa: el Jardin botánico, que está en el paseo del prado, posee mas de 8000 ejemplares de plantas: en el retiro hay muchos animales de diferentes especies. Pero como no todos

tienen la proporcion que vosotros para examinar tan ricos gabinetes, tampoco todos pueden sacar todo el fruto posible del examen de tantos objetos reunidos. A pesar de que siendo esta una ciencia que ademas de entretener y divertir por sus agradables indagaciones conviene á todas las edades, y es muy propia para ejercitar el cuerpo y el ingenio, es por otra parte muy capaz por sí sola de llamar y fijar la atencion del hombre menos sensible, por la variedad, hermosura y grandeza de los objetos que ofrece á su vista, muy dignos todos de empeñar su atencion y estudio hasta descubrir las admirables propiedades que los caracterizan. Con este conocimiento es facilmente conducido el hombre al de su Criador y llegar á tocar con la reflexion la grandeza del Ser supremo, su omnipotencia, su infinitud en bondad, teniéndolo por el mas perfecto, y en una palabra, por el sumo bien que es la fuente de todos los bienes, y á cuya consecucion debemos aspirar con todos nuestros trabajos si queremos ser verdaderamente dichosos.

Aunque un hombre dotado de un talento perspicaz pueda por sí solo hacer grandes progresos en las ciencias exactas, y

abrazar con su propio ingenio todos los principios y resultados que establecen la ciencia, en la historia natural no sucede así; pues solo una parte, la mas ínfima, por ejemplo, la historia de los insectos, es muy bastante para ocupar la vida, no digo de uno, sino de muchos hombres laboriosos.

La historia natural abraza verdaderamente todos los objetos de que hemos hecho mencion; pero se divide en varios ramos que forman otras tantas ciencias y toman el nombre de la materia de que tratan, como por ejemplo, la mineralogia, que enseña á conocer los minerales cüerpos que se hallan en lo interior de la tierra, cuales son los metales, piedras, fosiles, etc. La botánica, que enseña á conocer metódicamente los vegetales y todas sus partes, y la zoología, que es aquella parte de la historia natural que nos enseña el carácter general y particular de todos los vivientes, especificando sus instintos y calidades.

Para proceder con método y orden en la historia natural, se han establecido divisiones segun las distintas especies y propiedades de los seres; pues siendo tanta su muchedumbre y variedad, todo se volveria confusion y desorden sin un método ó cla-

sificacion que los presentase distintamente reunidos en grupos que, gozando de un carácter comun, nos proporcionasen el bajar luego al carácter propio y particular de cada individuo, por medio de divisiones y subdivisiones, fundadas todas en el aspecto esterior y relaciones de cada uno.

Convencidos de la importáncia de la clasificacion los naturalistas, han trabajado incesantemente en su formacion desde la mas remota antigüedad, y sus métodos y clasificaciones particulares han ido sucesivamente mejorándose hasta que en nuestros dias el célebre *Cubiers* ha establecido una en la que teniendo presente cuanto han escrito los que le han precedido, ha puesto el reino animal en un estado de perfeccion admirable, por la precision y lo bien caracterizado de sus órdenes.

Siguiendo á este célebre autor, y dando principio por la Zoologia ó Reino Animal, dividiremos todos los animales, ó sean los seres sensibles capaces de movimiento, en dos grandes secciones.

1.ª *Animales vertebrados*, ó que tienen columna vertebral.

2.ª *Invertebrados*, ó los que no la tienen.

Los *Vertebrados* se dividen en cuatro grandes clases, que son *Mamíferos*, *Aves*, *Reptiles y Peces*. Los animales de la primera clase son vivíparos, y tienen tetas para alimentar sus hijuelos; mas los de las tres siguientes son ovíparos.

Los mamíferos se dividen en varios órdenes, de los cuales el primero contiene solamente el único género del hombre, cabeza de toda la escala del reino animal, y que merece bajo todos respetos la preferencia, en razon del alma racional de que está dotado, y por su perfeccion admirable que le permite poner en práctica las inspiraciones de ella.

Siguen los órdenes sucesivos de los grotescos y festivos monos, de los feroces y carnívoros habitantes de los desiertos de Africa, de los pacíficos de nuestras campiñas, de los animales domésticos que tantos servicios prestan á la agricultura y al comercio, y finalmente de los cetaceos formidables habitantes de los mares, con la cola horizontal y sin estremidades posteriores, pero que convienen en el carácter genérico de los mamíferos, pues son vivíparos, respiran por pulmones y dan de mamar á sus hijos.

2.ª *Aves*: seres de infinita variedad de matices y mezclas de colores, que se agitan y mueven en todo sentido, que se transportan de un lugar á otro por la vasta region de los aires. Son el encanto y adorno de nuestras campiñas, á las que vivifican con sus cánticos y sus amores. Estan dotadas de la vista mas perspicáz y del oido mas fino.

Se dividen en seis órdenes, todos fundados en la diversa configuracion del pico y de la membrana que une los dedos de los pies.

3.ª *Reptiles*; cuya voz significa andar arrastrando; lo que es comun á casi todos los animales comprendidos en ella: estos animales siempre han sido mirados por el hombre con cierto respeto, debido á su aspecto tétrico y pavoroso, y á cierto tufo narcótico que acompaña á algunos de ellos.

Se dividen en cuatro órdenes, que comprenden las tortugas, los lagartos y cocodrilos, las serpientes y culebras, y las ranas y los sapos.

4.ª *Peces*; los cuales son animales que respiran por agallas, y se multiplican del modo mas prodigioso, llenando las vastas profundidades del Océano, y estendién-

dose por los rios que atraviesan la superficie de la tierra, y cuya numerosa propagacion es necesaria, atendiendo á la multitud que se pierde y consume el hombre y otros animales aun de la misma clase de peces; teniéndose por adagio que el mayor se come al menor. Se dividen en órdenes caracterizados por la diversa posicion de las agallas y aletas, y por la mayor ó menor consistencia de los radios que las sostienen.

La segunda seccion, que hemos dicho ser de animales invertebrados, contiene cuatro grandes clases; á saber, *moluscos*, *articulados*, y *zoofitas*, y contienen mucho mayor número de animales que los de la primera seccion.

1.ª *Moluscos*: animales carnosos y blandos, provistos de tentáculos, bien terrestres ó bien fluviales, muchos revestidos y cubiertos por una ó mas conchas de naturaleza calcárea, en las que se admiran la variedad y hermosura de formas y colores, y estas conchas sirven de habitacion al animal.

Tiene seis subdivisiones, y muchas de las especies que contienen solo se hallan petrificadas dentro de las capas de la tierra.

2.ª *Articulados*; que comprende las cuatro clases de *anelides*, *crustáceos*, *aragnides* é *insectos*; todas numerosísimas, en especial la de los crustáceos, en la que se contienen todas las variedades de cangrejos; y finalmente, la de los insectos, clase en que la naturaleza se presenta con tanta profusion y variedad, que ella sola comprende doce órdenes: en ellos estan caracterizados ya en su estado de perfeccion, que es cuando propiamente se llama insecto, ó ya en otro, en el cual sufren varias metamorfosis, y se conocen con los nombres de *larva*, *crisalida*, etc.

3.ª y última clase: *zoofitas*, en la que así como se aproxima el término de la escala del reino animal, así los animales contenidos en ella, y divididos en cinco clases, parecen ya privados de movimiento. Unos habitan en otros animales, y tienen el cuerpo prolongado y formado por articulaciones circulares; otros, solo visibles con la ayuda de los microscopios, viven en los líquidos, como son los infusorios; otros, finalmente, habitan la profundidad de los mares, como los polipos, donde fabrican para sus habitaciones tanta variedad de madreporas, milleporas; y final-

mente, la maravillosa estructura de los corales.

Tal es una sucinta idea de la clasificacion zoológica, evitando el entrar por ahora en pormenores relativos á los diferentes órdenes y géneros, para lo que habrá lugar en los siguientes números de este periódico; contentándome en esta, hijos mios, con daros estas nociones generales de la historia natural, para que os prepareis á oir las especiales que os presentare en lo sucesivo, y que os servirán de diversion, como tambien de utilidad.

RASGO DE AMOR FILIAL.

El amor á los padres; esta tan sagrada obligacion para con los autores de nuestros dias, se halla de tal modo impresa en nuestros corazones, que se mira como un desnaturalizado é impío el que se desentiende de tan sagrados deberes; al paso que es universalmente apreciado el que teniendo presente cuánto debe á los que le han dado el ser y educacion, recompensa con su amor y agradecimiento los

cuidados que les ha debido en su infancia. Las historias nos presentan admirables ejemplos de amor filial en los mas esclarecidos varones. En ellas vemos á Cimona, joven romana, introducirse en la prision y sostener con la leche de sus pechos la existencia de su padre anciano y encarcelado: á Scipion, llamado despues el Africano por sus victorias, á pesar de ser tan distinguido general romano, viendo á su padre debilitado de fuerzas por su ancianidad, lo conducia y servía como de su báculo: á Alejandro el Grande, se precipitó en las filas enemigas á la edad de diez y siete años en defensa de su padre Filipo, herido y derribado del caballo: el piadoso Eneas lleva sobre sus hombros á su padre Anchises, consumido de vejez, por entre las ruinas y el incendio en la noche fatal de la destruccion de Troya. Finalmente, Herodoto (*lib.* 1) refiere el interesante pasage siguiente:

Creso, quinto y último rey de Lidia, tenia un hijo de bello aspecto y aventajado ingenio, pero mudo de nacimiento, pues ya habia llegado á la edad de la adolescencia sin que hubiese podido articular palabra alguna. Para enmendar este de-

fecto de la naturaleza, ¡cuánto no emprenderia y haria esperimentar un padre, cuya opulencia ha pasado á ser proverbio, en favor de un hijo único, destinado á sucederle en su imperio é inmensas conquistas! Mas todos los auxilios del arte fueron vanos. En lo sucesivo Creso llegó á verse decaido de su grandeza, en términos que vencido por el ejército de Ciro, rey de Persia, se vió obligado á encerrarse en *Sardis*, capital de sus estados; la que sitiada por el ejército enemigo, al fin fue tomada por asalto, en cuya crisis un soldado persa se precipitó sobre Creso sin conocerle, y con la espada desnuda iba á quitarle la vida; pero su hijo, que vió el inminente peligro en que se hallaba la vida de su padre, esperimentó tan fuerte conmocion, que olvidado de la facultad que le habia negado la naturaleza, hizo un estraordinario esfuerzo y prorumpió en estas palabras: *soldado, no des la muerte á Creso*; con lo que logró desviar de la cabeza de su padre el golpe mortal que la amenazaba, y él consiguió hablar clara y articuladamente todo el resto de su vida: ¡digno premio de su amor filial!" Hijos mios, no olvideis tan digno ejem-

plo: el amor á los padres ocupa el primer lugar en vuestros corazoncitos; y debeis saber, que siendo la mejor de las virtudes, son tambien las que premian con profusion Dios y los hombres; y yo viéndoos á todos tan dispuestos á imitar al nudito de la historia que precede, os prometo llevaros mañana á dar un largo y bonito paseo.

LA LAGUNA DE SAN MARTIN DE CASTAÑEDA.

Hijos mios, es menester que os apliqueis mucho esta mañana para que os entereis en las lecciones pronto, que hoy es jueves y tenemos que dar un paseo muy largo, y quiero contaros una bonita historia.

Sí, sí, papá, nos pasearemos mucho, y por donde vaya poca gente, para que no le interrumpan á V.

Eugenio. Ya sé yo por dónde podemos ir sin que nos vea nadie, y....

El Padre. Vamos, hijos mios, ahora no quiero que os distraigais en pensar en la eleccion del paseo, el tiempo es muy precioso, y en todas ocasiones se debe eco-

nomizar como un tesoro de grande estima yo os he distribuido vuestras tareas, de modo que llenando las horas que á ellas se dedican, cumplireis con mis mandatos, aprendereis bien vuestras lecciones, y os quedará tiempo para divertiros: ya se va acercando la hora de comer, y en la mesa podemos acordar el paseo.

La Madre. Hijos mios, vamos á comer, que la tarde está hermosa, y quiero que la aprovecheis.

Todos. Sí, sí, mamá; V. tambien vendrá con nosotros, y oirá una historia muy bonita que nos vá á contar papá. Sí, hijos mios, con muchísimo gusto; vuestra mamá se complace siempre en acompañaros.

El Padre. ¿Vaya, Eugenio, dinos ahora por dónde piensas tú que iremos mejor para que no nos interrumpan la narracion de la historia?

Eugenio. Por las delicias hasta el primer molino, pasando el canal por el puente de Santa Isabel, y siguiendo la pradera, ó bien dirigiéndonos por el plantel que hay á la izquierda, y sin pasar el puente llegamos hasta la esclusa, por entre aquellos hermosos arbolitos, y sin que nos vea nadie.

Enrique. En ese camino tambien se encuentra mucha gente que van á paseo al canal; otros que suben de pescar, otros de tirar á los pajaritos, y muchos pastores que vienen de::::

Eugenio. Mejor será que lo dejemos á eleccion de papá, que sabe mas bien los paseos retirados que nosotros.

El Padre. Pues bien, hijos mios, ireis á la casa de campo, que es una hermosa posesion de recreo que tienen los Reyes de España, y que aunque está muy cerca de Madrid, sobre la orilla opuesta del Manzanares, no se encuentra gente.

Alejandro. Ay, sí, papá; pero no nos dejarán entrar, porque el otro dia echaron á unos muchachos que pasaron del rio y querian pasear por aquellas arboledas.

El Padre. Es cierto, hijo mio, que no á todos dejan entrar, y mucho menos á los niños enredadores que todo lo estropean; pero tú verás como á nosotros que vamos con juicio no nos dicen nada. Ea, vamos, ir vosotros delante, que mamá y yo os seguiremos.

Alejandro. Papá, ¡cuántos toros hay allí! yo no me atrevo á pasar.

El Padre. No seas cobarde, hijo mio:

esos son los bueyes de las carretas de carbon, de las que traen la madera y la piedra á Madrid, y no se meten con nadie; seguid sin miedo, y esperad en aquella puerta.

Eugenio. Bien nos decia papá, Alejandro; mira como los guardas no nos han dicho nada al entrar por la puerta.

Enrique. Papá, ¿quién es aquel hombre que está allí á caballo?

El Padre. Hijo mio, es la estatua ecuestre de Felipe III, es de bronce, y muy hermosa; pesa 12,518 libras; aun verás otras estatuas de igual mérito en los ángulos del jardin, así como unos nuevos prados artificiales, una casa de vacas á la manera de Italia, unos recientes plantíos de moreras para la cria de gusanos de seda, un gallinero, un jardin á la inglesa, y un palacio gótico, que todo es debido al genio creador de nuestra amada Soberana.

Eugenio. ¡Qué arboledas tan hermosas! ¡qué calles tan largas y tan anchas! aquí sí que nos contará papá la historia sin que nadie le interrumpa.

El Padre. Sí, hijos mios: ya estamos cerca de los grandes estanques de pesca que encierra esta posesion, y en cuya ori-

lla nos sentaremos ; pero conozco vuestra impaciencia, y daré principio á mi promesa: prestadme atencion.

En una de las hermosas mañanas de primavera se salieron de su casa tres hermanitos, dos niños y una niña, llamados el mayor Constantino, el otro Miguelito y la hermanita Petra, y se dirigieron de la Puebla de Sanabria, villa situada en las inmediaciones de Galicia, y á la raya de Portugal, en el distrito de Leon, á una famosa laguna que hay inmediata á una aldea pequeña, que llaman San Martin de Castañeda y al monasterio de PP. Bernardos, de quien es propiedad. Las aguas de esta laguna, muy célebres en otro tiempo en mas de veinte leguas en contorno, en cuyo fondo dicen existe aun una antigua ciudad que se sumergió, y de la que no quedaron mas restos que el monasterio que hemos dicho que está cerca de allí; tenian, segun dicen, la singular propiedad de agrandar los objetos que se ponian en contacto con ellas, es decir, que una punta del vestido empapada en su maravillosa agua, se convertia en una pieza de paño entera; el mas pequeño alfiler se trasformaba en una gruesa y larga

espada; unos zapatitos de niño se cambiaban en un par de botas.

Todos los peces de este lago estaban tan gordos como bueyes. Se contaban sobre todo esto historias muy singulares, de las cuales no citaré por ahora mas que de la de un pajarillo que acosado de la sed tuvo la desgracia de dejarse caer sobre los juncos, y tan luego como metió su pico en el agua empezó á rebuznar como un burro, porque su pico se habia ensanchado mas que la boca de un horno.

Esta aventura y otras mil del mismo jaez hacian de la laguna de San Martin un objeto de temor y curiosidad al mismo tiempo para toda la comarca. Pocas personas se atrevian acercarse ni siquiera á veinte pasos. Los mas intrépidos se contentaban con observarla de lejos; sin embargo, nuestros tres niños corrian ácia la laguna agarraditos uno á otro, llevando á la niña en medio y volviendo la cabeza de tanto en tanto para asegurarse de que nadie los seguia; pero ninguno pensó turbarlos en su carrera, porque se les conocia que eran buenos niños y temerosos de Dios. Por otra parte, se sabia que si corrian así con todas sus fuerzas, no podia ser

sino por algun loable motivo, ó para apresurarse á ejecutar alguna buena accion; y ésta es la causa porque el único hombre que se encontraron, que fue un pastor ya muy viejecito, no solamente los dejó pasar sin hablarles palabra, sino que ató con una cuerda á su perrazo negro que habia comprado el dia antes, y que no conociéndolos queria lanzarse sobre ellos para morderlos. Ya veis, hijos mios, que si ellos fueran malos niños, no hubiera tomado el anciano pastor tanta precaucion para impedir que su perrazo negro los mordiera.

¿Qué les importa á los pastores las piernas de los niños desobedientes á sus padres? ¿Qué les importa que todos los perros del mundo hagan presa en las pantorrillas de los vagamundos que se escapan de la escuela por no aprender nada y ser unos brutos?

Despues de mas de una hora de carrera, nuestros tres amiguitos llegaron sin novedad ninguna á la orilla de la laguna; y aunque nadie les incomodó en el camino, ni les persiguió el perrazo negro, sin embargo, se encontraban muy fatigados; porque la distancia de la villa á la laguna era considerable para su edad, pues el ma-

yor tenia diez años, y la niña aun no habia cumplido ocho. Petrita, le dijeron los dos hermanos, nos sentaremos aquí en esta praderita, porque tú estarás muy cansada.

Y al momento, con la mayor viveza, echó sus hermosos y ensortijados cabellos á la espalda, y colocando despues su vestidito en disposicion de no arrugarle, se preparaba á sentarse entre sus dos hermanos encima de unos verdes céspedes, cuando alcanzó á ver al través de los juncos de la laguna que se acercaba una barca en la que venia un hombre alto, mal vestido, y como de unos cuarenta y cinco á cincuenta años de edad. La niña, asustada y temblando de miedo, se le señaló á sus hermanos: veis, veis lo que viene allí. Miraron apresuradamente, y vieron la barca y el hombre; pero sin asustarse le dijeron: no temas; es el señor Jorge, que es el guarda de la laguna; no, no le tengas miedo, Petrita; dicen que es muy buen hombre, y que no hace mal sino á los que tiran piedras á su laguna. = "¡Señor Jorge, gritó la niña toda sobresaltada, nosotros nunca os hemos tirado piedras, no nos hagais mal!...."

Entretanto el hombre se acercaba con

la barca á fuerza de remos. Petrita quiso huir; pero sus hermanos la detuvieron asiéndola de la ropa. ¡A dónde iria, hijos mios, sola y sin sus hermanitos! Por otra parte el señor Jorge estaria ya como á unos diez pasos; se le oia muy distintamente su voz: = "¿Qué venís á hacer aquí, niños desvergonzadillos?" = "Nosotros no somos desvergonzadillos, respondieron los niños; sino hijos de la Puebla, aquella villa que está detras de aquellos cerros, y esta es nuestra hermanita que se llama Petra, la que nos ha querido seguir á la laguna para tirar:::::

Guijarros, ¿no es así? interrumpió el señor Jorge, lleno de cólera. Desgraciados niños, ¿ignorais que cuantas piedras se arrojan aquí se cambian al instante en grandes peñascos? Con dos ó tres piedras que tireis á la laguna, toda esta estension de agua no sería mas que una roca, y entonces ¿qué será de mí y de mi barca? ¿Veis aquella montaña que se eleva á flor del agua en medio de la laguna? Pues aun no hace un año que no era mas que una piedra del camino, una piedra semejante á las que estais pisando, y que un niño, no creyendo hacer daño, la arrojó entre los

juncos mientras yo dormia, y en un volver de cabeza, la piedra que en ese camino era tan pequeña, en esta laguna es una enorme montaña, contra la que nos estrellaremos algun dia yo y mi mísera barquilla, si no pongo cuidado. Pero viendo tan atemorizados á los tres niños, les preguntó suavizando la voz, é inspirándoles confianza: ¿qué buscais aquí, hijos mios?

Los tres sacaron de sus bolsillos el objeto que les habia conducido á aquel sitio, la niña un pedazo de pan, Constantino un libro, y Miguelito un caballo de papel como de dos pulgadas de altura.

= »Qué, ¿qué quereis hacer con eso? dijo el señor Jorge alargando la cabeza.

= »Petrita le dijo: señor, esta mañana llegaron dos pobres á mi puerta con mucha hambre, yo no tenia mas que este pedazo de pan, que de nada les servia para los dos, y al momento me dispuse á seguir á mis hermanos á la laguna, para tirar este pedazo de pan que se convertirá en una hogaza muy grande al salir del agua.

Constantino dijo: yo quise aprender ayer las letras del alfabeto á fin de poder leer la Biblia á mi abuela que está ciega; pero por mas que las he buscado en este

libro, no he visto mas que blanco y negro. Puede ser que consista, dije para mí, en que sean demasiado pequeñas las letras, y desde luego determiné venir á la laguna para empapar mi libro, que se hará muy grande, y tendrá las letras muy gordas cuando le saque del agua.

Miguelito, que habló el último, enseñó de nuevo su caballo de papel, y dijo: el caballo de padre se murió antes de anoche: mi papá ni nosotros no tenemos dinero para comprar otro, y por eso hice este caballo de papel, y vengo á mojarle en la laguna, en donde crecerá y podrá reemplazar al caballo de nuestro papá......"

El señor Jorge pasándose la mano por los ojos como para limpiarse las lágrimas, les dijo: buenos y amables niños, yo os quiero con todo corazon, y pronto os daré pruebas de ello; pero antes deseo contaros alguna cosa de mí y de esta laguna. Escuchadme.

Despues de haber dicho esto el señor Jorge, ató su barca á un fuerte anillo de hierro que salia de un especie de muro que hay para contener las aguas; los tres niños se acercaron mas á la orilla, y alargando sus cuellecitos ácia el señor Jorge

como para escucharle mejor, comenzó á decirles:

Esas casas de la aldeita, ese suntuoso monasterio, estas tierras que veis alrededor de nosotros, todos esos bienes eran mios, y todo lo he perdido; esta laguna y aquella choza que veis á flor del agua sobre la peña es lo único que me resta de mi pasada fortuna. Me he retirado á ella con esta barquita huyendo del trato de los hombres que detesto, y cuyo motivo no os quiero contar porque es muy largo; básteme deciros que de todas las criaturas humanas no conservo mas cariño que á los niños, los cuales sin embargo me han tirado muchas veces piedras al medio de esos juncos donde me oculto.

Los niños, llenos de sentimiento levantaron las manos al cielo en señal de sorpresa, y el señor Jorge lanzó un profundo suspiro, como para alentarse, y despues continuó su relacion.

"Sí, mis buenos amiguitos, me han tirado piedras á mí, ¡pobre hombre, que nunca he hecho mal ni á ellos ni á nadie! su conducta conmigo me pareció horrible; y para evitar que los perversos, insultándome en mi soledad, no me hiciesen abor-

recer á todos los niños, únicos á quienes conservo amor en el fondo de mi corazon, cuidé mucho de esparcir rumores maravillosos, relaciones exageradas acerca de esta laguna, los que debian alejar á todos, y con las que procuré espantaros al principio, antes de conoceros. Mas vosotros veo que sois buenos y piadosos niños; ¿á qué desconfiar, ni para qué engañaros?"

Las aguas de esta laguna, amiguitos mios, son lo mismo que las de todas las lagunas del mundo; no cambian ni aumentan los objetos que se meten en ella, y sino, tú Petrita, arroja tu pedazo de pan, Constantino su librito, y Miguelito el caballo de papel, y vereis como no sacais mas que un caballito de papel, un librito y un pedazo de pan.

"¡Ay Dios mio! dijeron los tres llorando, ¿qué es lo que nos vá á suceder?"

"Papá ya no podrá reemplazar el caballo que se murió, dijo el mas jóven; yo no podré leer nunca la Biblia á mi cieguecita abuela, pensó el mayor; y la niña esclamó, ¿cómo cumpliré la promesa que hice á los dos pobres de llevarles una hogaza de pan? ¿qué dirán al verme volver con este pedacito solo?"

El hombre del estanque tomó de nuevo la palabra sin aparentar que notaba su tristeza.

═ "Antes de exponerme á aborrecer á todos los niños por la falta de algunas malas cabecillas, preferí el vivir solo en esta morada que habia elegido, y una casualidad me ofreció nueva ocasion de aumentar los terrores supersticiosos, divulgados ya por mí en todas las cercanías de la laguna. Hará cosa de diez años que pasó un niño por ese mismo camino en donde estáis, llorando á gritos, adelanté mi barca, y le pregunté qué era lo que causaba su grande afliccion."

═ ¡Ah! señor, me dijo él, enseñándome una pistola muy vieja y toda enmohecida, mi padre es un honrado cazador que mantenía á mis cuatro hermanitos y á mí del producto de la caza. Toda su riqueza consistia en una escopeta, que la apreciaba mucho; esta escopeta se le reventó en sus manos al tiempo que disparaba á una liebre, y yo estaba en el mismo bosque haciendo unos hacecitos de leña, cuando me llamó mi padre para decirme: hijo mio, es menester que lleves al instante mi escopeta á la villa, y digas al armero que

me la componga inmediatamente: eché á correr sin detenerme un momento, llego á casa del armero, y éste me dice que la escopeta de mi padre no tiene compostura, y que para prueba de ello me obligaba á tomar en cambio esta pistola, que quizá tendrá mas de cien años. Ya conocereis, señor, que mi llanto no es infundado, y que no me atrevo á ir á casa; porque mi padre me preguntará por su escopeta, creerá que el cambio por esta pistola llena de roña ha sido un antojo mio, principiará por sacudirme, y concluirá por morirnos de hambre.

Yo no pude menos de compadecerme de este niño, cuyo aspecto era muy inocente, y que habia sido tan atrozmente engañado por el vil armero. Deja caer, le dije, tu pistola en la laguna, que sus aguas tienen la poderosa facultad de agrandar la forma de los objetos que meten en ella, y en cuanto se moje tendrás el gusto de ver tu pistola convertida en una hermosa escopeta."

El muchacho titubeó un gran rato, reía y lloraba casi á un tiempo, se veía muy embarazado sobre el partido que debia tomar. Él bien queria llevar una escopeta á

su padre, pero por otra parte temia mucho no le engañase yo tambien, como lo habia hecho el armero de la villa. Mas fuese guiado de su curiosidad, ó de la confianza que le habian inspirado mis palabras, se resolvió á arrojar su pistola tan cerca de mí cuanto le fue posible, á tiempo que recostado en mi barca algunos minutos hacia sostenia bajo del agua con mi mano izquierda la excelente escopeta de caza con que acostumbraba á tirar en los inviernos á los anades y los osos, y cuando el niño tenia sus sobresaltados ojos fijos en el lugar donde haciendo el agua remolino habia desaparecido su pistola, saqué repentinamente la escopeta que tenia oculta debajo del agua, y presentándosela á la infeliz criatura, quedó atónita al ver semejante metamorfosis: vé pronto, le dije yo, y cuenta á tu padre, á tus hermanos, y á todos los de la villa lo que acabas de ver en las aguas de..... La laguna de San Martin..... En la que las roñosas pistolas se cambian en relucientes escopetas.

De aquí ese dicho popular, que quizá no será la primera vez, hijos mios, que le hayais oido; dicho, que de boca en boca ha dado vuelta á toda la provincia de

Leon, y que me ha valido mas visitas que las que deseaba; pero pocas, lo confieso, cuyo objeto fuese tan loable y desinteresado como el vuestro.

Concluido este discurso, del que nuestros tres amiguitos habian entendido muy poco, el señor Jorge les oyó suspirar profundamente, y repetir por lo bajo bañados en lágrimas: = "Papá ya no podrá reemplazar su caballo! = ¡yo no podré leer la Biblia á mi abuela cieguecita! = ¿Qué dirán los dos pobres que me esperan á la puerta cuando me vean volver con solo un pedazo de pan?

= "Tranquilizaos, niños mios, dijo el hombre de la laguna, tranquilizaos, que si yo no puedo ofreceros grandes libros, ni caballo, ni hogazas de pan, os puedo regalar en desquite, para los tres, lo que es indispensable, tanto á los niños como á los hombres, para pagar maestros de escuela, para comprar caballos, y para tener pan. Ved aquí mi bolsillo; sed ricos. Yo no os digo sed felices, porque no siempre la felicidad se cifra en la riqueza.

Al concluir estas palabras, y despues de haber escrito con su lapicero un papelito, arrojó el señor Jorge su bolsillo lleno

de oro á los pies de los tres niños, y desatando despues su barquilla de la sortija de hierro que la sujetaba á la orilla, agitó los remos, y desapareció por entre los juncos.

En la bolsa habia un papelillo que contenia las palabras siguientes:

"Niños mios, la pureza de vuestras almas es muy agradable á Dios. Todo lo que el señor Jorge os pide, es que no le olvideis por la noche en vuestras oraciones. Dios bendice á los hombres por quienes le piden niños tan buenos como vosotros: hijos mios rogad por mí."

Es inútil añadir, hijos mios, que nuestros tres amiguitos fueron felices, aunque ricos, porque con el dinero del buen señor Jorge tuvieron el placer de hacer la fortuna de sus padres, y la de socorrer á los pobres de la Puebla.

Eugenio. Papá, qué bueno era el hombre de la laguna: ¿rezarian por él todas las noches los tres niños?

El Padre. Sí, hijos mios, todas las noches. Petrita y sus dos hermanos iban camino de la laguna; y allí, aunque hiciese mal tiempo se hincaban de rodillas sobre la yerba, y con las manos levantadas al

cielo, decian: Dios mio, amparad al hombre del lago, no le abandoneis.

Alejandro. Papá, ¿y si el mal tiempo les hacía daño á los niños?

El Padre. Si perjudicaba á su salud, hijos mios, no debian sufrir este mal rato; porque es preciso sepais que dentro de su casa y sin aquel perjuicio pudieran haber pedido á Dios por el señor Jorge: esto era una devocion que los niños querian tener con su bienhechor; pero tambien tenian obligacion de conservar su salud, que es lo primero que nos manda Dios para poder así servirle mejor.

Eugenio. Papá, ¿y si el suelo estaba súcio y muy húmedo, y los niños se llenaban de barro cuando se hincaban de rodillas y se las mojaban?

El Padre. Tampoco, hijos mios, habia necesidad de eso: el llenarse la ropa de barro podia echarla á perder, y el mojarse las rodillas producirles alguna enfermedad: uno y otro se debe evitar, porque son males de que debemos huir; y por eso cuando hace mal tiempo, llueve ó nieva no quiero yo que salgais de casa, y sin embargo, yo gusto mucho de la devocion en los niños; y estos son muy interesantes,

porque no se olvidan del reconocimiento que deben al señor Jorge.

Alejandro. Papá, estos tres niños me gustan mucho, yo quiero ser amiguito suyo.

Enrique. Y yo tambien.

El Padre. Hijos mios, vuestro buen corazon tiene mucha analogía con el suyo, seguid siendo obedientes á vuestros padres, atentos con todos, caritativos para con los pobres, y esa es la mejor recomendacion para conseguir su amistad; pero no olvideis que esta leccion se les dió para desimpresionarlos de una preocupacion vergonzosa; é igual objeto me propongo en varias de las lecciones que os daré á fin de evitar seais algun dia el juguete de mil preocupaciones parecidas á aquella; no las olvideis, y sereis tambien felices.

La Madre. Hijos mios, ya es hora de que nos retiremos á casa: mañana si hace bueno os contará papá otra historia bonita.

EDUCACION DE SORDO-MUDOS.

Uno de los privilegios mas admirables del hombre es sin duda el de poder comunicar á los otros sus ideas y sus sentimientos: esta noble facultad, por medio de la cual se tocan las almas y se confunden los corazones, es tambien el primero y mas firme lazo de la sociedad: sin ella nuestros goces perderian mucho de su valor, y nuestros placeres se convertirian acaso en disgustos, sin el dulce atractivo de hacer pasar al seno de un amigo las emociones que nos agitan. Si el placer comunicado es mas completo, y la pena se hace mas soportable, este agradable comercio de las almas es mas que un goce, una verdadera necesidad: rómpase sino este vínculo que enlaza tan fuertemente á los hombres entre sí, y nuestra vida se convertirá en una carga pesada que apenas podrán soportar todas nuestras fuerzas. Sin recuerdos agradables, y sin esperanzas lisonjeras, nuestra existencia se detendria, por decirlo así, en la necesidad del mo-

mento, sin recibir otras sensaciones que las del disgusto ó del dolor: rotas así las relaciones que unen nuestra existencia con la de nuestra familia, con la de la sociedad y con la de los demas hombres, cada individuo se consideraria solo en el mundo, y separado de sus semejantes, á quienes miraria con la mas funesta indiferencia á su ser físico y moral.

Tal es en efecto el deplorable estado de aquellos á quienes la naturaleza, olvidada de sus leyes, ó violentada por accidentes conocidos, presenta al mundo despojados de la mas noble facultad que adorna nuestra existencia física. Séres tan desgraciados fueron mucho tiempo objeto de la estéril compasion de los demas, y acaso no hubo jamas otro mas digno de las atenciones del hombre benéfico; pero estaba reservada al español Fr. Pedro Ponce de Leon la gloria de romper la barrera que separaba á estos infelices del resto de los hombres. La caridad; esta preciosa emanacion del cielo, que en todas partes se ha consagrado al alivio de los desgraciados, brotó en el corazon de este célebre compatriota el sublime pensamiento de dar una nueva vida á los

sordo-mudos, por medio de la educacion.

Eugenio. Papá, ¿pues no fue el Abate l'Epee el primero que enseñó sordo-mudos en el mundo?

El Padre. No, hijo mio: dos siglos antes que naciese el Abate l'Epee los enseñó en España el monge benedictino fray Pedro Ponce de Leon; pero los estranjeros, tan celosos de sus glorias como enemigos de las nuestras, han procurado fortificar esa misma idea que vosotros teneis, y que tienen la mayor parte de los españoles, poniendo hasta en escena las virtudes del Abate. Vosotros quizás no quereis que os cuente la historia de su descubrimiento y la de los demas españoles que despues de Ponce se han dedicado á tan filantrópico objeto.

Alejandro. Sí, sí, papá; cuéntela V., que nosotros no nos fastidiamos de oir una historia que nos hace tanto honor; antes por el contrario, la preferiremos á otra cualquiera de las bonitas que V. sabe. Nosotros queremos tambien mucho á los muditos, y deseamos saber quiénes fueron los autores de su restauracion. ¡Pobrecitos, nos gustan tanto!

El Padre. Pues bien, hijos mios; con-

tando con vuestra atencion, comenzaré por daros cuantas noticias he podido adquirir de lo que se ha trabajado en favor de estos desgraciados, de que os compadeceis tanto como yo, y que desgraciadamente no todos los hombres han pensado como vosotros, antes por el contrario, la historia nos señala grandes hombres, que lejos de cuidar en suplir los estravíos de la naturaleza, han trabajado en su infelicidad, sin escluir de esta mancha á sus mismos padres, que poseidos de la errónea opinion de que los hijos de sordo-mudos eran un castigo particular del cielo, los escondian de la vista de los hombres encerrándolos en el silencio de un claustro ó en la oscuridad de algun hospicio; y aun ha habido paises bárbaros donde á la edad de tres ó cuatro años se les quitaba la vida á los niños que nacian sordos, porque se consideraban como mónstruos; y es digno de notarse que en toda la legislacion romana no se encuentre ninguna disposicion relativa á los sordo-mudos hasta Justiniano; y este emperador los declara en su código incapaces de ejercer ninguna parte de los derechos civiles, impidiéndoles hacer testamento, codicilo, fideicomiso, donacio-

nes á la hora de lo muerte, ni de conceder la libertad á ningun esclavo. Despues las leyes feudales de diversos pueblos, redactadas en parte por las de Justiniano, escluyen á los sordo-mudos de los goces y privilegios feudales.

En Turquía, el sultan, el gran visir, el cadí, el ministro del interior y el de la guerra son los únicos que pueden tener á su servicio sordo-mudos. El lenguaje particular de los mudos del serrallo se observó con el mayor cuidado por los viajeros europeos á principios del siglo XVII. Estos mudos se llaman *delcis*, esto es, sin lengua, dice el varon *Henri de Beauvan* que visitó á Constantinopla en 1604, y es cosa maravillosa verlos discurrir::::: de modo que se hacen entender por signos del cuerpo, brazos, manos, &c. Así es que los cortesanos para comunicarse con los mismos mudos tienen que valerse de su insinuado lenguaje, reducido todo al de accion como se ha dicho; siendo mas de admirar que esta mútua inteligencia no se limita al dia, ni tiempo y lugar en que pueden verse los unos y los otros, sino que se estiende hasta en la noche y en toda oscuridad, valiéndose para ello del tacto. Ved

aquí como entre aquellas gentes se usa un nuevo lenguaje que aprende el mismo Gran Señor, y algunos otros de los mas principales del imperio que se dedican á conocerle, como se hace con las demas lenguas habladas: llaman á este lenguaje *Ixarette*, etc.

Los mudos del serrallo, dice *Mouradja d' Ohosson*, se manifiestan por unos gestos tan rápidos que es imposible entenderlos el que no tenga una grandísima inteligencia en ellos; pero los conocen los empleados de palacio, del haren, y el sultan mismo como hemos dicho ya; pues que muchas veces no hace mas que signos manuales para comunicar sus órdenes á los que le rodean:::::

Hasta el siglo XVI no hay noticia que se hiciese en Europa ningun ensayo en favor de la instruccion de los sordo-mudos: afortunadamente en este tiempo apareció el monge Benedictino Fr. Pedro Ponce de Leon en el monasterio de san Salvador de Oña, y que murió en 1584; y este español fue el primero que concibió la idea tan sublime de enseñar sordo-mudos.

Si os presentase, hijos mios, todos los

datos que tengo á la vista en comprobacion de tan digno descubrimiento, os ocuparía muchos dias: mas os citaré los contemporáneos de tan ilustre hombre para que podais referiros á sus noticias, si aun hubiese alguno que lo pusiese en duda, ofreciéndoos siempre mi auxilio en materia tan análoga á mis ideas. En efecto, los coetáneos de aquel memorable español, dicen descubrio por verdadera filosofía la posibilidad y razones que hay para que hablen los sordo-mudos, añadiendo que á sus discípulos los hacía hablar, aprender idiomas, escribir, pintar y otras cosas, de las que señalan por testigos á don Gaspar de Gurrea, hijo del gobernador de Aragon, y al célebre Ocampo, que vió escribir muchas veces á don Pedro Velasco sordo-mudo. El doctor en medicina don Francisco Valles, en una de sus obras impresa en 1537, y de la que se hizo nueva edicion en Leon de Francia el año de 1588, nos dice al capítulo 3.º, página 71 de la primera edicion, que era testigo de que los discípulos de su amigo el P. Fr. Pedro Ponce de Leon aprendian primero á escribir, indicándoles con el dedo las cosas que correspondian á las letras. Esto mismo

refieren el historiador Ambrosio Morales, y don José Pellicer en su libro *idea de Cataluña*. Fr. Antonio de Yepes en su crónica Benedictina atestigua en las páginas 332 y 338 del tomo 5.º de la edicion de Valladoliden 1615, en folio. En el tomo 6.º, página 428, dice el mismo P. Yepes que en aquel tiempo habia en el monasterio de san Juan de Burgos un sordo-mudo de nacimiento, llamado Fr. Gaspar de Burgos, que hacía de sacristan en el dicho monasterio, escribia muchas y diferentes letras, pintaba y hablaba lo que era bastante para confesarse y para referir la doctrina cristiana y otras cosas á este tenor, cuyos conocimientos todos se los debia á su maestro el P. Ponce.

El P. Juan de Torres, de la Compañía de Jesus, asegura los mismos hechos en su obra *Filosofia Cristiana de Príncipes*, impresa en Barcelona en 1598 en folio, y á la página 42.

El P. Feyjóo comprueba lo mismo en el tomo 4.º de su Teatro Crítico; y por consiguiente, en cuanto á la gloria de descubridor de este arte tan maravilloso, nadie se atreverá á disputársela al P. Fr. Pedro Ponce de Leon; pero como despues de él

enseñaron mudos otros insignes españoles antes que los estranjeros, y de ellos no hace mencion el P. Feyjóo, os haré una reseña de todos nuestros compatriotas que despues de aquel se dedicaron á tan filantrópico ejercicio; continuando en la misma enseñanza el aragonés Juan Pablo Bonet por los años de 1609, el cual siendo secretario del condestable de Castilla buscó cuantos medios estuvieron á su alcance para instruir sordo-mudos á fin de sacar provecho en la educacion del hermano del condestable que quedó mudo á la edad de dos años. En este empeño salió tan perfectamente, que nos dejó un libro en el que se encuentran los gérmenes de su método, y del que se valió el Abate L'Epee, como nos confiesa muchas veces, asegurándonos que aprendió el español espresamente para poder leer aquella obra.

Los franceses é ingleses han querido disputar esta gloria, diciendo los unos que el primero que escribió de este arte fue el médico suizo residente en Holanda, llamado Conrado Amman, y los otros, que lo habia sido el doctor Wallis. Pero la obra en que se dijo que Conrado habia compuesto el arte de enseñar los sordo-mudos,

con el título de *surdus loquens* no se publicó hasta el año de 1727, que se imprimió en Leyden, y en el mismo año y ciudad dió á luz Wallis su *tratado* de *Loquela* que pocos años antes habia presentado á la real academia de ciencias y artes de Londres, despues de haber hecho un viaje á Madrid en compañía del príncipe de Gales, en donde oyeron hablar, y vieron escribir á los sordo-mudos, hermano menor del condestable de Castilla y al marqués de Priego, al paso que Juan Pablo Bonet imprimió su *Reduccion de letras y arte para enseñar á hablar á mudos* en Madrid por Francisco Abarca de Angulo en 1620, que viene á ser mas de un siglo antes que aquellos; y que por consiguiente pudo haber poca coincidencia entre los autores del descubrimiento, como lo pretenden los rivales de nuestras glorias.

A Juan Pablo Bonet sucedió Miguel Ramirez de Carrion, natural de Montilla, por cuya muerte quedó enseñando aquel arte su hijo Diego Ramirez de Carrion, quien en 1709 enseñaba á sor Josefa de Guzman, monja franciscana de la casa de Medina Sidonia, y sorda-muda de nacimiento, como consta en el archivo del du-

que, en donde existen los documentos de la pension de veinte y cuatro reales diarios que cobraba el referido Diego Ramirez en premio de esta enseñanza, en el citado año y anteriores. Despues le siguió el doctor en medicina Pedro de Castro, que ejerció el mismo arte en España é Italia; pero muy particularmente en un lugar de Vizcaya, llamado Vergara, en donde curó de su sordera, y enseñó á varios sordomudos, y entre ellos muy particularmente á uno que lo era de nacimiento, el que llegó á hablar perfectamente.

Los ensayos que el gran Vahelmon hizo en Alemania sobre la educacion de sordo-mudos datan del año de 1672, que poco tiempo despues fue objeto de los cuidados de muchos personajes de Alemania, principalmente á fin del dicho siglo y principios del siguiente.

Por los años de 1775 el P. Diego Vidal, esculapio en el colegio de santo Tomás de Zaragoza, enseñaba al sordo-mudo Gregorio Santa Fé, natural de Huesca, que despues vino á Madrid á principios del año de 1795. Llamó mucho la atencion, pues ademas de su instruccion nada vulgar, entendia tan perfectamente por el mo-

viento de los lábios como si tuviese el oido espedito. Preguntado cómo habia conseguido esta instruccion, dijo: "que el P. Vidal habia sido su maestro; que desde la edad de cinco hasta la de diez y medio habia ido á enseñarle á su casa; que primero le enseñó por los dedos, y despues por el movimiento de los lábios; todo esto sin que en el colegio de santo Tomás ni en ninguna otra parte del reino se supiese nada de su habilidad, dejando su secreto tan oscurecido como su muerte, que verificada en un pueblo de Andalucía, nadie mas que yo se ha vuelto á acordar de él."

La beneficencia de S. M. C. el señor don Cárlos IV estableció en 1795 en el colegio de PP. Esculapios de Avapies de esta Corte una escuela pública de este arte, de la que estaba encargado el P. José Navarrete. A este siguió un teniente coronel, llamado don Juan de Dios Lotus, despues el abate don Lorenzo Hervas y Panduro, y por último el ilustre don Tiburcio Hernandez dirigió el único colegio de sordomudos que hay en España, y que existe hoy en la calle del Turco hasta el año de 1823, dejándonos estos dos últimos obras muy apreciables relativas á la ins-

truccion de estos desgraciados, el primero en su *Escuela Española de Sordo-mudos*, impresa en Madrid año de 1795, dos tomos en 4.º; y el segundo, en su *Plan de enseñar á los Sordo-mudos* el idoma español, impreso de orden de S. M. año de 1815, un volúmen en 4.º En el año de 1735 Juan Rodriguez Pereyra pasó de Cadiz á París, en donde se estableció; y en el de 1746 dice Buffon que Pereyra le presentó al sordo-mudo Azyd Etavigny, de diez y nueve años, enseñado á escribir y hablar, y en 1749 el mismo Pereyra llevó á la Real academia de ciencias de París dos sordo-mudos educados; aquella le condecoró con el título de Inventor del arte, y el Rey le premió con una suma ó pension anual de trescientos y veinte escudos de oro; ofreciéndole ademas el gobierno pagarle á buen precio su descubrimiento para que le publicase; pero Pereyra se engañó conservándole en secreto, con el que murió.

En fin, en 1755 abrió el abate L'Epee en París escuela pública, en la que por caridad enseñaba á los sordo-mudos, y cuyo método, segun se ha dicho en una obra moderna, estaba formado de dos ba-

ses principales: la una que consistia en el lenguaje mímico, compuesto en parte por los signos dados por el mismo sordo-mudo, y en parte de signos metódicos instituidos por el maestro; el otro consistia en los caractéres de la escritura y lectura, el cual ha sido modificado despues por Sicard, su díscipulo y sucesor. Pero émulos Pereyra y L'Epee, cada uno enseñaba por el mismo tiempo con distinto método: el primero usaba el dáctilo lógico, y el segundo el de señas: ambos dieron resultados maravillosos; mas el piadosísimo sacerdote L'Epee, fundador de las escuelas públicas de estos desgraciados, tan candoroso como caritativo, ha insertado en sus obras que las de Amman y Bonet fueron sus guiadoras; confesion que se vé obligado á confirmar el abate Sicard en su obra titulada; *Arte de enseñar á hablar á los sordo-mudos de nacimiento*, en la pág. 66, impresa en París en 1820.

Por último, hijos mios, de todo lo que viene dicho resulta que el monge benedictino fray Pedro Ponce de Leon no solo fue el inventor de este arte maravilloso, sino que le llevó en su orden correspondiente al último grado de perfeccion, co-

mo lo han acreditado los demas españoles que le han seguido en tan laudable ejercicio, y que la feliz época de las escuelas públicas para instruirlos se debe á la industria y celo caritativo del eclesiástico L'Epee.

En otro dia os daré una idea del estado actual de las escuelas públicas de sordo-mudos establecidas en Europa y en los Estados-Unidos de América; pero ahora no puedo menos de llamar vuestra atencion para que conozcais el beneficio tan grande que habeis recibido de Dios, dejándoos con vuestros sentidos espeditos para entender facilmente lo que tanto trabajo cuesta á los sordo-mudos, que careciendo de oido, carecen tambien de la palabra, que como en otra ocasion os manifestaré, depende principalmente de aquel sentido. Así, hijos mios, dar gracias al señor porque os ha libertado de tamaño mal, y procurar no desagradarle, siendo ingratos á tanto beneficio: conservad, hijos mios, esa compasion que habeis manifestado á los sordo-mudos, y estenderla á todos los desgraciados, haciéndoles todo el bien que os sea posible.

EDUCACION DE CIEGOS.

Eugenio. Papá, ¡cuanto nos gustó ayer la historia sobre el orígen de la educacion de sordo-mudos! ¡ójala nos pudiera V. decir otro tanto de los infelices ciegos, que me dá tanta lástima el verlos tirados por las calles sin que nadie se haya acordado en mejorar su triste situacion, educándolos como á los mudos!

El Padre. Hijo mio, ¡qué satisfactorio me es el ver tu buen corazon, así como el de tus hermanitos inclinados al alivio de las dos clases mas desgraciadas de la sociedad! El número de ciegos en España es mucho mayor aún que el de sordo-mudos, y los muchos que vagan por las calles mendigando su subsistencia, no es estraño que hayan llamado vuestra atencion; pero aunque no pueda daros noticias tan favorables á nuestras glorias respecto á su educacion como las oísteis relativas á sordo-mudos, me queda el placer de poder tranquilizar vuestra justa inquietud acerca de

la suerte venidera de esta clase tan interesante como desgraciada.

Alejandro. Papá, ¿pues qué, serán susceptibles de instruccion los ciegos, como lo son los sordo-mudos?

El Padre. Sí, hijos mios, hay muchos establecimientos en Europa en donde se enseña á los ciegos á escribir y leer, y ademas se les ejercita en los artes á que cada uno se inclina, con lo que logran hacerse útiles á la sociedad y á sí mismos.

Enrique. Papá, ¿pero en España no hay colegios para enseñar á los ciegos?

El Padre. No, hijos mios, en el dia no existe; pero tengo fundadas esperanzas en que lo veais establecido algun dia: ya en tiempo en que el señor don Luis Lopez Ballesteros estaba al frente de la hacienda pública del reino, conociendo muy á fondo la inclinacion de SS. MM. á fomentar establecimientos de notoria utilidad, pensó en la creacion de uno dedicado á estos desgraciados: pero las ocurrencias del año 30 paralizaron tan loables designios; sin embargo, los gérmenes de compasion ácia estos desgraciados existen, y espero que veamos cumplidos nuestros deseos.

Eugenio. Papá, nosotros quisiéramos saber algo de la historia sobre la educacion de los pobrecitos ciegos.

El Padre. Hijos mios, con mucho gusto: la casualidad de haber hablado muchas veces con el doctor en Medicina Mr. Guillié, director del colegio de ciegos de París, y la correspondencia amigable que he tenido con él, me han proporcionado la satisfaccion de complaceros en tan filantrópicos deseos, y voy á daros hoy algunas noticias.

Nosotros no nos servimos mas que del medio rápido, aunque fugaz de la vista, para distinguir los objetos que nos rodean, y creemos que los ciegos no deben conocer nada de lo que existe, y que no pueden alejarse jamas del estrecho círculo que los rodea: así que, se los mira como seres degradados, condenados á vegetar sobre la tierra, y se cree haber hecho bastante por estos infelices, cuando se confia á su memoria el nombre y forma de los objetos mas usuales, sin haberse llegado á penetrar suficientemente de una verdad incontestable, y es que el ciego sin instruccion queda toda su vida como el niño recien nacido, sin poder por si solo proveer

á sus necesidades, y que moriria irremediablemente si no hubiese quien se encargase de su cuidado.

La educacion de los que ven, comienza, digámoslo así, con su nacimiento, contribuyendo todo lo que los rodea á su desarrollo. Imitan con facilidad los juegos de sus compañeros de infancia, y repiten hasta sus menores movimientos; leen en la fisonomía de su nodriza los afectos de ternura, y las miradas de la madre son para ellos la mayor leccion; ventajas todas, hijos mios, de que carece el ciego de nacimiento, envuelto para siempre en las tinieblas, y obligados por la necesidad á creárselo todo; el acto mas simple al parecer para los otros niños viene á ser para aquellos una cosa nueva. Esto es sin duda lo que dá orígen á la actitud silenciosa y tímida de los ciegos, durante los primeros años de su vida, y al hábito de concentracion en sí mismos; pues es bien sabido que estando privados de la facultad de aprender por imitacion en su infancia, no se podria obtener el mismo resultado sino por un método que restableciese el equilibrio de sus facultades para nivelarlos con los demas hombres. Sería, pues, un gran-

de error confundir á los ciegos con los que no lo son, y creer que se les puede enseñar de la misma manera. El maestro no acertará jamas, si no se persuade que el ciego siente las cosas de un modo enteramente distinto que nosotros, que unas mismas palabras no le producen las mismas ideas, y que tiene necesidad de estudiar con él, y trasformarse en discípulo de su discípulo.

El ciego, obligado siempre á examinar lo que se le presenta ó se le dice, contrae muy temprano y como por instinto el mayor hábito de la análisis, y por lo mismo hay que esperar por su parte varias preguntas, las mas originales, las mas estraordinarias, y algunas veces muy difíciles de resolver. El mundo moral casi no existe para este hijo de la naturaleza; la mayor parte de nuestras ideas no tienen para él ninguna realidad; obra como si estuviera solo, y todo se lo refiere á sí propio. De este deplorable estado es del que debemos sacarlo, haciéndole conocer que hay relaciones y lazos de comunicacion entre él y los demas hombres. Mas la instruccion de los ciegos debe hacer progresos muy lentos, y por lo mismo nunca será demasiado

temprano el principiarla para recoger sus frutos lo mas pronto posible, porque las primeras impresiones que reciben, no se les borran jamas, y nos es muy interesante que sean conformes al giro que queramos darles.

Es bien sabido que la palabra no puede imitar la forma de los objetos, y que no hay nada de comun entre el sonido y los colores. El tacto solo, convenientemente ejercitado, se deja entender de todos sin necesidad de comentario. Él es la lengua natural de los ciegos, su instrumento de confianza; en fin, es su sentido por escelencia. Así es el sentido que es menester elegir para hacerle el intermedio de comunicacion entre el hombre que no tiene mas que cuatro, y el que los tiene todos; y sobre este principio está fundada toda la teoría de su instruccion. Educados de este modo estos desgraciados, no serán ya una calamidad para su familia; y aquella barrera que se habia creido inexpugnable entre el hombre que vé y el que carece de este beneficio, dejará de existir si se ponen en práctica los felices procedimientos inventados para su instruccion. Vueltos á la sociedad y á sí mismos, bendecirán algun

dia la memoria de aquellos que levantaron tan gran monumento de beneficencia.

No podemos decir que los que han formado un sistema de enseñanza para los ciegos en estos últimos tiempos hayan carecido de modelos para ello; al contrario, tuvieron la gran ventaja de marchar por las huellas de sus predecesores, y aprovecharse hasta de sus desaciertos. Los ensayos infructuosos que habian hecho muchos sábios, animados de un mismo espíritu de caridad, indicaban muy bien lo mucho que quedaba por hacer; pero necesitaban de un hombre, cuya pasion y ardiente celo por estos infelices reuniese aquellos elementos esparcidos sin orden ni método, y los coordinase á fin de presentarlos bajo un punto de vista, añadiendo á ellos los nuevos resultados de su propia esperiencia.

Mr. Valentin Haüy fue aquel hombre que se dedicó á la formacion de esta obra, y creó la primera escuela que se conoció en Europa para la instruccion de los ciegos; y no podrá menos de admirarnos la casualidad que le sugirió la idea de su plan de instruccion. A la relacion que hace él mismo, añadiré la historia del estableci-

miento de París, desde su fundacion hasta la actualidad, y las considerables mejoras que ha esperimentado sucesivamente segun lo refiere mi buen amigo el doctor Guillié: "Una casualidad singular, dice Mr. Haüy, llamó hace algunos años la atencion de un gran concurso de gente á la entrada de un jardin colocado en un paseo público, á donde me acerqué tambien llevado de la misma curiosidad; y allí observé que ocho ó diez ciegos estaban colocados á lo largo de un atril que sostenia papeles de música, y ejecutaban una sinfonía; parecia escitar la alegría de los concurrentes. Muy luego se apoderó de mi alma un sentimiento muy diferente, y concebí desde aquel instante la posibilidad de realizar en estos infelices unos medios de los que no disfrutaban sino un placer aparente y ridículo. El ciego me decia á mí mismo, ¿no conoce los objetos por la diversidad de su forma? ¿se equivoca en el valor de la moneda? ¿por qué, pues, no distinguirá un *ut* de un *sol*, un *a* de un *f*, haciéndole palpable estos caractéres?"

Bajo estas ideas Mr. Haüy espuso al juicio de la Real Academia de ciencias de París el 16 de febrero de 1785 una me-

moria, en la cual esplicaba los medios que proponia usar para la instruccion de los ciegos. La Academia nombró una comision de su seno para que, examinadas detenidamente las ideas del autor, diese su parecer.

Este fue: "que el método de Haüy se parecia al del ciego de Puyseaux y de la señorita Salignac; que el procedimiento para el estudio de la geografía era poco mas ó menos lo mismo que el de Mr. Weissembourg de Manheim; que Mr. Lamouroux habia hecho fabricar en otro tiempo caractéres movibles para la música, etc." Sin embargo, se reconoció por base de su invencion la impresion de los libros en relieve, y despues de haber dado cuenta de algunos ensayos hechos en su presencia con el jóven *Lesuesir*, ciego de nacimiento, concluyó de este modo: "La comision propone á la Academia que debe aprobarse el método presentado por Mr. Haüy, exhortándole á publicarle, y asegurándole que la Academia recibirá gustosamente los nuevos descubrimientos que resulten de sus continuados trabajos para llevarle al grado de perfeccion de que sea susceptible."

El primer asilo que la beneficencia

abrió á los niños ciegos, tuvo orígen en 1784. La piedad que inspiraban estos desgraciados, la mayor parte errantes por los caminos y calles públicas sin albergue, siendo presa de la ignorancia y de la miseria substrayéndolos del contagio del vicio; pero la obra no hubiera sido tan completa si para ahorrarnos del disgusto de verlos sufrir públicamente nos hubiésemos contentado con reclusarlos en un hospicio á una edad en que su inteligencia podria desarrollarse felizmente. Por otra parte, existia hacía algunos siglos para los ciegos de edad un hospicio debido á la piedad de uno de los reyes de Francia; pero no habia ninguna casa para los ciegos jóvenes, cuyo número era mucho mas considerable todavía antes de la vacunacion. Se les amontonaba sin discernimiento en los hospicios, donde devorados por el pesar esperaban el fin de su lánguida y penosa existencia. Habia, dice Mr. el marqués de Pastoret en su relacion sobre los hospitales, un hermoso hospicio para los ciegos incurables, y no existia ninguno para curar la ceguera. No era, pues, un hospicio el que se trataba de formar, sino una escuela ó casa de educacion, donde encon-

trasen á la vez instruccion y algun alivio á sus penas. ¡Ah! ¡cuán util hubiera sido para su creacion haberse aprovechado de un tiempo en que la filantropía se hizo un género de moda. Sí, hijos mios, en la Francia hubo época en que la beneficencia fue moda, y no estando radicada en sus verdaderos principios no era estraño faltase su constancia: sin embargo, no dejó siempre de haber hombres poseidos en verdad de aquella virtud, ejercitándola con los desgraciados, y estendiéndola hasta los infelices ciegos. Sí, queridos niños, se lisonjearon muchas personas en favorecer á aquellos miserables, que eran el objeto de todas las conversaciones, y ellos procuraron merecer los elogios prematuros que se les prodigaban, y en cortísimo tiempo salieron de la clase oscura de indigentes en que antes se hallaban confundidos, haciéndose el objeto de una justa admiracion. Sus felices esfuerzos y rápidos progresos justificaron bien pronto el nombre de *ciegos trabajadores* con que los conocia el público. Los visitaron y examinaron las personas mas distinguidas, que á competencia se esmeraban en darles las pruebas mas tiernas de un interés, que, aunque tan li-

songero, no habria tenido sino un débil resultado, si la beneficencia mejor organizada no se hubiese aprovechado de tales recursos.

Hijos mios, otro dia continuaremos la historia del instituto de ciegos de París, que hoy es ya muy tarde, y teneis que estudiar.

LA DISTRIBUCION DE PREMIOS.

Queridos niños: deseando daros á conocer todo lo que os pueda interesar, quiero contaros lo que me parece os conviene saber al presente antes de despedirnos. Cuando concluyen los niños el tiempo de estudios que se les señala cada año, y á que se llama curso escolástico, se les concede algun tiempo de vacaciones ó cesacion de estudios, á fin de que gocen tranquilos de el aire puro y de las delicias del campo. Esta es una de las mayores fiestas de la infancia. La niña se despide de sus amiguitas, y el niño abandona gustoso su colegio. Ya no hay libros, nada de estudios, nada mas que placeres y frutos sazonados.

Mas para gozar de toda esta felicidad en plena paz, es menester haberlo merecido, haber dejado á sus maestros satisfechos y á sus padres complacidos, haber sido reconocido delante de todos por buen discípulo y aplicado; es menester haber merecido algunos premios. Este mes, hijos mios, es el destinado á la distribucion de premios. Merecer un premio es haber sido durante un año discípulo aplicado, atento, obediente; es haber cumplido con sus respectivos deberes, pues al fin del año solo se dan los premios á los que los han ganado. Para la distribucion de premios se destinará un vasto y magnífico salon adornado con el mayor esmero. Los padres de los alumnos serán los primeros convidados á esta solemnidad; se empezará por exponer las obras que cada uno ha ejecutado, y por manifestar las nociones que hayan adquirido en los estudios á que se hayan dedicado; en fin, reunidos todos, esperarán silenciosos el resultado del concurso.

¡Oh, cómo palpitarán entonces los corazoncitos de los niños! ¡qué temerosas estarán sus madres á cada nombre que se pronuncie! El vencedor se levantará é irá á presentar su frente á la corona de laurel

que su aplicacion le ha entretejido; y enriquecido despues con su premio, y enagenado de gozo, correrá á abrazar á su madre, la cual le espera impaciente para estrecharle entre sus brazos, bañada en lágrimas de alegría. ¡Oh, qué ufana estará entonces con tan buen hijo! ¡Qué satisfaccion recibirán tambien sus circunspectos padres!

Hijos mios, no olvideis nunca que estos premios que se obtienen en la niñez tienen una gran influencia en el porvenir. Acordaos siempre que cuando se quiere ser algo en este mundo, donde es absolutamente preciso hacer algun papel, es menester acostumbrarse desde luego á ocupar el primer lugar. Una noble emulacion es ya un principio de felicidad: ¡qué gloria no es para un noble niño el competir en talento, memoria y aplicacion con otros niños de su clase, correr con ellos con iguales pasos en la bella carrera del estudio, ya adelantándolos, ya dejándose adelantar; y en fin, llegar al mismo tiempo á la recompensa prometida al trabajo y al talento. Un porvenir de gloria y de felicidad aguarda á tan nobles competidores.

Mas por el contrario, contemplad al niño mal aventurado, que apenas entra en el estudio se abandona á la ociosidad y al desaliento, se fastidia, la tristeza se apodera de su alma, y descaece sin saber por qué. Ya no posee aquella noble ambicion que es el alma de los niños; el estudio le es insoportable, y él tambien se hace insoportable á sus compañeros y maestros; cuenta los dias que le faltan, no aprende nada, no sirve mas que para comer y dormir; su niñez se pierde y marchita, su madre suspira cuando lo vé, su padre lo trata con aire severo, su hermana lo reprende en secreto, sus amigos no pueden menos de vituperar su conducta, es infeliz, es digno de lástima, está triste todo el año; y al fin del curso, cuando todos los alumnos se van alegres, cargados de libros, de elogios y de coronas, el pobre muchacho se oculta y se retira con las manos vacías, y en su casa aparentan no ver su abatimiento por no acabar de humillarle.

Es menester que un niño se acostumbre desde luego á sobresalir. Es indispensable que cobre aficion al trabajo, al estu-

dio y á ocupar el primer lugar. Yo bien conozco, hijos mios, que todos no pueden ser los primeros, mas todos pueden y deben quererlo; y tomando una cosa con empeño, al cabo se consigue.

Podia citaros muchos ejemplos de niños que han llegado á los colegios sin saber absolutamente nada, y que á poco tiempo estaban á la cabeza de la clase; porque á fuerza de estudio y de paciencia habian aprendido en breve tiempo lo que á otros habia costado años enteros.

Esforzaos, pues, queridos niños, á ser los primeros en todas las cosas. Cultivad gustosos los estudios severos; estudiad con cuidado el griego y el latin, estas dós lenguas que es preciso saber para abriros la puerta de las facultades mayores, y para comprender el genio y las obras de las dos naciones mas célebres del universo. Atenas y Roma deben ser por largo tiempo el objeto de vuestra admiracion, de vuestros estudios y de vuestro respeto.

Disfrutad de las diversiones, y entregaos á la mas completa alegría durante las vacaciones, para volver gustosos á emprender los estudios. Estudiad, pues; escuchad

á vuestros maestros dándoles parte de las dificultades que se os ocurran. En una palabra, hijos mios, sed lo que sabeis es preciso ser para llegar al fin del curso á obtener la palma del colegio, que es precursora de todas las demas.



J. V. lo dib.º C. de Vargas lo g.º

Eduardo no pensaba mas que en satisfacer su propension á las golosinas.

EDUARDO EL GLOTON.

Habia en un pueblo de la Borgoña una familia de mediana fortuna que tenia un hijo llamado Carlitos, á quien sus padres querian tanto que, temerosos de que todo le hiciese daño le privaban muchas cosas que decian eran golosinas: en aquel pais acostumbran á celebrar la noche buena, entre otras cosas, con barquillos y unas especies de galletas muy ricas: Carlitos tuvo ocasion de hacer, á hurtadillas, una buena provision de los dos manjares que tanto le gustaban; se atracó demasiado, y le produgeron una fuerte indigestion que le puso á las puertas de la muerte, y que solo los contínuos é incesantes desvelos y cuidados de su madre, ayudados de los del ama Brígida, que por haberle dado de mamar le amaba tanto como si fuera hijo propio, le arrancaron de un peligro cierto, sufriendo sin embargo una larga y penosa enfermedad, cuya convalecencia necesitaba mucho cuidado; y como el tiempo estaba muy frio, Brígida, que

apenas le dejaba de los brazos en todo el dia, quiso antes de acostarle calentarle bien, poniendo mas lumbre: trajo á este fin unos haces de sarmientos, y sentado en la falda de su nodriza, estendía Carlitos sus piececitos ácia la fogosa llama acariciando al mismo tiempo con mucha viveza y monada á su buena ama Brígida, como generalmente hacen los niños cuando quieren exigir alguna cosa, y la dijo:

Ama; mi querida ama: tú que nunca me rehusas nada de cuanto pido, quiero que me cuentes aquí á la lumbre una bonita historia de las muchas que tu sabes.

Brigida. No, no, Carlitos; vamos á acostar, que es ya tarde, y si viene papá y te vé aquí, se vá á enfadar.

Carlitos. Anda; no se enfada: cuentámela, y en cambio yo te prometo ser bueno siempre, y no darte mas pesadumbres; porque te he visto llorar muchas veces en esta última enfermedad en que he estado tan malito, y de lo que me acordaré toda mi vida.

La buena Brígida, tan dispuesta á complacer siempre á su Carlitos, como conmovida entonces por las súplicas repetidas de su querido niño, no se detuvo mas

que lo que necesitaba para elegir una historieta que al paso que le complacia, pudiese ponerle á la vista algun notable ejemplo que le hiciese comprender el gran peligro que hay en no reprimir desde la infancia las viciosas inclinaciones, y se apresuró á satisfacer su curiosidad con la historia siguiente:

Hará cosa de diez años que yo servía en París á una honrada familia, que, sin ser muy rica, gozaba sin embargo de una decente subsistencia, fruto de un trabajo contínuo, mucha economía, y de una vida irreprensible. Hábian tenido tres hijos, de los cuales se murió el mas pequeño; y aunque los dos esposos dirigian sus cariños á los dos niños, la madre, sin embargo, miraba con una predileccion mas marcada al mayor, llamado Eduardo, no solo por su bonita figura, sus grandes ojos azulados, sus pobladas y arqueadas cejas, sino aun mas por lo costoso que habia sido criarle en su delicada infancia. Eduardo sabía aprovecharse de esta debilidad, al parecer perdonable; porque Alfredo (nombre de su hermano), cumpliendo con sus deberes, pasaba casi todo el tiempo lejos de su madre, entregado á los estudios y alrededor de sus

maestros, á quienes amaba tanto cuanto los aborrecia Eduardo.

El pobre Alfredo era tan bonito cuando nació como su hermano; pero una horrible y asquerosa enfermedad (las viruelas) le habia desfigurado de chiquito, constituyéndole en una debilidad tal, aumentada por sus continuados padecimientos, que estaba como raquítico. Semejante estado era realmente una desgracia para el pobre muchacho; pero él compensaba estos defectos esteriores con las mas recomendables cualidades, pues era bueno, apacible, juicioso, cortés y muy aplicado; de modo que todos le querian estraordinariamente, al paso que á su hermano, por su desmedido orgullo, todos le despreciaban dejándole con sus lucidas facciones entregado á su amor propio. Así es que el indiscreto Eduardo, confiado de agradar por su graciosa cara, no se cuidaba de adquirir las cualidades que nos atraen el amor de los demas, antes por el contrario, en todo el dia pensaba en otra cosa que en satisfacer su propension á las golosinas, llevando continuamente sus bolsillos llenos de confites, almendras, caramelos, pastillas; y este inmoderado gusto, fomentado

largo tiempo por la tolerancia de su madre, se convirtió con el tiempo en una pasion tal, que no habia semana que no sufriese una ó dos indigestiones, por cuyo motivo su estómago é intestinos habian adquirido tal distension, que su vientre, repleto de pasteles, bizcochos, frutas, &c., tenia á veces un volumen tan prodigioso, que parecia al *purichinela de los titiriteros*; de suerte que los muchachos del barrio le llamaban por mofa *Panzuque*: la ridiculez de este mote le irritaba mucho, se encolerizaba con ellos y queria perseguirlos; pero cuanto mas muestras daba de sentimiento, tanto mas se lo repetian sus compañeros. Ya estaba para cumplir los doce años, y su glotonería, lejos de disminuir, iba en aumento. Mr. D'Estourville, su padre, inquieto ya por las frecuentes indisposiciones que le causaba, y por las fatales consecuencias que pudiera acarrear en lo sucesivo, viendo que su hijo nunca habia querido aprovecharse de sus sabios consejos, resolvió por último corregirle por cuantos medios le fueron posibles, sin escluir los castigos corporales; y así, á pesar de las súplicas de su esposa, á quien afligia tanta severidad con su hijo

predilecto, se mostró inexorable y sujetó un dia á Eduardo á un moderado régimen, mandando á los criados que no le diesen nada fuera de las comidas, bajo la pena de quedar despedido el que contraviniese á semejante mandato; y como sabía tambien que su hijo se escapaba muchas veces á la despensa, y pillaba en ella cuanto podia escitar su apetito, mandó echar rejas á las ventanas, y cerró con cuidado las puertas, de suerte que Eduardo quedó reducido á contemplar únicamente, al través de los hierros, ó por el agujero de la cerradura, las tortas, bizcochos, frutas, &c.; pero sin poder conseguir la entrada en aquel lugar de delicias. Eduardo no podia sufrir tantas privaciones, y buscaba todos los medios de evitárselas: para conseguirlo se escondia en los rinconcillos cerca de la despensa, esperando que alguno dejase la puerta abierta, para aprovecharse entonces de su imaginada ocasion; pero los criados, tan cuidadosos como diligente estaba él, se acordaban de sus travesuras pasadas, le acechaban por todas partes, y si alguna vez figuraban un descuido, era para proporcionarse el placer de cogerle con la presa en la mano. Entonces, Carlitos mio,

si que no se podia oir la rechifla y gritería que armaban los criados para burlarse de él, ahuyentándole con el corage en el pecho y la vergüenza en la cara. ¡Feliz niño si estas humillaciones le hubieran corregido! pero ¡ay de mí! todo lo contrario; se empeoró mas y mas, vaciló algun tanto sobre el partido que habia de tomar, y renunciando por último á sus primeras tentativas, se trazó otro plan de conducta mucho mas odioso.

Habia observado que su madre dejaba con frecuencia dinero encima de su papelera para pagar los gastos ordinarios de la casa: se le ocurre...... y desde luego concibe el horrible proyecto de robarlo...... porque un vicio, mi querido Carlitos, trae siempre otro ú otros tras si; y este picarillo, entrando una mañana en el cuarto de su madre en el momento que acababa de salir, vé el dinero en el sitio acostumbrado...... titubea...... se acerca...... vá á cogerlo...... tiembla...... se retira como arrepentido...... mas la pasion le vence: cede y roba algunas moneditas, con las que escapó al momento á comprar golosinas. He aquí una mala accion ya ejecutada, y en su consecuencia satisfecho su apetito; pero,

Carlitos mio, nunca le ví tan triste como aquella mañana: estaba lleno de temores, sin duda los remordimientos.... mas viendo que no habia sido descubierto, cobró nuevo ánimo; por la tarde ya estaba mas alegre; y al otro dia, y á los siguientes volvió á repetir tan horrible atentado, tomando cada vez un poquito mas, de suerte que su madre al fin notó que le habian robado; y no sabiendo quién podria haber sido, sospechó en un pobre viejo que hacía pocos dias habia recogido por caridad, y al momento lo despidió.

¡Ved aquí, hijo mio, á este pobrecito anciano privado del sustento por el crímen de Eduardo! Vedle ya en la calle sin asilo y sin esperanzas de hallar otra colocacion: á él se le imputa del robo. ¡Oh Dios mio! ¡Qué situacion tan terrible y dolorosa la de este pobre hombre! Sin embargo, con dos palabras puede probar su inocencia, pues conoce al culpable: ¡le ha visto introducirse en el cuarto de su madre por una puerta entreabierta, y robar muchas monedas de plata! ¿Mas irá á revelar este horrible secreto? ¿Llevará la vergüenza, el espanto y el duelo á una madre, demasiado indulgente,.. sí, pero

buena y sensible, que poco antes le habia sacado de la miseria cuando todos le abandonaban? No, no; su reconocimiento le impone silencio...... mas el cielo volverá por su inocencia; porque la Justicia Divina no deja á los malvados sin castigo.

Eduardo, sin reparar en el doble daño que habia hecho, y viendo su bolsa bien repleta, se escabulló en aquella misma tarde, y entrándose en la pastelería mas cercana, pidió una gran porcion de las golosinas que tanto apetecia; comió, llenó los bolsillos y la gorra, y viendo que aun le quedaban, volvió á comer hasta tanto que no pudiendo recibir mas su estómago, é impidiéndole la facil respiracion, temió no poder volver á casa de su padre: por momentos se iba sintiendo cada vez mas malo; hace un grande esfuerzo para llegar á casa; pero los padecimientos de su estómago, pintados muy á lo vivo en su descompuesto rostro, ojos encendidos, labios amoratados y como hinchados, la boca abierta y la respiracion fatigosa, se oponian demasiado á tan deseado fin: en tan infeliz estado, sin embargo, puede arrastrarse hasta el portal de su casa, le dá una convulsion y cae al suelo. Felizmente el pobrecito vie-

jo que habia sido despedido por la mañana con el borron de ladron, estaba allí cerca como aguardando que la Providencia le deparase algun consuelo: no sabiendo qué hacerse, ni adonde ir, abandonado de la casa de Mr. D'Estourville, se habia sentado á una de las esquinas inmediatas, sin atreverse ni á implorar los socorros de la conmiseracion pública, ni acercarse á la casa de su bienhechor: en tan triste situacion, sin haber comido en todo el dia, sin ningun recurso para cenar y recogerse aquella noche, echa á llorar amargamente, cuando oyó los gritos de Eduardo: reconoce su voz, y al momento, sin pararse á considerar que él es el culpable de su desgracia, corre á su socorro, y siente que se le traspasa el corazon al ver aquel niño casi muerto á sus pies...... Pide ausilio, y sin esperarle, le toma entre sus trémulos brazos, le estrecha contra su pecho, procurando reanimarle con su aliento; pero á pesar de sus cuidados, Eduardo permaneció sin sentido, hasta que puesto á la lumbre en el cuarto de su madre, adonde le habia podido llevar el pobrecito anciano, recobró con el calor y las repetidas friegas su entero conocimiento.

Sin embargo, el peligro se aumentaba; una sangre negra y espesa que le salia de la boca le ahogaba por momentos. Los médicos que llamaron á su socorro declararon que tenia rota una vena del pecho por los violentos esfuerzos que habia hecho para arrojar los alimentos de su atestado estómago. El caso era grave é inminente; Eduardo lo conoció por los vivos dolores que padecia, por las abundantes lágrimas que veía derramar á sus padres, y porque observó tambien que le cercaban los irrecusables testigos de sus faltas, cuya vista aumentaba su vergüenza, al paso que esperimentaba el mayor sentimiento por haber despreciado tantas veces los consejos de su padre: con estos remordimientos y los que le producian el daño que habia causado al pobrecito viejo, llamó á sus padres, que lloraban á lágrima viva, les declaró sus faltas, y pidiéndoles perdon de todas ellas, les suplicó para espiarlas que cuidasen del pobre viejo, infamado atrozmente por su culpa. Aun queria hacerles mas encargos; pero no pudo concluir, porque el esfuerzo que habia hecho para hablar aumentó la actividad del flujo de sangre que brotaba en su pecho, y sin per-

mitirle apenas despedirse de su padre, espiró.

Así es como concluyó los doce años de su vida el infeliz Eduardo, víctima de una inclinacion que no habia reprimido en su principio: triste ejemplo de las consecuencias que acarrea el olvido de los consejos de una sábia templanza. No te olvides tú, Carlitos mio, de la fatal suerte de Eduardo, y acuérdate siempre de los consejos de papá, de los mios y de los de tus maestros, y entonces te querrán todos tanto como tu Brígida.

Fue despues muy notado que este niño, escarmentado con el triste fin de Eduardo, mantuvo siempre la mas moderada templanza en sus apetitos, sirviendo de modelo á otros niños, y que sin volverse jamas á resentir de los escesos que le pusieron en tanto peligro, vivió dilatados años desempeñando esactamente el destino que le cupo en sociedad.

Eugenio. Papá: ¿con que se murió Eduardo por comer golosinas?

El Padre. Sí, hijo; porque aunque el comer sea preciso para mantenernos y sostener nuestra vida, siendo con esceso, lejos de aprovecharnos nos perjudica y abrevia nuestra existencia.

Alejandro. Papá, yo no voy á comer mas golosinas.

Henrique. Ni yo tampoco; á mí me gusta mucho Carlitos porque hizo caso de lo que le dijo su Brígida; ya no quiero comer mas.

El Padre. Ese es otro esceso, hijo mio, del que es menester tambien huir para no perjudicar nuestra salud: es preciso comer lo necesario, y solo se prohibe el hacerlo con esceso como lo hacia Eduardo. Habeis visto que este tenia por hermano á Alfredo, quien no habiéndose dejado arrastrar de la pasion de aquel se mantuvo sin padecer lo que sufrió Eduardo. Ademas, la glotonería de este mismo lo condujo á otros vicios, con los que si hubiera vivido, tarde ó temprano se hubiera hecho mas infeliz, viniendo á parar tal vez en un cadalso; porque habiendo principiado á hurtar las cosas de su casa, poco á poco se hubiera hecho á tomar las agenas, y habituándose al robo, nada le hubiera sido de inconveniente para verificarlo aunque hubiera tenido que asesinar á sus semejantes. Cuidad, pues, hijos mios de no escederos en las comidas, contentándoos con lo que os dá vuestra mamá, que sabe muy bien lo que os con-

viene; así no os espondreis á imitar la suerte de Eduardo, y siguiendo sus malos pasos tener la triste muerte con que acabó sus tiernos años.

LA BUENA FILOSOFÍA.

Pasando un caballero cierto dia por la falda de una montaña, vió en un vallado una planta, la que quiso coger; para esto se apeó del caballo, el que aprovechándose de este momento de libertad, echó á correr por el camino adelante. El caballero le siguió llamándole, y el caballo se detuvo; mas en el momento de echarle la mano emprendió de nuevo la carrera. Un niño que trabajaba en un campo vecino, que vió este suceso, se apresuró á correr á el recodo del camino, y llegó á tiempo de saltar á la brida y detener al caballo hasta que llegó su amo. El caballero, mirando al muchacho, admiró su buen color y su alegre fisonomía: te doy las gracias muchacho, le dijo; le has pillado muy diestramente. ¿Qué te daré yo en pago de tu trabajo? Y al decir esto echó mano al bolsillo.

—Yo no necesito nada, señor, dijo el niño.

El caballero. ¿Nada? me admira tu res-

puesta; pocos hombres hay que puedan decir otro tanto. ¿Pero qué haces aquí en este campo?

El muchacho. Estoy escardando la mala yerba, y de paso guardo mis ovejas, que pacen aquí cerca.

El caballero. ¿Y te agrada esta ocupacion?

El muchacho. Sí señor, sobre todo en el buen tiempo.

El caballero. Enhorabuena; sin embargo, me parece que mejor querrias tú estar jugando?

El muchacho. ¡Oh! lo que yo hago aquí no es un trabajo pesado; para el caso es lo mismo que jugar.

El caballero. ¿Y para quién trabajas tú?

El muchacho. Para mi padre, señor. Vive allí, en medio de aquellos árboles que veis desde aquí.

El caballero. ¿Cómo te llamas?

El muchacho. Perico, lo mismo que mi padre.

El caballero. ¿Cuántos años tienes?

El muchacho. Doce cumplo para el san Miguel que viene.

El caballero. ¿Hace mucho que estás aquí hoy?

El muchacho. Estoy desde las seis de la mañana, señor.

El caballero. ¿Y no tienes hambre?

El muchacho. Algo hay de eso, mas pronto iré á comer.

El caballero. Si tuvieras una peseta, ¿que harías con ella?

El muchacho. En verdad que no lo sé, porque nunca he tenido tanto.

El caballero. ¿Pues qué, no tienes juguetes?

El muchacho. ¿Juguetes? ?Qué quiere decir eso?

El caballero. Pelotas, peones..... un caballo de madera....

El muchacho. ¡Ah! no señor; pero entre el hijo de nuestro vecino Tomás y yo armamos lazos para coger pájaros; tambien tengo zancos para andar por encima de los lodos, y tenia tambien un arco; mas se me ha roto.

El caballero. ¿Y no tienes deseos de otra cosa mas?

El muchacho. No señor, porque no tengo tiempo de jugar. Yo soy el que llevo los caballos al campo, el que cuido de las vacas, y ademas tengo que ir á recados al pueblo. El tiempo se pasa en todo esto tan pronto como en el juego.

El caballero. Mas si tuvieras dinero, podias comprar manzanas y bollos cuando vas al pueblo.

El muchacho. ¡Bah! tengo yo manzanas en casa; y tocante á los bollos, yo me rio, porque hace mi madre los dias de fiesta unas tortas que valen mucho mas.

El caballero. ¿No te alegrarías de tener una navaja para cortar varas?

El muchacho. Tengo una en el bolsillo que me ha dado mi hermano; miradla, corta lindamente.

El caballero. Me párece que tus zapatos estan rotos, ¿no querrias tener otros mejores?

El muchacho. Tengo unos nuevos para los domingos.

El caballero. Esos que tienes dejan entrar el agua.

El muchacho. Pues poco cuidado me dá.

El caballero. ¿Y tu sombrero? ¡está todo estropeado!

El muchacho. Tengo uno mejor en casa; pero me gusta mas éste porque el otro me aprieta.

El caballero. ¿Cómo te gobiernas cuando llueve?

El muchacho. Me meto debajo de un árbol hasta que no caiga gota.

El caballero. ¿Qué es lo que haces cuando tienes hambre antes de volverte á casa?

El muchacho. Como algunas veces un rábano crudo, ó una acenoria.

El caballero. ¿Y si no la encontrases?

El muchacho. Entonces me gobernaria como pudiera. Algunas veces me ha sucedido; pero trabajando con ganas no se piensa en el hambre.

El caballero. ¿No tienes sed cuando hace calor?

El muchacho. Sí, mas aquí nunca falta el agua.

El caballero. ¿Y sabes, querido, que tu practicas la verdadera filosofía?

El muchacho. ¿La verdadera qué:::?

El caballero. Filosofía. Estoy seguro que no sabes lo que quiere decir.

El muchacho. No señor; mas creo no sea cosa mala.

El caballero. No, no; quiere decir que eres un niño muy juicioso. Vamos, amiguito, veo en efecto que no necesitas nada, y no te daré dinero para hacerte necesitado: dime, ¿no vas á la escuela?

El muchacho. Todavía no señor, mas mi padre dice que iré despues de la siega.

El caballero. ¿Entonces te harán falta libros?

El muchacho. Si señor: los otros chicos tienen una cartilla, un caton y un catecismo.

El caballero. Pues bien; yo me encargo de dártelos; se lo avisarás á tu padre, y le dirás que es porque eres un buen muchacho, que estás contento con todo.

El muchacho. Sois muy generoso, os lo agradezco infinito, y me vuelvo á mi obligacion.

El caballero. A Dios Perico.

El muchacho. Para servir á V. caballero.



REFLEXIONES
SOBRE LA EDUCACION DE LAS MUGERES.

Apenas habrá un hombre que no censure la conducta de las mugeres; y al paso que por una parte hacemos alarde de amarlas y rendirlas un tributo de adoracion, por otra nos quejamos contínuamente de sus caprichos, su frivolidad, su descuido en cumplir con sus obligaciones, y su poca docilidad en abrazar los consejos que se les dictan. Sin detenernos ahora en examinar si semejantes quejas son bien ó mal fundadas, solo diremos que si se indaga el orígen del mal, hallaremos que procede de la falta de educacion, y que por consiguiente la culpa es de los hombres. La muger puede considerarse como un ser pasivo mientras se mantiene soltera: todo este tiempo, por largo que sea, es el de su enseñanza; en él aprende á conocer y ejercitar las obligaciones propias de su sexo, guiada por la viva voz de sus padres: adquiere en él aquellos hábitos y costumbres que ha de poner en práctica

cuando pase á ser un miembro activo de la sociedad; en él por último forma su corazon y aprende con los ejemplos á arreglar la conducta para cuando sea esposa y madre. Esto es propiamente lo que se llama la educacion; y segun los buenos ó malos principios que haya adquirido en ella obrará cuando puesta ya entre las manos de un marido, que ocupado en las funciones de su estado no pueda dirigir ni celar todas sus acciones: no le queda otro juez que la opinion pública y su conciencia. En este supuesto, ¿cómo se podrá esperar que una jóven, cuya primera enseñanza no ha tenido otro objeto que las modas y los pasatiempos; que no ha recibido sino ideas falsas acerca de la verdadera felicidad, y que jamas ha oido sensatas amonestaciones, sino adulaciones y aplausos; cómo se podrá esperar, digo, que una jóven criada de esta suerte varíe enteramente de ideas desde el momento en que se case, y se haga una muger prudente, recatada, económica y juiciosa? Eso sería lo mismo que si esperáramos coger trigo en un campo sembrado de semillas nocivas. La naturaleza no obra semejantes prodigios; las buenas acciones de una mu-

ger casada serán siempre el resultado de las máximas que haya aprendido en su juventud, de los buenos ejemplos que haya recibido, y en una palabra, de una buena educacion. Quéjese enhorabuena el filósofo de que en vano desea encontrar unidos á los placeres del amor los de la amistad y una agradable conversacion, porque las mujeres no tienen mas principios que los que nacen de la galantería y la vanidad. Quéjese el hombre de negocios de que son desidiosas y descuidadas, y agenas de aquella aplicacion y economía tan necesarias para medrar y prosperar en el mundo. Quéjese el hombre tierno, sensible de que son inconstantes, infieles, variables é inconsecuentes. ¿Acaso no podrán ellas responder á estas quejas, que los hombres regularmente son los que las dan continuos ejemplos de infidelidad é inconstancia, que son los que las enseñan la senda del vicio, y hacen los mayores esfuerzos para apartarlas del camino de la virtud? Ademas, ¿al filósofo quién lo ha hecho capaz de gozar de aquellos placeres intelectuales que tanto preconiza? solo la educacion; y esta misma no hay duda habria dispuesto el ánimo de su muger ó hija á

que encontrase el mismo deleite en ellos, si la hubiesen recibido conforme á semejantes ideas. ¿Cómo ha adquirido el comerciante el amor al trabajo y el espíritu de especulacion y economía sino con la primera enseñanza, y acostumbrándose desde sus tiernos años á aquel método de vida? ¿No poseeria su esposa las mismas calidades, si desde luego hubiese tenido igual escuela? Es una locura, pues, esperar coger buenos frutos de un árbol sin cultivarlo; por tanto, no hay que atribuir á la naturaleza la frivolidad, los caprichos y demas flaquezas que con tanta frecuencia se notan á las mugeres, sino solo á la falta de educacion y de buena enseñanza.

Aun hay mas: ¿y por cuántos medios no contribuye el hombre á los estravíos y debilidades de las mugeres? Mientras son jóvenes y hermosas, no las habla sino con falsedad y engaño. Delante de ellas pondera su belleza, celebra todas sus acciones, aplaude sus mismos defectos, y luego se rie de su credulidad, haciendo alarde de reprobar como efectos de su malicia aquellos mismos vicios á que él muchas veces las ha inducido con los medios mas criminales; por manera que jamas oye una mu-

ger la voz de la verdad, sino cuando las arrugas estampan en su cara el sello de la vejez. No sería pues mucho mas plausible que puesto que está á cargo del hombre la direccion de la muger, se dedicase á corregir sus defectos en su orígen por medio de una sólida instruccion, sin dejarlas sepultadas en la ignorancia, y ejercitarla á los vicios, para atribuirla despues el mal que él ha causado, y quejarse de que haya aprendido lo que le ha enseñado con tanto empeño. El hombre pues y la mala educacion son el orígen de la mayor parte de los defectos que se atribuyen á las mugeres; defectos que por lo regular parten de un principio de absoluta ignorancia, y que subsistirán mientras no se trate de instruirla y darles una esmerada crianza.

Pero hasta aquí hemos considerado los vicios de la educacion de la muger en cuanto á sus relaciones con ella misma; esto es, en cuanto á la necesidad de inspirarle aquellas virtudes de que depende su felicidad particular: hablemos ahora alguna cosa acerca de sus relaciones con la sociedad. ¡Qué vasto campo se ofrece á nuestras reflexiones cuando la contempla-

mos ya como esposa y como madre! No basta para una muger el que haya adquirido por hábito, digámoslo así, la costumbre de ser económica, honesta y virtuosa; estas calidades la harán una buena esposa, pero tal vez con ellas podrá no ser una buena madre: es preciso que adquiera la instruccion necesaria para el desempeño de un cargo tan grave y dulce al mismo tiempo; ademas es necesario que tenga toda la disposicion y las luces suficientes para derramar en sus hijos las primeras semillas de la instruccion; es necesario que conozca y sepa aprovechar las ocasiones para desenvolver y ejercitar el ingenio de los niños. Para ellos todo cuanto se les presenta es nuevo, y de consiguiente su curiosidad natural les sugiere á cada paso nuevas preguntas: ¿y qué ha de responder una madre que se ha criado sin instruccion? Llenará la cabeza de los niños de errores, que nunca ó muy tarde llegarán á desechar de su espíritu, con la circunstancia de que al paso que los vayan conociendo se irá debilitando en ellos el respeto filial, pues no es posible respetar mucho á una persona que contemplamos inferior á nosotros. Otro perjuicio

no ménos notable resulta de la falta de instruccion en las mugeres, y consiste en la propagacion, que seguramente se debe en gran parte á ellas, de aquellas preocupaciones conocidas bajo el nombre de errores populares, los cuales por desgracia se estienden á mas que á la clase inferior del pueblo, y que repugnando á la razon, y tal vez á la religion misma, hacen á los niños crédulos, tímidos y tan inútiles para todo, que la sociedad entera se resiente de sus funestos efectos.

Dos, pues, son los objetos que hay que llenar en la educacion de las jóvenes: el primero estriba en acostumbrarlas á que sean dóciles, activas, económicas, prudentes y virtuosas; y el segundo, en darles la instruccion suficiente para que llegando á ser madres puedan desempeñar con acierto las funciones de tan noble ministerio, infundiendo desde luego en sus hijos ideas rectas y justas, pues nadie ignora que las primeras que se reciben son indelebles. Es inútil por tanto insistir en la necesidad de dar á las mugeres una educacion distinta por todos títulos de la que reciben comunmente en el dia; y aunque á la verdad no sea necesario que sean sabias ni literatas,

conviene no obstante que tengan la instruccion necesaria para conocer sus obligaciones, saber desempeñarlas, y hacer felices á los hombres con sus virtudes.

JULIO DE ROJAS

EN EL REAL MUSEO DEL PRADO.

Hijos mios, diferentes veces he notado con disgusto la repugnancia que algunos niños presentan á lo que quieren enseñarles sus padres ó maestros para que algun dia les sea útil, por no conocer el provecho, ni persuadirse de las ventajas que pueden sacar en lo sucesivo, si su fortuna cambiase de direccion como tan frecuentemente sucede en las vicisitudes humanas; pero esto, hijos mios, jamas os autorizará para reusar lo que me parezca digno de vuestra enseñanza. Os debe bastar el saber que vuestros padres y maestros os aman, y por consiguiente no desean mas que vuestro bien, y que son mas ilustrados é instruidos que vosotros. Así, queridos, si os sucede en el dia ó en lo sucesivo no comprender al pronto todas las ventajas de una ciencia ó de un arte que os quieren enseñar, es menester que os digais: cuando yo sea un poco mayor, recogeré todo el fruto de mi actual docili-

dad, y comprenderé entonces qué bien hicieron mis padres y maestros en enseñarme. No seais como Julio de Rojas, que á pesar de que no era un mal muchacho, era un atolondrado, y no permitia aprender sino lo que su corta capacidad tenia por útil en el mismo acto. Lo mismo sucedia con las medicinas cuando estaba enfermo, que no queria tomar mas que aquellas que aliviaban su mal al instante. En cuanto á los otros remedios, cuyos felices efectos no se experimentan sino hasta cierto tiempo despues de tomados, era casi imposible el determinarle á que los tomase; y el mismo horror que le causaban las medicinas, las sanguijuelas, los sinapismos, etc. la misma aversion manifestaba en diferente sentido á la mitología, la historia y el dibujo, que son en cierto modo remedios contra la enfermedad de espíritu, y á la que se llama ignorancia, enfermedad de la que no se muere, es verdad; pero de la cual se padece toda la vida si no se aplica la curacion en la infancia ó en la juventud.

Julio no queria aprender ni el dibujo, ni la historia, ni la mitología: vosotros sabeis que el dibujo es el arte de represen-

tar con un lápiz las formas de todos los objetos visibles. La pintura, de la que el dibujo es la parte principal, y la primera que es preciso aprender, es el arte de representar las formas y colores de todos los objetos. La historia es la narracion de los hechos y dichos de los hombres que han existido ó existen actualmente. La mitología es una recopilacion de fábulas y hace 1833 años era la religion de Italia y de la Grecia.

Julio, como os he dicho, ponia mala cara siempre que se trataba de dar leccion de historia, mitología ó de dibujo. ¿Qué necesidad, decia, tengo yo de todo esto para ser banquero como mi padre? ¿No me basta el poseer bien mi lengua y algo de matemáticas? ¿Qué me importa saber que Vulcano era cojo y dios de los herreros, y que Fernando V fue un rey muy valiente y piadoso, y el saber hacer narices, bocas y ojos? Despues tomaba un libro de mitología y le ponia á Venus grandes bigotes; tomaba la historia de España, y dejaba tuerto á cualquier personage aunque fuese el mas interesante, echándole un borron de tinta sobre un ojo; y no contento aun, hacia pedacitos las estampas de

Apolo y de Felipe V, y las echaba por la ventana. En fin, el señorito Julio era un destructor.

Un dia sus padres determinaron llevarle á ver el Real Museo del Prado en compañía de su primito José, de la misma edad que Julio, y al que sus padres habian permitido el venir á divertirse á Madrid durante las vacaciones, en consecuencia de los premios que habia obtenido en el colegio de Vergara en que estudiaba.

Así que entraron en el magnífico vestíbulo que dá paso á los salones en que se hallan colocados los cuadros de las diferentes escuelas de pintura, entregaron el papá y mamá de Julio, el uno su baston y la otra su sombrilla en una mesa á la derecha á un dependiente del establecimiento, del que recibieron una contraseña para devolver dichos objetos á la salida. El mismo depediente propuso al papá de Julio que comprase un libro de varios á la rústica que tenia sobre la mesa, y en él encontraria la explicacion de las pinturas. Doy á V. gracias, le respondió; tengo yo uno. = ¿Y dónde le tiene V.? preguntó Julio. = Aquí está, dijo su padre, acari-

ciando á José en la frente. Julio se puso entonces mas encarnado que la grana.

Apenas entraron en la primera sala, les llamó la atencion un cuadro que representaba enteramente una fragua: los forzudos personages que trabajaban medio desnudos, habian suspendido sus tareas, y descansando con los mazos sobre la bigornia, escuchaban con la mayor atencion lo que les decia un rubio y bello jóven que llevaba consigo una lira, y despedia resplandores de su rostro.

¿Podrias tú esplicarnos el asunto de este cuadro? dijo el padre de Julio á su sobrino José. Creo que sí, respondió el niño modestamente. El asunto de este cuadro está tomado de la mitología. Aquel hombre que se vé allí suspenso con el martillo, y que manifiesta la mayor sorpresa y atencion, es Vulcano, llamado por los gentiles dios del fuego, que trabajaba con ayuda de los cíclopes, que son los que le acompañan en las cavernas del Etna, y todos escuchan lo que les dice Apolo, que es ese jóven que veis, y que viene á anunciar á Vulcano los amores de su esposa Venus, la que tenian por diosa de la hermosura, con Marte, el dios de los combates.

Despues de haber observado varias pinturas, pasaron á la primera division del gran salon del centro, en la que estan colocados cuadros históricos de vastas dimensiones, y desde donde se registra todo el salon en que estan colocados los hermosos cuadros de la escuela italiana, y que ocupa el cuerpo principal del edificio. ¡Qué de cuadros! ¡Qué de colores! ¡Qué variedad de trages! ¡Qué diversidad de personages! No parece sino que todos los estados han dirigido aquí las mas admirables producciones de la naturaleza y del arte. El número es tanto, que bien habia para poblar una gran ciudad, si todos los personages se animasen y tomasen las formas humanas que representan. ¡Es un golpe de vista magnífico! ¡Es una maravilla! Verdaderamente que el Real Museo es el templo de las artes.

¿Qué significa esto? dijo Julio á su papá señalándole un cuadro de la izquierda. = Adivínalo, si puedes, le respondió su padre; y en seguida, volviéndose ácia José que estaba mirando un cuadro del lado opuesto, le dijo: mira José, tu primo no sabe lo que representa este cuadro; ¿lo sabrias tú por casualidad? = No lo sé por

casualidad, señor tio, sino porque lo he estudiado, respondió José.

Este cuadro representa la muerte de Viriato, caudillo portugués, asesinado por las tramas de los romanos que no habian podido vencerle en repetidas batallas. Unos soldados contemplan abatidos la lamentable pérdida de su general; otros acuden precipitados á la tienda con tan funesta nueva, y otros, en fin, marchan con las espadas desnudas á vengar en las filas enemigas la alevosa muerte de su gefe.

¡Cáspita! lo que sabe este chiquillo, dijeron unos aldeanos que iban siguiendo á José y oyendo sus esplicaciones; y á Julio en cada palabra de estas le salian los colores al rostro.

Estando en esto, el padre de Julio reparó en un jóven que examinaba con la mayor atencion un cuadro como para descubrir sus defectos; y acercándose á él le dijo: ¿Sabe V. quién es el autor de ese cuadro? á mi me parece primoroso. = Es mediano, respondió el jóven; yo soy su autor. = ¡Ah! ¿con que V. es pintor? Sí señor; mi padre era un rico comerciante que perdió todo su caudal hace tres años.

Yo habia aprendido el dibujo y algo de pintura; me apliqué al trabajo, y á fuerza de desvelos he llegado á ejecutar algunos cuadros, con cuyo producto asisto á un padre á quien amo y venero sobre todo. El jóven saludó y se marchó. ¡Lo que es el ser hábil! decia Julio conmovido de este ejemplo.

Siguieron recorriendo los salones, en los que José á cada paso manifestaba sus conocimientos, deteniéndose particularmente en el cuadro de la caridad romana, diciendo: este cuadro representa la mas noble accion de una hija para con su anciano padre. Aquel venerable viejo que se vé allí sentado y maniatado en la prision, era un sentenciado á morir á los rigores del hambre. Para que esta sentencia tuviese su debido cumplimiento, ni aun á su misma hija le era permitido entrar á verle sin ser antes registrada escrupulosamente, para ver si llevaba oculto algun alimento. Mas todas estas precauciones fueron vanas; pues la jóven halló medio de prolongar unos dias que le eran tan preciosos. Efectivamente, el cuadro representa el acto en que la jóven tiene aplicado su cargado pecho á la boca de su padre; y

de este modo con su propia leche sostuvo su existencia por muchos dias, tanto que noticiosos de ello los jueces, espiaron sus acciones, y al fin llegaron á descubrir la amorosa accion de la hija, de la que enternecidos no solo perdonaron al delincuente, sino que erigieron un templo para perpetuar la memoria de la piedad filial.

En frente de este cuadro habia otro que llamaba mucho la atencion á Julio; y aunque ya contaba con que su primo le podia satisfacer su curiosidad, no se atrevia á preguntarle, porque aunque usaba para con él de la mayor modestia, su amor propio padecia ya mucho, y estaba muy arrepentido de no haber aprovechado el tiempo como su primo Pepe. Mas su padre, que no perdia ocasion favorable de interesar á Julio en amor al trabajo, se aprovechó de la que dejaba traslucir el rubor de su hijo, y á cuyo efecto preguntó á Julio: ¿sabes tú lo que representa ésa matrona que tiene una cabeza en una mano y un alfange en la otra? No señor. Y tú, Pepito, ¿lo sabrás? Me parece que sí. La matrona es la hermosa Judit, libertadora del pueblo hebreo y de su ciudad de Betulia; la cabeza humana, que aun parece está chorreando

sangre, representa á la de Olofernes, general de Nabucodonosor, y el que sitiaba tan estrechamente á la ciudad con tan poderoso ejército, que acosados los sitiados de la horrible sed que padecian á causa de haber cortado los enemigos todos los conductos que llevaban el agua á la ciudad, estaban á punto de rendirse. Mas Judit, llevada del celo mas puro, se puso sus mejores galas, y en compañía de una esclava se fue á presentar á Olofernes, el que ciegamente enamorado de ella, le concedió todo cuanto quiso, y asímismo el que saliese de noche á la hora que gustase de sus Reales. Al cuarto dia, despues de su salida, Olofernes para festejarla dispuso una suntuosa cena, á la que convidó á Judit; y llevado de su pasion bebió con exceso, hasta que retirándose á su tienda con Judit, ésta, habiendo orado al Señor, le cortó la cabeza en la mayor fuerza de su embriaguez, y saliendo de la tienda y del campamento, como acostumbraba, se volvió á Betulia, donde enseñó al pueblo la cabeza de Olofernes, la que al dia siguiente colgaron del muro, y atacaron á los enemigos, que atónitos con la muerte de su gefe, se pusieron en precipitada fu-

ga, consiguiendo los israelitas una completa victoria que perpetuaron por una fiesta anual.

Julio preguntó por último á su primo el significado de un cuadro en el que estaba un hombre en actitud de matar á un niño.

Aquel cuadro, le contestó Pepe, es el sacrificio de Abraham. Ese jóven de tan bellas formas que ves atado, es Isac, hijo de Abraham, y espera humildemente recibir el fatal golpe que le vá á descargar su anciano padre, que con una mano le tiene asido y con la otra enarbola el cuchillo; mas no llega á descargar el golpe mortal, porque es detenido por un angel que le señala un cordero para que lo sustituya en lugar del jóven.

Dime Pepe, ¿por qué le vá á matar su padre?

Con mucho gusto Julio. = Queriendo Dios probar la fé de Abraham, le mandó sacrificase á su hijo único Isac en el monte Moria. El Patriarca, á pesar de que sabía que su descendencia habia de ser tan numerosa como las estrellas del cielo, y no tenia mas hijo que aquel, no dudó un instante obedecer; y tomando lo necesario al

sacrificio, y acompañado de dos criados, se fue al lugar señalado, y habiendo dejado á los criados á la falda del monte, subió llevando el fuego y el cuchillo, y el obediente Isac la leña para el sacrificio. Ya estaba á punto de sacrificarle cuando Dios le hizo saber por ministerio de un ángel, que estaba satisfecho de su obediencia, y señalándole aquel carnero que se vé como entre unas zarzas, él fue el sacrificado por Abraham en lugar de su hijo Isac.

Otros varios cuadros hubiera esplicado Pepe para dar gusto á su primo Julio; mas viendo que se necesitaba una semana para esplicarlos todos, y que era ya hora de comer, dijo el padre de Julio antes que salgamos quiero enseñar á Pepito un cuadro pintado por un jóven de diez y ocho años, que es de los mas interesantes á nuestra historia. Aquel cuadro que se vé allí es el que representa la enfermedad de nuestro amado rey. Todos los españoles se cubrieron de luto en aquellos dias en que tanto se temia la pérdida de vida de nuestro monarca: todos á porfia imploraban la piedad divina en favor de un pueblo que perdía su rey. Todos concurrieron velozmente á rendir el homenage de gracias al

Omnipotente por el portentoso restablecimiento de la salud de nuestro amado monarca; y las bellas artes, intérpretes tan elocuentes del corazon, han exalado el gozo que les ha cabido, perpetuando una época que será para la posteridad el mas vivo testimonio del amor de España á su Soberano, de los conyugales desvelos de una Reina para con su esposo, y de la terrible crísis en que agonizaba la nacion á una con su monarca. ¿Veis allí en el triste lecho al Séptimo Fernando desencajado el rostro, con la barba crecida, y eclipsada toda la magestad de su semblante? ¿Veis á la excelsa Cristina, superior á la debilidad de su sexo, sin mas adornos que el sencillo hábito del Cármen conteniendo la sangre de las cisuras hechas por las sanguijuelas que se pusieron al cuello del augusto enfermo? ¿Veis al padre de la medicina española, el Excmo. Sr. D. Pedro Castelló, á la derecha del Rey tomándole el pulso, y estudiando atentamente su semblante, é inmediatos sus compañeros D. Damian Manuel Perez, D. Sebastian Aso Travieso y D. Juan Castelló, con todos los demas profesores, en cuyas fisonomías se manifiesta el inquieto interés que les inspira la situa-

cion del regio paciente? ¿No veis aquel sillon curul que está al lado del lecho? Pues aquel señala el sitio en que nuestra amada *Soberana* permaneció inmóvil y vigilando tantos dias y noches la existencia de su Esposo, olvidada de las comodidades de su dignidad y la delicadeza de su sexo. =Tio, doy á V. un millon de gracias por la bondad que ha tenido en esplicarme tan detenidamente un asunto que tanto ha llamado la atencion de las provincias: mas de una vez he oido á sugetos de diversas condiciones que harian un viage á Madrid por ver el cuadro.=Yo lo creo muy bien, Pepito; porque te puedo asegurar que no hay uno de este numeroso pueblo, ni chico ni grande que no le haya visto, habiendo hecho lo mismo los de los pueblos inmediatos, pues á pesar de haber prolongado quince dias mas para que le viera el público á los quince primeros que se concedieron, el último dia estaba tan lleno este gran salon como el primero.=Tio, ¡cuánto me alegraría poder llevar una copia al colegio de Vergara, para que lo vieran mis compañeros! Niño mio, te prometo satisfacer tus deseos. Nuestro amado Rey, queriendo dar un testimonio al mun-

do entero del tiernísimo amor conyugal con que su amada y augusta Esposa le asistió durante su larga y penosa enfermedad, del acierto de sus facultativos, y del interés con que los españoles miran un restablecimiento tan deseado, ha mandado que se litografie, y el momento que se verifique, te prometo regalar una estampa. Vámonos, que es muy tarde, y de paso daremos una ojeada al salon de escultura; en que tambien José esplicó el significado de los grupos de Castor y Polux, el de Psiquis y Cupido, y otras varias estátuas con admiracion de cuantos le escuchaban, deteniéndose un poco mas en el de Psiquis y Cupido, en cuya ingeniosa alegoría significó la antigüedad el amor producido por las prendas y cualidades del ánimo. Dijo el padre de Julio: hijo mio, la Reina, que tan dignamente ha llevado el cetro confiado por su augusto Esposo, ha querido manifestar que las mismas manos que en circunstancias tristes empuñan el pesado cetro, manejan con delicadeza el pincel, probando con su ejemplo la íntima conexion de las artes de la belleza con los sentimientos dulces de beneficencia y magnanimidad que hermosean su bondadoso

corazon, pintado al óleo con mucha delicadeza y frescura de colorido un cuadro que representa á Psiquis y Cupido, regalándole á la Real Academia de San Fernando acompañado de una carta escrita de su Real mano. = Tio, cuánto me alegraría ver ese cuadro. = Hijo mio, tambien yo desearía poder complacerte.

Al tiempo que iban á salir, todo el mundo hizo calle á un personage que entraba. ¿Quién es? preguntó Julio á su papá admirado del acatamiento que le hacian. = Es un pintor de cámara, le respondió su padre; y haciéndole fijar su atencion en todos los sucesos de aquel dia, le dijo: = Y bien Julio, ¿qué piensas ahora de todo esto? = Padre mio, dijo Julio avergonzado; confieso que el estudio del dibujo, de la historia y de la mitología sirve de algo, y os prometo que desde hoy en adelante consagraré á él algunas horas. = Así me darás gusto, dijo su padre abrazándole. = Así lo hizo, y no tuvo motivo de arrepentirse, porque su padre se arruinó al cabo de diez años, como el padre del jóven del Museo: Julio se hizo profesor de historia y de dibujo, y tuvo la dicha de prodigar á sus padres todos los cuidados

que les habia debido en su infancia. = Sí, si, decia, abrazando á sus padres, el estudio del dibujo, de la historia y de la mitología sirve de alguna cosa.

Eugenio. Papá, ahora sí que quiero yo mucho á Julio, porque le gusta trabajar, y por lo mismo tambien le querrán todos los hombres.

El Padre. Sí, hijo mio; el hombre laborioso, y que pone de su parte para ser útil á sí y á los demas, será estimado y socorrido de todos, si por alguna desgracia involuntaria se vé en la miseria; pero por el contrario, el hombre perezoso, vago, y que no quiere trabajar, debe mirarse como una peste y un mal contagioso para los demas hombres, quienes por tanto lo despreciarán tratando de que se separe de su presencia por no ser merecedor de que se le atienda en nada.

Enrique. Papá, yo quiero aprender el dibujo.

Alejandro. Yo la historia y la mitología.

El Padre. Hijos mios, yo quisiera que lo aprendiérais todo; me manifestais las mas bellas disposiciones, y sobre todo una docilidad que hace las delicias de

vuestro papá; seguid con ella, y esperad tranquilos el seguro premio en Dios, en vuestro Rey, vuestra patria y vuestro papá.



EL PASEO POR EL JARDIN BOTÁNICO.

El Real Jardin Botánico de esta Corte es una estensa y tranquila posesion que está sembrada de un grandísimo número de árboles de todas especies: esta dichosa mansion de la historia natural, construida por el Sr. D. Cárlos III, es el emporio de la ciencia botánica. Saludad, hijos mios, al Jardin Botánico, y recordad que éste era el recreo de Cabanilles, Ortega y Lagasca. Entrad, y disfrutaremos en medio del caloroso estío de las frescas sombras que dan tantos y tan diversos árboles: estos que veis aquí tan hermosos y robustos son estranjeros, que se han traido á Madrid para darnos una idea de los grandes bosques del nuevo mundo; mirarlos con qué valor resisten su destierro; ¿no veis mas allá, antes de llegar al emparrado, una ladera cubierta de unos árboles muy altos?

Ay, sí, sí, Papá; pero está muy lejos. No importa: ¿no divisais en la cima de la cuesta aquel árbol tan alto que parece quiere tocar al cielo con sus punteagudas y vigorosas

hojas? Sí, sí, Papá: pues aquel es el árbol cuyo nombre encontrareis repetido muchas veces en la escritura; hace un gran papel en las poesías de David y en los proverbios de Salomón; es el cedro de que hablan los libros sagrados: vino directamente del mismo desierto del Líbano.

Todos esos árboles que veis en la posesion son regalos con que nos han favorecido otros paises sacándoles de sus almacigas ó planteles para traerlos aquí. La América misma la veis representada por sus árboles de grandes hojas. Ya sabeis la historia que os conté el otro dia del pobre indiano, y os acordareis que despues de mes y medio de permanencia en Madrid, en donde se le habia enseñado todas las riquezas del arte, todo el lujo de la corte y todas las maravillas de nuestros teatros, conservaba siempre un aspecto frio y mudo, mirándolo todo con la mayor indiferencia, hasta que viniendo un dia al Jardin Botánico se encontró con un árbol de la América, y tan luego como le vió se reanimó su abatido corazon, y arrasados sus ojos en lágrimas, desplegó su voz con denuedo, y dando un grito espantoso, esclama: ¡*Un árbol de mi pais*! y enagenado de gozo echa

á correr, se abraza á él como se abraza un hermano á otro hermano á quien despues de creerle perdido le vuelve á ver por primera vez.

No hay placer que iguale al que produce el Jardin Botánico; andar por él es un viage en pequeño á todas las regiones del mundo; en él se recorren todos los bosques, por desiertos y solitarios que sean; se atraviesan todos los climas; cada momento se encuentra un nuevo pais. ¡Qué sitio tan encantador! A cada paso cambia de aspecto la naturaleza. Aquí se presenta risueña, allí severa; aquí cargada de floridos naranjos, allí pavorosos y tristes povos balanceando contra al aire; aquí un precioso emparrado, y allí sombrías encinas. Cada tablar presenta diferente aspecto: vosotros sois dueños de todos estos mundos que nos rodean. ¡Qué hermoso viage! Toda la vida de un hombre por larga que fuese, esperimentando toda especie de trabajos y peligros, no sería suficiente para conseguir el objeto que nos prometíamos, y que en tan pocas horas lo hemos alcanzado. Pero aun hay mas: todos estos árboles, arbustos y plantas de cualquier especie que sean, todos estan rotulados, en

todos se ven sus respectivos nombres en una tarjeta que los contiene en latin y castellano.

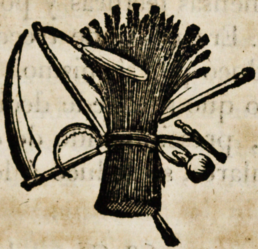
Esta hermosa reunion de árboles exóticos, de plantas raras, de esquisitos frutos, de nuevas especies de trigos; en fin, de todo este lujo de la vejetacion es recolectado del universo entero para el estudio de la botánica.

Otro dia iremos al Retiro, y allí vereis una multitud de animales de diferentes especies: ahora nos iremos á casa, que ya hace mucho calor; y os encargo que no os olvideis de regar los tiestos del balcon que tanto distraen á la mamá, y sobre todo, cuidad del guindo y de las matas de maiz que estan en el patio, porque son estrangeras y merecen que las mireis con la compasion á que son acreedores los pobres estrangeros.

Eugenio. Papá, ¿con que nos vamos ya sin saber mas de toda esta reunion de vejetales?

El Padre. Sí, hijos mios: por hoy no tenemos lugar para mas; pero yo os ofrezco traeros aquí algunos dias, para que conozcais las principales maravillas de este sitio delicioso y útil á la humanidad, por

los varios respectos que con el tiempo conocereis; porque no solamente aprendereis lo que son estos árboles y yerbas, y para lo que sirven, sino tambien el modo de cultivarlos para hacerlos provechosos, instruyéndoos en la agricultura, que es la fuente principal de las verdaderas riquezas.



DE LA EDUCACION.

Todo el mundo conoce la importancia de la educacion de los niños, para su felicidad y su salud; pero ¿cómo recopilar de entre mas de mil volúmenes que se han publicado sobre esta materia las reglas que se deben seguir para dirigirla?

He aquí el resúmen, ó por mejor decir la quinta esencia, fruto de las observaciones sugeridas á un célebre médico por sus inmensas lecturas y por su propia esperiencia. Era padre de trece hijos, y á todos los educó por sí mismo.

Todo lo que se puede decir acerca de la materia, prescindiendo de circunstancias particulares, se reduce á los artículos siguientes:

1.º Alimentos.	6.º Costumbres.
2.º Vestidos.	7.º Modales.
3.º Aire.	8.º Cuidado de la salud.
4.º Ejercicio.	9.º Instruccion.
5.º Diversiones.	10.º Moral y religion.

Recorreré sucesivamente estos puntos.

1.º *Alimentos.*

Las madres deben criar á sus hijos siempre que puedan hacerlo sin algun grave inconveniente; mas si la madre ha contraido algunos defectos, si tiene multiplicadas ocupaciones, si es de complexion delicada y propensa á enfermedades de pecho ó á otras muchas que pueden trasmitirse por la lactancia, es preferible que confie su hijo á una nodriza sana y robusta, procurando no haga otra cosa mas que cuidar al niño, y que tenga una vida sencilla y moderada.

El método de alimentar los niños por medios artificales, no ha producido buenos efectos cuando se ha ensayado en grande; pero en caso de verificarlo, es preferible la leche de cabra á la de vaca, por ser mas ligera; y cuando sea el niño de padres pobres que no puedan sostener una nodriza de las cualidades que se requieren, es muy preferible lactarle con una cabra que por los medios artificiales de botellas, pisteros, &c.

Cuando se quiere destetar al niño, el alimento mas sano que se le puede dar es

el que generalmente se usa en Escocia, que es cierta especie de sopa de harina de avena cocida en leche ó cerveza. La harina se prepara secando bien la avena en un horno, moliéndola y separando cada grano de su cascarilla. La harina de trigo ó de cebada probaria bien, mas la película que cubre el grano no es tan nutritiva como la de avena, y la de la cebada se reputa por mal sana. A medida que el niño crece, su comida debe ser mas sustanciosa, pero siempre de facil digestion. La carne asada les conviene mejor que la cocida. Tambien les convienen las patatas; tomando un poco de vino á las comidas.

2.º *Vestidos.*

La regla general es que los vestidos de los niños deben ser lo mas sencillo posible; anchos para que no estorben sus movimientos, y de abrigo en todo tiempo á la intemperie del aire. Mucha leche, mucho sueño y mucho estambre es lo que conviene á los niños para robustecerse. Sin embargo, tratándose de vestidos, se puede hacer la debida distincion entre los dos sexos, como que ésta es una señal peculiar

á cada uno; y aunque parezca esta materia estraña del asunto, como los trages en cierto modo pueden tener algun influjo en la salud, segun su forma y hechura, deben entrar tambien en un plan de educacion. El uso de las túnicas es el mas á propósito para los niños. Las niñas pueden continuar con ellas por mas tiempo, ó vestirse como es costumbre, pero sin corsé, por los graves perjuicios que de él pueden resultar. Hipócrates ya reprendia á las mugeres de la isla de *Cos* por apretarse demasiado la cintura, diciendo que de esta manera se dañaban el pecho comprimiendo la respiracion. Tambien son perjudiciales los adornos que se ponen en la cabeza si ajustan demasiado alguna parte de ella. Los collares apretados desfiguran el cuello, y por esta razon son contrarios á la hermosura, siéndolo casi siempre á la salud si impiden la libre circulacion; pero este daño y el de los corsés lo vá remediando ya por sí misma la moda, que es la que tiene el imperio soberano en estas materias. Los vestidos de la niñez nunca deben ser de gran valor; lo primero por el daño que causan en la moral, enseñando desde temprano á estimarlos mas de lo que merecen; y lo segundo por-

que se quita la libertad de jugar, que es tan saludable en esta edad. El temor de la riña ó castigo, si los manchan ó los rompen, obligan á los niños á estarse sentados, y no pensar en otra cosa que en su adorno. Es razon que lleven vestidos decentes conforme á su clase; pero de aquellos géneros que se puedan lavar, para que vayan siempre limpios, y conozcan que este es el principal realce de la hermosura, y de gran influencia en la salud.

3.º *Aire.*

Un aire puro es todavía mas necesario á los niños que á las personas mayores: en los paises cálidos perecen pocos, porque casi nunca estan dentro de las casas; y en los paises frios se crian mas fuertes y sanos los que estan mas espuestos al aire. Esta es la razon porque los que se crian en las elevadas montañas padecen menos enfermedades crónicas que los demas. Las vicisitudes de las estaciones y las diversas modificaciones de la atmósfera hacen menos impresion en su salud; pero es un error el creer que basta para fortalecer los niños esponerlos frecuentemente al aire

aun en los tiempos frios y húmedos: para evitar el que padezcan no debe hacerse nunca sin grandes precauciones, y la mejor de todas consiste en los vestidos.

Lo que se dice del aire se puede aplicar igualmente á los baños frios, pues no se debe recurrir á ellos sino empleando todos los medios posibles de hacer recobrar prontamente á los niños el calor despues del baño.

4.° *Ejercicio.*

Los niños tienen necesidad de un continuo movimiento que les es absolutamente necesario para el desarrollo de sus órganos. Una vida sedentaria y poco activa debilitaría su constitucion y perjudicaría á su salud; mas la eleccion y regularidad de los ejercicios que les convienen no son objetos tan indeferentes como se piensa. La gimnástica, introducida hace ya tiempo en varias escuelas, conviene mucho al intento. Nada mas propios que estos ejercicios para desarrollar, no solo las facultades físicas de los niños, sino tambien para inspirarles valor, presencia de espíritu y grandeza de alma. En el campo los niños mas robustos son los que usan de todos los ejer-

cicios de la gimnástica natural; es decir, que tienen mas movimiento, corren, saltan, trepan á los árboles, escalan las paredes, montan á caballo, nadan, &c.

La parte gimnástica militar debia prescribirse sobre todo en nuestras escuelas, porque acostumbraría á los jóvenes á tenerse derechos, marchar con firmeza, y daría á sus cuerpos agilidad, flexibilidad y gracia. Bajo este punto de vista, tampoco les sería perjudicial á las señoritas. Los jóvenes deben tambien ejercitarse en el manejo de las armas: así, en llegando á la edad viril se encontrarian naturalmente en estado de servir y marchar á la defensa de la patria cuando las circunstancias lo exijiesen.

5.º *Diversiones.*

La alegría natural en los primeros años de la vida necesita ocasiones en que esplayarse; las carreras, juegos de movimiento, el baile y las armas son saludables con tal que se usen moderadamente sin impedir las horas de su trabajo. Independiente del placer que hallan en estos ejercicios, se acostumbran en las reuniones á los miramientos y á la política indispensable en la

sociedad; se animan saben salir de cualquier lance que les ocurra, y adquieren relaciones con otros jóvenes de su edad que pueden ser para ellos en lo sucesivo amigos útiles.

6.° *Costumbres.*

Importa mucho no dejar á los niños adquirir malas costumbres; se les debe habituar desde luego á una gran limpieza en su persona, lavándose todos los dias la cara y los ojos con agua fresca, limpiándose la dentadura, acostumbrándolos á que se levanten temprano, y á que no coman con avaricia.

7.° *Modales.*

Aristóteles nota con razon que un esterior agradable vale mas que todas las recomendaciones. Y acerca de esto importa prevenir ó corregir los defectos que manifieste un niño tan luego como se conozcan, tanto mas cuanto que se puede conseguir sin perjuicio de su salud. Nada es mas contrario, por ejemplo, que los esfuerzos que hacen las jóvenes por tener un delicado talle, valiéndose de vestidos estrechísimos

y de las otras modas de compresion inventadas ó al objeto.

Conviene acostumbrar á los niños á la vista y trato de los estrangeros: con la frecuencia y trato de las buenas compañías se librarán de aquella timidez y torpeza natural en su edad, y aprenderán á presentarse en el mundo con una modesta seguridad, tan distante de la orgullosa vanidad como de la ridícula vergüenza, defectos que pueden perjudicar esencialmente á su felicidad.

8.º *Cuidado de la salud.*

Si ocurriese cualquier accidente á un niño, no siempre es facil, sobre todo si es en el campo, el consultar en seguida al facultativo, y sucede muchas veces que perdidas algunas horas ó mal empleadas, agravan mucho una dolencia que se hubiera podido prevenir; y así conviene enseñar á los niños las primeras precauciones que conviene tomar para evitar las enfermedades y remediar los accidentes que pueden sobrevenirles. Así se les prescribirá no meterse en el agua si estan sofocados; si acaso se queman, se les aconsejará que

apliquen al instante aceite sobre la parte quemada, para evitar la formacion de ampolla; si se dan algun pinchazo, harán lo mismo, porque con la aplicacion del aceite aliviarán los dolores nerviosos y las contraacciones producidas muchas veces por las picaduras. Si es alguna contusioncita, el agua y vinagre fria. Cuando se tuerzan un pie ó una mano, sumergirán al instante la parte en agua fria, y el dolor desaparecerá. Hay otros mil remedios semejantes que indican la razon y la esperiencia.

9.º *Instruccion.*

La instruccion de los niños no debe ser prematura, ni se les debe sujetar á un trabajo sedentario muy prolongado; es menester que sea proporcionado á sus fuerzas. Se debe ejercitar su memoria sin sobrecargarla; escitar su atencion sin violentarlos; desarrollar sus facultades corporales al mismo tiempo que las intelectuales; alternar los ejercicios del cuerpo con los del entendimiento, y emplear el tiempo de manera que el estudio sea para los niños mas bien un objeto de recreo que

de fatiga y disgusto. Nuestros colegios son susceptibles de grandes reformas.

10. *Moral y Religion.*

Finalmente, el objeto mas importante de la educacion consiste en formar el carácter moral de los niños, y fijar sólidamente las bases de los principios religiosos que deben servir de regla á sus pasiones y contenerlas dentro de sus justos límites; á respetar siempre la verdad, á cumplir fielmente todos sus deberes, á aborrecer toda violacion de propiedad que sostenga la sociedad. En una palabra, á convencerse de la existencia de una Deidad Benéfica y de la necesidad de obedecer á sus leyes.

Cada uno de estos puntos se irán desenvolviendo con mas ampliacion segun se presenten las circunstancias, conforme al objeto que me propongo en el curso de mis trabajos.

BIOGRAFÍA.

VIDA DE MARÍA TERESA DE AUSTRIA.

María Teresa, emperatriz, reina de Hungría y Bohemia, nació el 13 de mayo del año de 1717. Era hija de Cárlos IV y de Isabel Cristina de Brunswiche Wolfembutel. Se casó el 12 de febrero de 1736 con Francisco Esteban de Lorena, y perdió al emperador su padre en 1740. Esta muerte fue para ella el orígen de los mas infaustos sucesos; pues María Teresa vió ligados contra sí los principales estados de Europa. El elector de Baviera aspiraba á la corona imperial y al reino de Bohemia; y el rey de Prusia se apoderó de la Silesia; y como ella escribia á la duquesa de Lorena, no le quedaba un rincon donde retirarse. Entonces recurrió á los húngaros, los que halló fieles, y con la ayuda de otros aliados se coronó reina de Bohemia en Praga en 1743. La victoria de Eltingen, obtenida aquel mismo año, hizo perder las esperanzas al elector de Baviera; y des-

pues de otros sangrientos combates logró ver á su esposo coronado emperador en 1745. En fin, el tratado de Aix-la-Chapelle firmado el 18 de octubre de 1748, dió la paz á la Europa, y entonces María Teresa se ocupó en reparar los desastres de la guerra. Erigió universidades, fundó colegios y academias de dibujo, pinturas y arquitectura, formó bibliotecas públicas, edificios, observatorios, abrió canales, y fomentó las manufacturas. En 1764 hizo elegir á su hijo José por rey de romanos. Concurrió tambien al desmembramiento y distribucion de la Polonia, única falta que se pueda objetar á su memoria. Una muerte repentina la privó de su esposo en 18 de agosto de 1765, y ella murió el 13 de mayo de 1779.

EDUCACION DE SORDO-MUDOS.

Eugenio. Papá; ¿no se acuerda vmd. de lo que nos ofreció el otro dia cuando nos contó la historia del orígen de tan hermoso descubrimiento como es la educacion de sordo-mudos?

El Padre. Sí, hijos mios; ya sé que empeñé mi palabra de daros noticia del número de sordo-mudos que reciben educacion, y del estado actual de las escuelas que existen en Europa y en los Estados Unidos de América para esta enseñanza, con lo que espero complaceros luego que veais el interés que van tomando todas las naciones por estos desgraciados.

Alejandro. Papá; ¿fue tambien la primera escuela de sordo-mudos la de Madrid?

El Padre. No, hijo mio; el primer colegio de sordo-mudos establecido á espensas del gobierno es el que fundó en Leisick en 1778 el elector de Sajonia, del que fue su director el *Dr. Heinick*, dirigiéndole por último *Mr. Petschkc.* Cuenta en el dia veinte y seis discípulos.

El 25 de marzo de 1785 mandó Luis XVI que la escuela fundada por el Abate L'Epeé se trasladase al edificio de los celestinos, en donde le ha dirigido el *Abate Sicard* por mas de treinta años, reemplazándole á su muerte el *Abate Perrier*, vicario general de Cahors. La administracion del instituto de sordo-mudos de París la componen siete miembros que la desempeñan gratuitamente. El número de discípulos sostenidos á espensas del gobierno es el de *ciento*; los pensionistas pagados por sus padres ó por los departamentos respectivos, *sesenta*; y mas de *cuarenta* esternos. La permanencia en el instituto es de cinco á seis años á lo mas. La educacion que reciben se reduce: á los principios de religion, leer, escribir, aritmética, dibujo y grabado; y ademas se les enseña un arte ú oficio para que adquieran en lo sucesivo una decente subsistencia. La instruccion es gratuita para todos los sordo-mudos de ambos sexos, con tal que sus interesados se encarguen de conducirlos al establecimiento y despues á sus casas.

El máximum de la pension es de novecientos francos para los niños, y el de ochocientos para las niñas.

La real escuela de sordo-mudos de *Burdeos* dá instruccion á mas de 60 alumnos esternos, ademas de los internos, y está bajo la direccion de *Mr. Gilhe.*

El instituto de *Caen*, establecido en 1816, y que tiene por maestras dos hermanas de la Caridad, está bajo la direccion del abate *Jamet*; tiene 60 discípulos de ambos sexos casi todos pensionistas.

El de *Chartreuse d'Auray*, en la Bretaña, fundado por los años de 1809 á 1810 por *madama Duler*, y dirigido al presente por dos hermanas de la Caridad, cuenta 70 discípulos de ambos sexos.

El de *Angeres*, fundado en 1780, y dirigido por *madama Blovin*, discípula del Abate L'Epeé, consta de 32 discípulos.

El de *Arras*, establecido en 1817 por *madama Duler*, fundadora tambien de la casa D'Aurray, cuenta 31 discípulos de uno y otro sexo.

El de *Rohodez*, dirigido por *Mr. Valliere*, con 36 alumnos de ambos sexos.

El de *Noyent* de *Rotrou*, dirigido por el *abate Beule*, y el de *Besanzon*; fundados el primero en 1819 por dos sordo-mudos, consta de 32 pensionistas, y el 2.° en 1824, de 22 pensionistas y once esternos.

El de *Leon*, con 51 discípulos de ambos sexos, dirigido por *Mr. Commery*, sordo-mudo, segun los métodos establecidos en el de Burdeos.

El de *Saint Etienne*, dirigido por *Mr. Murat*, cuenta 20 discípulos.

El de *Reuxen* tiene 11 discípulos, y está dirigido desde el año de 1780 por el *abate Hubi*, octogenario que le sostiene á sus espensas. Ademas de todos estos establecimientos de sordo-mudos de que cuenta la Francia, se acaban de abrir dos casas de pension en París, la una por *Mr. Bevian*, antiguo censor de los estudios del instituto de la corte, y el otro por el conde de Noireau, *Mr. Dudesert*, en cada una de las cuales reciben educacion doce niños. De modo que de los 11,500 sordo-mudos que segun el último cálculo que se hizo en Francia existian en aquel pais, es decir, uno por cada 20,000 individuos, reciben educacion diaria 850 á 900 desgraciados.

En *Roma* no existe en el dia ningun establecimiento dedicado á la educacion de sordo-mudos.

En *Nápoles* hay uno sostenido á espensas del gobierno. El que se fundó en

Gênes en 1801 cuenta 36 pensionistas, 23 niños y 13 niñas.

Milán posee uno desde el año de 1805 dirigido por el mismo orden que el real instituto de París: este y el anterior estan bajo la direccion del sabio Pechioli.

El de *Génova* consta de seis discípulos de dotacion, bien mantenidos y en el mejor estado de instruccion, y ademas muchos esternos: le dirigió en un principio el sabio *Assorati*, y en el dia tiene por director al genovés sordo-mudo *Mr. Chomel*, discípulo de Sicard.

En *Suiza* hay tres establecimientos, entre los cuales es digno de notarse el de *Berna Canton*, cuya poblacion asciende á 300,000 habitantes, entre los que se han calculado en estos últimos tiempos que existian mil sordo-mudos. Los otros dos son el de *Yverdon* y el de *Bachtelem*, fundados el uno en 1810 y el otro en 1822.

En los dominios de *Alemania* se cuentan 24 establecimientos, de los cuales el instituto normal de *Stultegart* es digno de los mayores elogios: dá instruccion á 221 mudos destinados á ser maestros en lo sucesivo. Una segunda escuela aneja á la primera se estableció cerca del seminario de

Esslingen; establecimiento en donde se forman maestros de escuela para todo el reino de Wurtemberg. *Freysing*, en Baviera, posee un instituto de sordo-mudos fundado y sostenido á espensas del gobierno.

El de *Viena*, creado en 1779 por el emperador José II, que durante su permanencia en París vió y admiró los trabajos del abate L'Epeé, está dirigido por *Mr. May*: tiene 70 plazas de educandos, y muchos esternos; en donde se les enseña, ademas de los principios de la religion y de la moral, los elementos de historia natural y de geografía. Algunos salen para escribientes en las oficinas ministeriales y en las casas de comercio, y aun han salido buenos cajistas; y se asegura que José II tenia muchos sordo-mudos con el nombre de secretarios en su gabinete particular. Esta enseñanza, como todos los demas ramos de educacion, se hallan en los estados de Austria en el mas alto punto de perfeccion.

El colegio de *Vaitzin*, en Hungría, honra la humanidad de su fundador Francisco II y de la nobleza húngara que le dotó. El producto de las suscriciones voluntarias recogidas en el corto espacio de

tres años en favor de este establecimiento, llegó á ochenta mil florines de Viena. Se planteó por el conde de Almacy: tiene 30 plazas de colegiales, y su director es *Mr. Simon*, discípulo de Mr. May de Viena. Otro hay en Praga, otro en Commstan en Bohemia, uno en el barrio de Camberg (ducado de Nassu), que tiene 48 discípulos. Uno en Gudensberg, cerca de Cassel, en el Hesse electoral, y otro en Coethen.

El real instituto de *Berlin* está dotado por el gobierno: tiene por director al sabio *Eschke*, y está tan bien montado como todos los demas establecimientos de educacion de la capital de Prusia. Existen otros ademas en cada una de las ciudades de Breslau, de Koenigsberg, de Erfurt, de Luberk y de Kiel.

El de *Groninga*, mas célebre que los precedentes, se abrió en 1790 con 13 discípulos; en el dia cuenta ya 158. Está especialmente protegido por la reina de los Paises-Bajos, así como los de Grand y de Lieja.

El establecimiento de sordo-mudos de *Copenhague* abriga 86 alumnos; está dirigido por el sabio médico el *Dr. Castberg* que destinado á viajar por toda Europa á

espensas del gobierno, y examinando de cerca todos los establecimientos de sordo-mudos, ha sabido aprovecharse de todas las observaciones mas interesantes para fundar una de las mejores escuelas para estos desgraciados.

El de *Stockolmo*, fundado bajo el mismo plan que el de París, cuenta 40 discípulos. El consejo de administracion está presidido por la misma reina de Suecia.

El de *Petesburgo*, fundado en 1806, contiene 67 discípulos: goza de la proteccion especial de la emperatriz, dirigiendo por sí misma los detalles administrativos del establecimiento.

Los colegios de sordo-mudos de la Gran Bretaña son: el de *Londres*, fundado en 1792 por *Watson*; consta de 140 discípulos. El de *Edipaston*, cerca de Birmenghan, el de *Manchester*, fundado en 1824, con 25 alumnos. El de *Liverpol* con 26 niños. El de *Edimburgo*, fundado en 1810, con 67 desgraciados. El de *Paisley* en 1817 con 12 niños. El de *Glascow* en 1819 con 28. El de *Claremond*, cerca de Dublin en Irlanda, con 56 discípulos.

En los Estados-Unidos de América existen siete establecimientos de sordo-

mudos, entre los cuales el primero se fundó en 1817 por *Th. W. Gallendet*, que vino á Europa para estudiar los métodos que se seguian en el instituto de París, y que llevándose consigo al sordo-mudo Mr. Clerc, distinguidísimo discípulo de Sicard, dirige el nuevo establecimiento que cuenta en el dia 98 discípulos. Poco tiempo despues se fundó otro semejante en *New York* con 46, sostenidos á espensas del estado; y ademas otro cierto número de desgraciados lo son á espensas de una asociacion de damas caritativas. Filadelfia posee una magnífica escuela con 97 sordo-mudos. Otros muchos existen en los diversos estados de la Union recientemente fundados. Casi todos sostenidos, parte por el gobierno y parte por asociaciones particulares.

Hay una observacion muy digna de notarse, y es que esta desgracia es muy comun en la América Septentrional, pues que solo en la provincia de New York calculan un sordo-mudo por cada 1850 personas, y la Pensilvania uno por 2000, mientras que en la América del *Sur* parece casi exenta de semejante desgracia, y que en Buenos Aires, por ejemplo, ape-

ñas se conoce un sordo-mudo; y en el cuadro de la poblacion de los Estados-Unidos de América, que se hizo el año de 1831, se encuentra por resultado general que de 12.856.154 almas se hallan 5244 sordo-mudos, de los cuales los 1640 son menores de catorce años, 1874 de catorce á veinte y cinco, y 1730 de veinte y cinco años para arriba. Todos estos son de la raza blanca, á los que se puede añadir 684 de la raza de color entre esclavos y libres, tambien sordo-mudos; que es decir, que el total de estos desgraciados en aquellos paises asciende á 5.928.

En nuestra península hay dos establecimientos de sordo-mudos. El de Portugal se fundó en 1824 en un caserío cerca de Lisboa, que cedió S. M. Fidelísima con este único destino; contiene ocho alumnos. El Real colegio de sordo-mudos de Madrid se estableció en 1802 bajo la direccion y gobierno de la Real sociedad económica matritense de amigos del pais, y y en él hay seis plazas de número destinadas por S. M. para pobres de solemnidad; y los demas colegiales pagan ocho reales por su manutencion y enseñanza. Los objetos de ésta son: leer, escribir, uso de voz,

gramática del idioma, religion, aritmética, principios de geometría y dibujo; y ademas, á los colegiales de número queria S. M. que se les diesen los principios del oficio á que se inclinasen. El número de desgraciados que existe en la actualidad en el establecimiento, así pensionistas como de número, es el de diez y siete, y el total de sordo-mudos que se calcula hay en la nacion, asciende á 8000. En el dia está el colegio bajo la direccion del Excmo. Sr. duque de Hijar, de un rector encargado de la parte gubernativa y administrativa, de un vice-rector, de un maestro director, otro de dibujo, y de dos ayudantes.

Alejandro. Papá, ¿y no hay mas colegio en España que el de Madrid?

El Padre. No hijo mio: pero hay esperanzas que con el restablecimiento de las sociedades á que dá impulso el digno ministro del fomento, al encargarse la antigua sociedad económica matritense de un instituto que siempre mirára como obra suya haga que se establezcan en alguna capital de provincia, particularmente de aquellas en que abunda mas esta desgracia.

Enrique. Papá, ¿y para las sorda-mudas no hay ningun colegio?

El Padre. No, querido niño; estas infelices tienen necesidad de educarse particularmente.

Eugenio. Papá, yo quisiera saber de qué métodos se valian en todos los establecimientos de que V. ha hecho mencion para enseñar á estos desgraciados.

El Padre. Sí, hijo mio; en casi todos los puntos donde se han establecido escuelas de sordo-mudos estan dirigidas por los métodos de los Abates l'Epee y Sicard con mas ó menos modificaciones; y así lo mandaba espresamente S. M. en el reglamento que aprobó para este establecimiento en diciembre de 1803. Yo os ofrezco, hijos mios, daros sucesivamente idea de estos métodos con sus modificaciones, y ademas todos los adelantos que se han hecho en diferentes paises, que con tanto celo se mira ya esta educacion; pero ahora es ya tarde, nos retiraremos á casa, y mañana hablaremos algo de los pobrecitos ciegos.

CONTINUACION

DE LA HISTORIA DE LOS CIEGOS.

Eugenio. Papá, ¿nos contará V. hoy lo que falta de la historia de los ciegos?

El Padre. Sí, hijos mios: ya sabeis que en eso tendré yo el mayor placer, y voy á llenar vuestros deseos. Se formó en París en el año de 1784 un establecimiento para la instruccion de los ciegos; y la sociedad filantrópica, cuya celebridad no se oscurecerá jamas por los muchos beneficios que hizo, se encargó de la administracion de aquel instituto, continuando en ella hasta que Luis XVI ordenó se sostuviese á espensas del estado; mas las convulsiones de aquel reino no permitieron se atendiese á objeto tan humano, y la sociedad nunca lo olvidó: inspiraba tanta confianza que dió un nuevo impulso á la beneficencia. El duque de Laroche Foucault, uno de los socios, obtuvo en 1790 del directorio del departamento una parte del antiguo convento de los Celestinos para colocar á los ciegos juntamente con los

sordo-mudos. En este tiempo todos se apresuraban á llevarles lo que creian serles mas necesario, como ropas y otros utensilios; ¿pero de qué servirian unos socorros tan cortos y eventuales para la subsistencia de mas de cincuenta individuos?

Se habian hecho desde el año de 1784 hasta el de 1790 gastos considerables aprontados por la sociedad para varios ensayos relativos á la instruccion, con la esperanza de que las manufacturas le ayudarian á resarcir sus adelantos, como se lo habia prometido; mas este cálculo no tuvo efecto ninguno; bien al contrario, los recursos del establecimiento se debilitaron de tal modo que en 1791 no podia sostenerse por sí mismo. Faltaba á los alumnos hasta las cosas mas necesarias para su subsistencia; y precisamente cuando el instituto habia concebido las esperanzas mas lisonjeras de mejorar la triste situacion de los ciegos por medio de la instruccion.

El interés que aquellos habian inspirado, los sucesos que habian obtenido, fruto de tantos trabajos, cuidados y constancia, disipados como una luz pasagera que cae en la oscuridad mas profunda, apenas conservarian en el dia la memoria

de su existencia si no se hubiesen tomado prontas y enérgicas medidas para impedir una ruina total.

En tan deplorable situacion se hallaba el establecimiento de ciegos cuando la asamblea constituyente espidió un decreto el 21 de julio de 1791, mandando que en adelante se pagarian los gastos del establecimiento por el estado, y que anualmente se les satisfaria por la tesorería nacional los fondos necesarios para proveer á todas sus necesidades. Se formó un reglamento provisional que fijó los diversos ramos de administracion, y lo confirmó el decreto del directorio del departamento de París con fecha 20 del mes de abril anterior; pero no siendo las disposiciones reglamentarias, ni tan precisas, ni quizá tan observadas como se deseaba, se resolvió poco tiempo despues separar el colegio de ciegos del de los sordo-mudos. Esta separacion se hizo en virtud de una ley del 10 de julio de 1794 y se condujo á estos niños á la casa de Sta. Catalina, calle de los Lombardos: su número era de 86, es decir, uno por cada departamento, y su pension ascendia á quinientas libras. En setiembre de 1800 se circuló una orden por el ministro del interior en la que se

mandaba presentar al gefe del establecimiento un proyecto de reglamento y un plan de instruccion fijo y definitivo. En fin, en diciembre del mismo año se mandó por un decreto consular que los ciegos trabajadores se trasladasen al hospicio de los trescientos, y su régimen se confiase á la administracion del mismo establecimiento, y así se verificó en el mes de enero del año siguiente.

Aunque se dió un reglamento sabio para los dos establecimientos unidos, tenia el inconveniente de abrazarlos indistintamente, siendo así que su institucion era muy diversa. El de los trescientos era un hospicio donde se admitian los ciegos en cualquiera época de su vida, aunque no lo fueran de nacimiento; y en el que cada individuo vivia privadamente: el de los ciegos trabajadores estaba consagrado á la instruccion de los ciegos de nacimiento, y en él se educaban y mantenian por tiempo limitado, viviendo en comunidad bajo reglamentos que se daban al efecto, y enseñándose á ganar su subsistencia para cuando saliesen del instituto, despues de ocho años, volviesen á sus casas para ser útiles á sus familias y á la sociedad. Uni-

dos estos dos institutos, produjo una confusion tal que no pudo menos de resultar un desórden y decadencia, de modo que se temió su total ruina. Mas conociendo la necesidad de habituar desde muy temprano al trabajo á unos niños que la mayor parte eran de la clase pobre, se trató de emplearlos en manufacturas de paño y tabaco, las que se establecieron el año de 1806 en el recinto del hospicio, y á las cuales se dedicaron exclusivamente los ciegos de la primera clase, y algunos individuos que gozaban del sentido de la vista; pero las pérdidas considerables que tuvo obligaron luego á renunciar á estas dos empresas que de ningun modo llenaban las intenciones caritativas de la administracion, á lo cual se unía el grande inconveniente del contacto de los viejos con los niños ciegos, é igualmente la inutilidad de un trabajo que no debia jamas serles ventajoso, pues que solo concurrian á él como auxiliares, sin aprender en todas sus partes un oficio que pudiesen ejercer en lo sucesivo para atender á su subsistencia.

El dia 8 de febrero de 1815 puso el rey este hospicio bajo la direccion de su

limosnero mayor, encargando que en adelante sería regido y gobernado por una administracion especial que se entenderia directamente con el ministerio del interior. Esta traslacion retardada por los acontecimientos de 1815 se verificó el martes 20 de febrero de 1816, y en el dia se halla colocado el establecimiento en el antiguo seminario de San Fermin, calle de San Victor.

A su traslacion hubo que rehacerlo todo, tanto los materiales como su instruccion; pero lo que pedia mas urgencia era la reorganizacion moral del instituto. Variar de local sin mudar de costumbres; admitir nuevos discípulos sin haber despedido de antemano los que solo servian de carga al establecimiento, hubiera sido mas peligroso que útil; fue necesario determinarse á hacer un sacrificio doloroso, volviendo á sus familias un gran número de estos infelices desgraciados, depositarios del espíritu de insubordinacion y de licencia que habian adquirido en su primera estancia, y que siempre se hubiera conservado entre ellos por tradicion. De cuarenta y tres discípulos que salieron del hospicio de los tres cientos, ninguno en-

tró en San Fermin. Esta separacion desorganizó las diferentes partes de la enseñanza; pero el celo de los maestros sobrepujó todos los obstáculos que se presentaban, y trabajando con el mayor conato en formar nuevos discípulos, tuvieron el placer de tocar el mas feliz resultado á sus penosos esfuerzos. En el dia todo está reparado, y las clases se ven llenas de sugetos que se distinguen por su aptitud, habiendo muchos que son en los ejercicios públicos el asombro y la admiracion de los espectadores.

Una de las necesidades, no menos urgente, despues de la traslacion, era la de un reglamento sabio y firme que impidiese la regeneracion de los abusos, determinase decisivamente los deberes de los gefes y de los discípulos, é hiciese facil á los unos el ejercicio de sus reglas, y á los otros los medios de hacerlas observar. El gobierno deseaba que el nuevo reglamento fuese modelado por los de los grandes establecimientos de la capital.

A este efecto se consultaron los estatutos de las casas de Bicetre, de Charenton, de los Quince Veintes y de los sordo-mudos, tomando al mismo tiempo lo que pa-

reció debia conservarse de los reglamentos antiguos del instituto, y procurando conciliar la parte que se debia á estos seres desgraciados por la privacion de un sentido precioso con la que la justicia y la prudencia reclaman para mantener el buen orden en una familia numerosa, en la que es menester, sin transigir con el mal, establecer una reforma pronta.

La confusion de ambos sexos está prohibida en el dia absolutamente; y no se consiente como en otro tiempo los matrimonios entre los ciegos y ciegas; no se permite vivir en este estado en el colegio por considerarlo orígen contínuo de discordias y desavenencias. Un gobierno paternal y justo ha reemplazado el régimen versátil y débil que durante algun tiempo ha impedido hacer mucho bien.

Me he detenido, hijos mios, en esta historia por haberla creido necesaria para daros una idea completa del orígen y progresos de un establecimiento que es tan digno por su utilidad como por el interés que inspira. En adelante os daré mas estensas noticias acerca de esta materia, mirándola bajo tres aspectos; siendo el primero el que contendrá las consideraciones

generales sobre el espíritu y caracter de los ciegos, y éste constará de cinco capítulos, el segundo, dividido en dos, le consagraremos á dar á conocer los ciegos que se han distinguido en las ciencias y en las artes; en fin, el tercero se compondrá de veinte y dos capítulos divididos en dos secciones, y lo destinaremos para dar á conocer especialmente los procedimientos empleados por el instituto de que he hecho mérito, y las diferentes modificaciones que han sufrido hasta nuestros dias. Me creeré muy dichoso si consigo el fin que me propongo en daros estas ideas. No es mi ánimo hablar solo especialmente, sino tambien lo que convenga para que los infelices que no puedan tener instruccion en un establecimiento destinado al efecto, lo consigan en el seno de sus familias. En fin, he querido probar por resultados de la esperiencia, que puede instruirse á los ciegos en algunas ciencias y artes tan bien como á los demas hombres que tienen disposiciones que pueden desarrollarse por métodos que les son particulares, y que facilmente pueden con el auxilio de varias profesiones mecánicas á que se dediquen proveer ellos mismos á su subsistencia. Muchos

ejemplares que os referiré segun se vayan presentando ocasiones oportunas os harán conocer, hijos mios, esta verdad; pues sabreis cosas admirables que han practicado los ciegos. Así podremos decir ya á los que carecen del importante sentido de la vista: ¡vosotros sereis consolados! ya no sereis como en otro tiempo mal mirados de vuestros semejantes, ni considerados como especie degradada de la sociedad. Dejó de existir la cruel escepcion que os separaba del resto de los hombres: se han reparado los estravíos de la naturaleza, y ya no se os afeará mas la infelicidad y desgracia de vuestro nacimiento.



Jovenes, manejad las armas de fuego si os atreveis á ello.

LOS LOCOS DE ZARAGOZA,

ó efectos del imprudente uso de las armas de fuego en los niños.

Hijos mios: recelando que tomeis alguna arma de fuego, y os espongais con ella á causar los terribles desastres que desgraciadamente se repiten con tanta frecuencia, no dejaré nunca de inculcaros el que en vuestra edad las mireis con horror, apoyándolo siempre con los abundantes ejemplos de terror que han producido semejantes descuidos. Sí, niños mios: sería muy larga de contar la historia de los estragos ocurridos por el imprudente uso de las armas de fuego. Los periódicos de todos tiempos y de todos los paises nos refieren sucesos de esta clase, y sin embargo nadie se corrige. ¿No es bastante el uso mortífero que se hace de ellas en las guerras de un pueblo con otro, sino que se han de añadir las desgracias causadas por la imprudencia á las sucedidas por necesidad? ¿Qué diversion puede proporcionar á los niños su manejo por un vano si-

mulacro de caza ó de guerra? Ya que os empeñeis en ser soldados ó cazadores antes de tiempo, si quereis apuntar á una liebre ó á un milano, hacedlo con armas correspondientes á vuestra edad y estatura, con armas facticias como las escopetas de hoja de lata, y con estas matad cuantas liebres y milanos os acomode. Gritad todo el dia armas al hombro, presenten, apunten, fuego; y levantad la tapa de los sesos á boca de jarro á cuantos cosacos os dé la gana; pero que sea con armas de las covachuelas, que así ni unos ni otros tendrán que perder.

El peligro de las armas de fuego en vuestras manos sería menos temible, si solo vosotros os espusieseis; pero por desgracia teneis la manía de apuntar á las personas que os rodean mas frecuentemente; aquellas que mas os quieren, y que os son mas queridas: por ejemplo, vuestros padres ó hermanos, un pariente, un amigo, &c.

Enrique. Papá; pero cuando se sabe que el arma no está cargada, ¿qué inconveniente hay en jugar con ella?

El Padre. Hijo mio; cuando han sucedido las desgracias, ha sido precisamente

cuando se creía al parecer con toda seguridad que las armas estaban descargadas.

Eugenio. Yo así lo creo, pues estoy seguro que no habria jóvenes tan imprudentes que manejasen las armas de fuego sabiendo que estan cargadas.

El Padre. Hijos mios, escuchadme un suceso verdadero que he sabido en Zaragoza, y que os hará aborrecer las armas de fuego; historia que escitará tristes recuerdos en algunos de los que la lean.

Ya sabeis, niños mios, que Zaragoza es una ciudad célebre, entre otras cosas por la casa de locos que hay en ella, no solo para los del pais, sino para los de todo el mundo, conforme lo espresa la inscripcion colocada sobre su puerta. Allí la razon humana está de carnaval todo el año; en las cabezas de los encerrados en tan triste albergue los pensamientos saltan, bailan, se cruzan, revolótean, y los sentimientos de su corazon son desordenados, vacilantes, ridículos y burlescos: dá lástima verlo.

Hace poco tiempo que tuve ocasion de examinarlo suspenso delante de la reja de un patio en que estaban encerrados los lo-

cos: los observaba paseándose en todas direcciones, como personas que caminan sin intencion de ir á ninguna parte. Rara vez hablan entre sí. Un loco se vino ácia mí, y me dijo con mucho sigilo por entre los hierros que él era el Gran Turco, y que todos los demas eran gentes de su guardia: en seguida me pidió un polvo, y yo abrí mi caja al Gran Señor. Otro acudió diciéndome que era el Sumo Pontífice; y despues de haberme echado sendas bendiciones, pilló la caja del tabaco, y se escapó. Mientras este se escabullía, ví otro que venía hácia mí oblícuamente, medio inclinado, y en la misma actitud de un hombre que apunta á otro con un fusil. Cuando me creyó á su alcance, gritó: *trum*, *¡ella ha muerto!* y en seguida fue á sentarse en un banco de piedra, desfallecido y pasándose la mano por su frente pálida é inundada de sudor. Era un jóven de unos 20 años, de una bella fisonomía, á pesar de estar muy flaco, y de un mirar muy esquivo. Este infeliz me cree muger, dije yo al conserje: ha dicho *¡ella ha muerto!*

Ah, señor, qué historia tan lastimosa es la de ese jóven, me respondió el con-

serje. Contádmela, amigo, le dije yo, que no seré desagradecido, porque ese jóven me interesa vivamente.

Pues escuchadme, contestó el guarda: há cosa de doce años que una honrada familia, rica, y hasta entonces bendecida del Cielo, vino á establecerse en una casa de campo, á pocas leguas de esta ciudad. Se componia de padre, madre, un hijo de diez años llamado Victorino.... Al oir su nombre el jóven loco se levantó, y con el pelo erizado fijó en nosotros sus desencajados ojos. Apartémonos un poco, me dijo el conserje: nos alejamos, y continuó en estos términos: este niño era objeto del amor y de la satisfaccion de sus padres, y habia venido á pasar á su lado las vacaciones, despues de haber obtenido uno de los primeros premios en el colegio en que estudiaba; así es que todo el mundo le festejaba: ya os podeis figurar: ¡obtener laureles á los diez años! ¡Con qué delicia su buena madre, toda enagenada, le besaba y acariciaba! Él por su parte, mirándola con ternura, la decia: Querida madre: por V. es, sí, por V. por quien quiero distinguirme en mis estudios: yo quiero recompensaros de todos los desvelos que habeis su-

frido por mí; yo quiero seais feliz en tener tal hijo. Quereis mucho á Victorino, ¿no es así? Pues yo os quiero otro tanto como vos me amais. En seguida cogia sus manos y se las besaba. La pobre madre lloraba de alegría, y el padre era testigo oculto de estas tiernas escenas, y levantando las manos al Cielo le daba gracias por haberle dado una muger y dos hijos tan semejantes; porque Victorino tenia tambien una hermana pequeñita.

El padre de Victorino estaba en víspera de ausentarse por un mes. Antes de partir dió varios consejos á su hijo, y le encargó diversas cosas, sobre todo el no tocar á las armas de fuego. Hacía poco tiempo que habia sucedido una desgracia que escitaba la solicitud del padre, que marchó despues de haber abrazado á su muger y á sus dos hijos.

Mientras que estuvo ausente, Victorino empleó todo el tiempo en los estudios serios en su cuarto, y en lecturas recreativas en el paseo. Acompañaba tambien á su madre, que criando ella misma á su hermanita *Estela*, no podia separarse de la casa. Una de las cosas que mas gusto daban á Victorino era tomar en brazos á su her-

manita, de la que tambien era padrino, darle golpecitos en los carrillos para que se riyese, llamarla con los mas dulces títulos, hacerla bailar sobre sus rodillas cuando lloraba, mecerla suavemente en la cuna, y contemplar dormida á la inocente y tierna criatura. Era un delicioso espectáculo el que ofrecia aquella madre, penetrada de amor maternal cerca de la cuna de su hija, dirigiendo alternativamente sus miradas de la espresiva cabeza de Victorino á la linda cabecita de su Estela: abrazando estos dos seres, tan amables por diferentes títulos, y acordándose de su esposo esclamaba: ¡Feliz padre! ¡Cuándo vendrás á gozar de tan dulce espectáculo, que lo será aun mas con tu presencia!

Un mes habia trascurrido, y el padre de Victorino debia llegar aquel mismo dia. Reinaba en toda la casa de campo un aire de movimiento y de fiesta, y un alboroto que daba gusto verlo. Se esperaba al padre de familia, y se habian suspendido las tareas del campo, y todos los dependientes de la casa estaban con los vestidos del dia de fiesta. Habian desollado algunos inocentes conejos, y pelado buen número de pobres pollos, ensartándolos

en el asador: no se alegraban estos pobres con la fiesta, mas qué quereis, este es el uso. Las cocinas todas humeaban; la habitacion del amo estaba adornada de frescas flores, y la alegría y la serenidad pintada en todos los semblantes. Hasta los perros, correteando aquí y allá, y meneando la cola, parecia que disfrutaban del contento general.

Victorino habia cogido su Esopo para traducir algunas fábulas, mas no habia podido; despues quiso leer los viages de Rolando, y tampoco adelantó cosa alguna; esperaba á su padre, y no podia ocuparse de otra cosa. Iba desde la cocina al cuarto de su padre, desde el jardin á la portada, corría por todas partes para entretener el tiempo que trascurría para él con mortal lentitud, pues Victorino esperaba á su padre. ¿Qué hará hasta que llegue?

Entra en la casilla del guarda de la posesion, y vé una escopeta en un rincon: olvida el precepto de su padre, y la coge, despues de haber preguntado al guarda si estaba cargada. El guarda le respondió que no, y en efecto no lo estaba, de lo que se convenció fácilmente, metiendo la

baqueta en el cañon. Sale de allí, dejando la escopeta, y se vá á descansar un rato bajo un frondoso cenador. Al ir á entrar vé á su madre con su niña por entre los arbustos que le cubrian. ¡Caramba! dijo él, voy á meterle un poco de miedo á mamá; será una risa; vá á creer que soy el guarda del bosque. Y sin mas ni mas vuelve prontamente á la casilla del guarda, que estaba ausente. Victorino entra, y á poco rato sale con una escopeta al hombro, su bandolera y su sable, y un sombrero que le caía hasta los ojos, y se vá acercando con tiento al cenador.

En este momento su madre estaba divirtiendo á su hijita Estela, levantándola en el aire, y dejándola caer sobre sus rodillas. La niña reía á carcajadas, y la madre era feliz. ¡Qué dia de paraiso! se decía: mis hijos estan buenos; mi Victorino es un prodigio; mi marido llega hoy, y ya me parece que le veo á mi lado. ¡Oh Dios mio, qué dicha! Victorino decía para sí: armaré la escopeta, y tocando el gatillo sonará la llave: mamá se volverá hácia mí con el ruido; entonces entraré, y con bronca voz la preguntaré: ¿Qué se hace aquí? Y en seguida me quitaré el sombrero.

¡Cómo nos reiremos! Victorino introdujo el cañon de la escopeta en el cenador, por entre el ramaje, y apuntó hácia su madre; armó la escopeta, y disparó. . . .

Un criado habia salido á caballo al encuentro del padre de Victorino, y le encontró á una legua de la casa de campo.—¡Hola! Juan; ¿cómo estan todos en casa?—Perfectamente, señor: todos os esperan con gran impaciencia.—Díme, ¿y la niña chiquita? — Lo mismito que una manzana; es el vivo retrato de la señora. El buen padre sentía palpitar con violencia su corazon. Iba á abrazar á su esposa, á sus dos hijos: sus buenos amigos se habian reunido para solemnizar su regreso. ¡Qué convite! no podrá comer: ¡qué paseo en el jardin! Aquella noche no dormirá, pues la alegría desvela lo mismo que el dolor.

—Vamos, Juan, vamos; si parece que no nos movemos: arreemos las caballerías.—Señor; pues si vamos á galope, y estamos ya para llegar: ya distingo yo desde aquí el cenador en que quedaba la señora dando de mamar á su niña, y estoy seguro que está allí todavía.—Tanto mejor, pues está á la entrada, y abrazaré á mi esposa

así que me apée. Los caballos sudaban, y no podian aguantar mas. Así que llegaron: "toma, dijo el amo al criado, coje el caballo y llevále á la cuadra"; y ya se habia apeado, y caminaba hácia el cenador: entreabrió un poco las hojas, y en efecto vió á su esposa, la llamó dulcemente, mas no respondió. Estará dormida tal vez, dijo para sí; demos vuelta al cenador, y entremos con precaucion.......... Empujó la puertecilla, hecha de tablas verdes, y al punto se oyó un grito de horror...... Acudieron prontamente de todas partes, y vieron á la señora con la cabeza hecha pedazos, y á la niña inundada en su sangre y en la de su madre: las dos estaban difuntas. El padre se habia quedado mudo, y parecia como estúpido; la fuerza del dolor parecia haber suspendido en él las funciones de la vida; le condujeron á su lecho, y murió á pocas horas.

Al otro dia por la mañana se vieron caminar hácia el cementerio del pueblo vecino dos grandes atahudes y un cofrecito que llevaban á depositar en sus respectivos nichos: inmediatamente despues iba saltando y haciendo contorsiones un jovencito, sostenido por dos criados: se

reía horriblemente; las órbitas le salian casi del cráneo; cantaba grotescamente, y tan pronto se callaba, y desfallecido parecía que no podia andar, como se esforzaba en correr. Este jóven era Victorino, que se habia vuelto loco: Victorino habia dado muerte á su madre, á su hermanita y aun á su padre. La escopeta que habia cogido en casa del guarda cuando estaba ausente era otra cargada que aquel habia dejado en lugar de la primera que llevó á componer á la ciudad.

Victorino, señor, es ese loco de veinte años, que no puede oirnos desde donde está, pero que nos está observando: miradle por entre la reja. En efecto, nos miraba, y sus miradas casi me causaron miedo.

¡Jóvenes! ved los horribles estragos del manejo indiscreto de las armas de fuego.

LOS MÚSICOS DE LA ALDEA.

Un arriero de aldea tenia un borrico, que durante muchos años le habia servido con toda fidelidad; mas las fuerzas del pobre animal, debilitadas con la edad de dia en dia, eran menos aptas para el trabajo; de suerte que su amo resolvió desembarazarse de él. El asno, pareciendo que barruntaba la tempestad que le amenazaba, se escapó una madrugada de la cuadra, y tomó la ruta de la corte. Despues de haber caminado largo rato, encontró tendido á la larga á un lado del camino un perro que se quejaba como fatigado de una larga carrera

—"Qué te sucede para quejarte así de la suerte? le preguntó el burro."— *Guau*! respondió el perro: como ya soy viejo y débil, que no puedo correr tras de la caza, mi amo se ha propuesto matarme; yo me he propuesto no esperar que llegue ese caso; mas ahora, ¿cómo he de ganar la vida?—¿Sabes lo que te conviene hacer? le dijo el burro: yo voy á la corte

con intencion de hacerme músico; acompáñame, y los dos seguiremos la misma carrera. El perro aceptó la proposicion, y los dos animales siguieron su camino.

Poco habian andado cuando encontraron un gato sentado en medio del camino en la actitud mas lamentable.--Pobre gato, ¿qué azár te ha sucedido? dijo el asno cuando llegaron á él.--*Fuf*! respondió el gato: ¿es cosa para estar alegre cuando tratan de quitarle á uno la piel? Como ya soy algo viejo, prefiero el estarme acurrucado junto á la lumbre á ir á cazar ratones. Por esto la cocinera, despues de haberme saludado varias veces con las tenazas, ha querido ahorcarme; para evitarlo he tenido que escapar; mas al fin, no he adelantado nada, pues no sé adónde dirigirme.--Vente con nosotros á la corte; tú te luces en las serenatas, y puedes hacerte músico como nosotros. El gato consintió gustoso en acompañarlos.

Nuestros tres fugitivos pasaron en seguida por delante de una granja, y vieron sobre las bardas del corral un gallo que cantaba á mas no poder. ¿Por qué cantas así que aturdes las orejas? le preguntó el burro.

Pronostico muy mal tiempo, dijo el gallo: mi ama tiene mañana muchos convidados, y sin miramiento á mis buenos servicios ha dado orden á la cocinera de que me corte el pescuezo para hacerme figurar en un plato sobre la mesa, y yo canto mis desgracias, y las cantaré hasta que llegue la hora de mi muerte.

Pues si quieres evitarla, cantor de la cresta roja, vente con nosotros á la corte, y harás fortuna. Tienes voz sonora y robusta, y cuando los cuatro entonemos la orquesta, te aseguro que será un gusto el oirnos.

Agradó al gallo esta proposicion, y se reunió á los tres viajeros; mas habiendo tomado mal las medidas aquel dia, les cogió la noche en medio de un bosque. El asno y el perro se echaron al pie de un grueso árbol; el gato y el gallo treparon á las ramas, y el último se colocó en la cima, desde donde antes de dormirse tuvo la sábia precaucion de mirar por todas partes alrededor de sí, y le pareció que distinguia una luz lejana.

¡Camaradas! gritó: es preciso que haya alguna casa en estas inmediaciones, porque distingo luz. Pues en ese caso, dijo

el burro, vámonos ácia allá, porque aquí tenemos muy mala posada. El perro añadió: sí, vamos, que algunos huesos y un poco de carne no me vendrian mal. Se dirigieron todos ácia el sitio de donde salia la luz, la que se aumentaba conforme se aproximaban, hasta que llegaron á una casa bien alumbrada que habitaban unos ladrones. El burro, como el mas grande de los cuatro animales, se acercó á una ventana, y miró ácia dentro. ¿Qué es lo que ves, buen rucio? le preguntó el gallo: veo, respondió el burro, una mesa cubierta de escelentes manjares, y alrededor sentados unos ladrones que embaulan perfectamente sus raciones.--No nos vendria mal esa comida, dijo el gallo.--El asunto es ver cómo la pillamos, dijo el burro; y habiendo formado consulta los cuatro, al fin resolvieron lo siguiente: el asno puesto en cuclillas apoyó las patas delanteras sobre el borde de la ventana, el perro se acomodó sobre las costillas del burro, el gato trepó encima del perro; y al fin, el gallo se encaramó sobre la cabeza del gato: colocados así, á una señal dada ejecutaron todos su infernal concierto. El asno se puso á rebuznar descompasadamente, el perro

á ladrar, el gato á mayar, y el gallo á cantar, y acto contínuo, sin interrumpir la sinfonía, se precipitaron por la ventana dentro de la pieza, rompiendo las vidrieras con inaudito estrépito.

Los ladrones, atemorizados con tan imprevisto estruendo, creyeron que una legion de demonios entraba en la pieza, y sin aguardar á razones escaparon despavoridos por el bosque. Visto esto por nuestros cuatro compañeros, se sentaron á la mesa y engulleron como si tuviesen que ayunar por todo un mes.

Concluida la cena, apagaron las luces, y cada uno se colocó segun su naturaleza y su comodidad. El asno se echó sobre el estiercol, el perro detrás de la puerta, el gato en el hogar sobre la ceniza caliente, y el gallo se encaramó sobre una viga: como estaban cansados, al punto se durmieron.

A la media noche cuando los ladrones vieron desde lejos que no habia luz en la casa, y que todo estaba quieto, el capitan les dijo: ¡qué cobardes que somos! habernos dejado intimidar así; y dió orden al mas intrépido de la cuadrilla de que fuese á reconocer el campo.

El enviado, observando el profundo silencio que reinaba, entró en la cocina para encender el candil, y creyendo que los brillantes ojos del gato eran ascuas que habia entre el rescoldo, les aplicó una pajuela para que se encendiese; mas el gato, que no entendia de chanzas, le saltó á la cara, y le clavó las uñas en las narices. El ladron al huir consternado se encontró con el perro, que le clavó los dientes en una pierna; mas abajo el burro le sacudió una vigorosa coz, y para remate de cuentas el gallo desde su elevado puesto cantó fuertemente: *ki ki ri ki!*

El ladron llegó á su cuadrilla jadeando, y dijo al gefe. ¡Ah! mi capitan, es menester que no pensemos en volver á esa casa; dentro de ella hay una horrible bruja que se me ha tirado á la cara, y me ha desollado todo; detrás de la puerta hay un diablo, que me ha tirado una cuchillada á las piernas; y en el patio yace un gran monstruo negro, que me ha descargado un fuerte cachiporrazo; en fin, allá arriba hay un alguacil que ha gritado al verme, *traedme ese pícaro aquí*, y yo he tomado las de Villadiego.

Desde entonces los ladrones no se atre-

vieron á entrar en la casa. Por su parte los cuatro músicos se hallaron tan bien que no quisieron salir de allí; y el que cuenta esta historia aun está aturdido de sus estrepitosos conciertos.

EL PASEO POR EL RETIRO.

El Padre. Hijos mios, hoy vamos á ver lo reservado del Retiro, en donde observareis á la naturaleza ostentar todo su esplendor; pero os encargo que vayais con mucho juicio.

Todos. Sí, sí, papá; nosotros no enredaremos.

Eugenio. Papá, ¿por dónde vamos á entrar en el Retiro?

El Padre. Por la puerta de la glorieta, y de allí nos dirigiremos lo primero á la casa de aves, en donde vereis volar un pueblo entero alrededor de nosotros.

Eugenio. Papá, allí no nos dejarán entrar, porque van continuamente SS. MM. y los niños de SS AA. á recrearse en aquella hermosa posesion, y no permiten entrar á nadie.

El Padre. Tienes razon, hijo mio; pero por lo mismo he cuidado de sacar el permiso particular, que conceden á cierto número de personas, y es menester darle á la puerta.

Alejandro. ¡Á verle, papá!

El Padre. Tomadle; pero no le rompais.

Enrique. Papá, ya estamos en la puerta de la glorieta; desde aquí ya veo yo la casa de aves.

Alejandro. Papá, ¿quiere V. que me adelante con la papeleta de pase?

El Padre. No, hijo mio; venid junto á mí con mucho juicio, y esa papeleta se la darás á aquel hombre que ves á la entrada de aquella puerta verde.

Alejandro. ¡Cuántas aves, papá!

El Padre. Sí, hijos mios; aquí vais á ver tanta diferencia de animales, como en el jardin botánico habeis visto de vegetales; la mayor parte de aquellos y de estos son estrangeros. Enrique: echa algunas miguitas de tu almuerzo á esos pichoncitos para que los veamos mas de cerca. Miradlos qué bonitos; pues esos nos vienen de Italia. Estas gallinas que cacarean á nuestros pies, se llaman pintadas; las traen de África, de Guinea y de Egipto. Es ave estremadamente viva, inquieta y turbulenta; corre con una velocidad estraordinaria; es tambien de un humor díscolo, es querellosa, con lo que, y la dureza de su pico, se hace temer y respetar de toda esta volatería, y solo aquellos pavos engreidos

con su corpulencia las acometen; pero por su pesadez natural reciben de la pintada sus veinte ó mas picotazos antes de haber pensado en ponerse en defensa.

Ahora vamos á ver la pajarera, en donde encontraremos tantos y tan diversos pajaritos, que os asombrareis. ¡Mirad en esta casita qué reunion de tortolitas! Ésta es el ave que ha merecido siempre se la mire como á modelo del amor conyugal; pues en ella todo parece que conspira á dar la idea mas cabal de los deberes que pertenecen á los castos amores de dos esposos que aun en la viudez se conservan el amor y fidelidad. Mirad qué marcha tan graciosa, qué movimientos tan dulces, y qué gemidos tan lamentables; todo dá á conocer en ella su fuego interior, su dulzura y el tierno afecto recíproco.

Alejandro. ¿Qué pájaro es aquel verde que anda tan loco de una rama á otra?

El Padre. Es el verderon. Es un pájaro muy alegre, vivo y de un agradable gorgeo, aunque no tanto como el canario y jilguero. Es animal muy dócil, y propio para domesticarse con mas facilidad que otros. Aquel que veis allí como pardusco, arrinconado y meneando siempre la cola,

es el ruiseñor; parece que ha sido criado por el Autor de la naturaleza para recreo de nuestros oidos; pues la dulzura y armonía de su melodioso canto nos embelesa en términos que nos obliga á interesarnos en su conservacion: es pájaro solitario, salvage y temeroso; se mantiene de insectos, y en particular de arañas.

Mirad tantos canarios y tan hermosos; aman mucho la sociedad con sus semejantes, con el verderon, con el pardillo y con el jilguero. El canario es dulce, familiar y de bastante conocimiento; pero sucede frecuentemente que dejando la melodía de su canto natural, aprende cuanto se le enseña con nuestros instrumentos, haciéndolos servir de pequeños músicos en nuestras habitaciones. Aquel pájaro que veis allí, es el pardillo; está como olvidado, aunque reune en sí tan buenas cualidades que le hacen digno del aprecio del hombre; pues por la hermosa mezcla de sus colores, y su escelente gorgeo compite con el canario, y por sus cualidades capaz de aprender por medio de la flautilla ú organito cuanto se le enseña.

Enrique. Papá, tambien aquí hay jilgueros.

El Padre. Sí, hijos mios; tambien son dignos de ocupar nuestras pajareras. El jilguero es tan apreciable por sus bonitos y bien matizados colores, como por las raras cualidades que reune. Su dulce y armonioso cántico, su grande docilidad, su singular destreza, su admirable instinto, su amor á la limpieza, la facilidad con que aprende una multitud de habilidades, entre ellas la de subir la comida y bebida en unos cubitos por medio de unos hilos, tirando de ellos con el pico, y sujetándolos con sus patitas, hace que si fuesen mas raros, ó tuviesen que venirnos de largas tierras, los pagásemos á un precio tan escesivo, como hacemos con otros pájaros que no los esceden ni igualan. Allí se vé tambien la calandria; es ave viajera; en la madrugada se la oye cantar por los aires con voz muy estensa y melodiosa.

Ahora vamos á ver la ria: ¿veis allí á la ánade de Berbería nadando en la misma agua que el cisne del Norte?

Enrique. Sí, papá; ¡qué bonito es el cisne! Sí, hijos mios, es una de las aves acuátiles mas hermosas y de una índole la mas dulce y pacífica que os podeis figurar; y esa gran corpulencia, esa magestad con

que se presenta, unida á la mucha fuerza que tiene, parece que debia darle una superioridad sobre sus enemigos; pero no hace uso de ella mas que en su propia defensa. ¿No veis al través de aquellos arbolitos moverse variados y brillantes colores? Sí, papá, y se parece á aquellos hermosos reflejos con que se despide el sol de nuestro horizonte. Eugenio mio, tu comparacion me ha llenado de gozo; sus reflejos son efectivamente lo mismo. Pero Enrique nos dirá lo que es. Sí, papá; me parece que es un faisan, lo mismo que los que tenemos en nuestro soto. Efectivamente, hijo mio, es el faisan dorado de la china, el ave mas hermosa de la creacion, en cuya produccion parece haberse complacido la naturaleza; y aunque este faisan tiene las mismas facultades y costumbres que los nuestros, se vé son dos ramas de un mismo tronco; y ademas es mucho mas pequeño que el comun. El faisan merece ocupar el segundo lugar en el imperio de la belleza: el cielo ardiente de África produce estos animales mas grandes y con colores mas brillantes.

Ya hemos recorrido las selvas y corrales: ¿quereis que pasemos ahora á ver otra

clase de animales menos tímidos y mas pícaros?—*Todos*. Muy bien, papá.

El Padre. ¿Cambiaríais la pajarera que hemos visto con tantos y tan bonitos pájaros por algunas de estas aves de rapiña, ó por aquel águila de los Alpes? No, no; papá, estos no nos gustan; tienen una cara tan fea, y un mirar.......

Eugenio. Papá, ¿son todas estas aves de rapiña? Sí, hijos mios, todas.

Alejandro. ¡Cuántas, papá!

El Padre. Sí, queridos niños; á la verdad que es inmensa la coleccion de aves que viven de carne; pero tampoco es menos por nuestra desgracia el número de los hombres malos que viven de la sangre de los demas: venid por aquí, y veremos bien todas las aves carnívoras.

Enrique. Yo tengo miedo.

El Padre. No, hijo mio, no temas, un enrejado nos proteje: venid conmigo sin miedo ninguno, y vereis las águilas de cabezas blancas y negras, los buitres de color gris ceniciento, los buhos, hijos de la noche; éstos se ocultan en los agujeros de los edificios y aberturas de las rocas ó de los árboles durante el dia, porque no pueden sufrir la luz del sol. Dime, Euge-

nio, ¿qué notas tú en el aspecto de estas aves? Papá, que estan todas como tristes y taciturnas. Sí, hijo mio; y este es el hábito de casi todas las de su especie: qué diferencia tan notable se encuentra entre las aves carnívoras y las que se nutren de frutas y granos! Así las águilas como los buitres son feos, asquerosos, tristes, taciturnos; todos tienen las uñas largas y amarillas, el pico negro y retorcido; las alas caidas; los ojos como ensangrentados.

Alejandro. Papá, las aves de nuestro corral, ni las que tenemos en las llanuras del soto, no son así; por el contrario, siempre parece que estan alegres, animadas, cantadoras, juguetonas, y algunas tambien golosas. Sí, hijo mio; son de especie diferente. Las aves de rapiña jamas cantan ni juguetean; viven solas y siempre silenciosas; ¡cuánta semejanza hay entre éstas y los hombres perversos! Todo el mundo evita su trato, y aun ellos mismos, desconfiados entre sí, huyen los unos de los otros. Queridos niños, ¡qué triste espectáculo nos sirve de leccion! Sed buenos, dóciles, ingeniosos, afables y alegres, amad á vuestros semejantes, para que seais amados y protegidos de ellos.

Dejemos ya á las aves de rapiña, dejémoslas en su sombrío silencio, sintiendo sin embargo de que el cuervo esté encerrado al lado del buho. El cuervo es una ave ingeniosa, viva, alegre, vigilante, con inclinaciones malignas, pero egoista; y las malas cualidades con que envuelve este egoismo, destruyen sus gracias naturales. El cuervo entre las aves de rapiña se parece á aquellos hombres de talento, que no siendo malos por naturaleza, lo son artificialmente; es decir, lo son por haber querido probar su talento con los defectos de su corazon. La benevolencia, hijos mios, es el mas fuerte lazo que une los hombres entre sí, y aun con los animales.

Hijos mios, ya es hora de retirarnos; otro dia volveremos, y vereis los animales cuadrúpedos de diferentes paises y de variadas especies. Pero os advierto, mis queridos niños, que no os descuideis de poner agua al canario que está en el gabinete, que tanto divierte á mamá con sus largos y sostenidos trinos, ni tampoco del gracioso jilguerito que tanto trabaja para subir el cubito del agua, y mañana os contaré una historia muy bonita.

LA APERTURA DE LAS CLASES, Ó EL HOMBRECILLO VERDE-MONSTRUO.

Un estudiante, llamado Aimar, á quien sus padres tenian en un colegio, y que habia pasado las vacaciones en una hermosa campiña, por la que serpenteaban cristalinos arroyuelos, atravesando inmensas praderas, con altas y frondosas florestas, se habia divertido á su placer en pescar carpitas; en correr en su caballito; en quitar los nidos á los pobres pajaritos; y en fin, en no hacer nada: así es que cuando vino á Madrid, á pesar de ser una de las capitales mas deliciosas del mundo, se sintió muy triste; las suntuosas iglesias erigidas al culto Divino, los palacios magestuosos que sirven de morada á los reyes, los magníficos cuarteles, que unos sirven de asilo á los militares ancianos ó heridos, y otros que habitan los soldados en ejercicio, nada de esto le distraía. Aquí veía monumentos de beneficencia; allí de gloria: por todas partes encontraba edificios dedicados unos al comercio; otros á

las artes, y otros á las ciencias, que elevando el alma ocupan y embellecen la vida. Plazas bien ordenadas, calles elegantes, saludables fuentes, frescos y frondosos jardines, estátuas, paseos, espectáculos de todo género; pero ademas habia colegios donde irán los niños á trabajar y á aprender á ser hombres, á ser algun dia valientes y leales soldados que defenderán ó vengarán á su pais; artistas hábiles que harán su prosperidad; sábios magistrados, que sabiendo distinguir al desgraciado del culpable, aplicarán las leyes al verdadero delincuente; buenos ciudadanos que amarán y obedecerán á su patria; literatos sábios, cuyas útiles obras harán la felicidad de los hombres, y estenderán por todo el universo la gloria y nombre del afortunado pais que los vió nacer.--Aimar manifestaba los mejores deseos de aprender á ser hombre: veía el museo militar, y ansiaba por ser algun dia un célebre guerrero; entraba en la bolsa, y queria ser un rico negociante; iba á oir alguna causa, y aspiraba á ser magistrado, figurándose que ya todos le reverenciaban: veía despues alguna hermosa pintura, estátua ú edificio digno de atencion, y decia: "cuando yo sea

grande, haré esto." Al leer algun rasgo de bondad, generosidad ó valor, profería: "cuando sea grande haré otro tanto....." Mas llegó la víspera de volver á la clase, y manifestó el sentimiento que le causaba el dejar su pereza y su libertad; sentia separarse de sus padres; sentia dejar su lindo gabinetito, y á su perrita celinda. Ya veis, hijos mios, que esto era muy natural, que un niño que habia disfrutado tanto y tan á su libertad en todas las vacaciones, sintiese volver á la forzada sujecion de un colegio; y vosotros en su lugar quizá hubiérais hecho lo mismo. Á él se le venía á la memoria aquella especie de pórtico negro que sirve de entrada al colegio, el gran patio cuadrado y lóbrego, las anchas escaleras de piedra, el dormitorio en el que les despiertan tan pronto, el refectorio donde se come tan de prisa y con tan poco aseo, el paseo al que se vá de dos en dos....... hasta el tambor que tanto queria otras veces, figurándosele sustituido á las viejas campanas, le aborrecia entonces enteramente; porque es preciso que os lo diga todo, niños mios; el estudiantito Aimar era un ingrato, que olvidaba los juegos y los amigos del colegio; las visitas de

la portería, á la que le iban á llevar dulces y castañas y á contarle algun cuento; las salidas de los primeros domingos de mes, ademas de aquel placer que se esperimenta cuando se ha cumplido con sus deberes y somos amados de los maestros y condiscípulos; añádase á esto las coronas y premios que le esperaban al fin del año, para recompensarle de sus tareas y de su buena conducta; el orgullo de su padre al verle volver con mas conocimientos; las lágrimas de su madre......: todo, todo esto olvidaba el jovencito Aimar.

Sentado en el comedor, solo, con la cabeza baja y apoyada en la mano izquierda, cuyo codo descansaba en la mesa, se entregaba á ideas tristes que insensiblemente se iban oscureciendo cada vez mas. Oye las ocho, y le recuerdan la costumbre que tenia de acostarse á aquella hora cuando estaba en la campiña.............................. Poco tiempo despues oye *trin*: mira y vé una mano que sale por el cañon de la estufa: *tran*; la mano abre la puerta; un hombre sale de la estufa saltando precipitadamente, se detiene un poco, echa á andar de nuevo por medio de la pieza, sacudiéndose con su pañuelo la ceniza que

cubria sus botines, y limpiándose con el brazo las telarañas que colgaban de su sombrero.

Aimar, sorprendido al pronto con tan lindo huesped, se llenó de miedo; pero muy luego recobró valor, y se puso á examinarle de pies á cabeza; mas mientras él lo hace, os haré yo la pintura de su verdadero retrato.

Figuraos, niños mios, un hombrecito como de un pie de alto, poco mas, poco menos; pero bien dispuesto en su pequeñísima talla; vestido con un pantalon verde-col, botines de piel verde-manzana, con unos zapatos del mismo color, á los cuales estaban sujetas unas espuelas de cobre verde-gris, casaca de raso verde-lagarto, y cuyos faldones, recortados en forma de dientes de lobo, apenas le cubrian las caderas: camisa de crespon verde-montaña, cuyo cuello tenia dos puntas que daban vuelta sobre una capa verde-aceituna: su sombrero alto, estrecho y puntiagudo, terminaba en una pluma de pavo real verde esmeralda. En fin, el color de su cara, de sus manos, como el de todo su trage, compuesto de verde de diferentes matices, formaba un color horrible, y que

por lo mismo se llama su conjunto *verde-mónstruo.* Su fisonomía la distinguian dos grandes ojos entre descarados y amortiguados, en los que se movian contínuamente dos pupilas verde-laurel, la nariz chata, y una bocaza cuyos verdosos labios harian resaltar unos lindos dientecillos, si no lo estorbasen dos largos colmillos que desde la mandíbula inferior subian hasta las narices: gordas y largas orejas sostenian unos pendientes de crisoprasa; una frente baja y estrecha, á la que hay que añadir unas largas cejas, que cruzándose sobre las narices subian enroscadas como huyendo de los bigotes; una barba semejante á la del chivo; y el cabello tan tieso que parecía á una maceta de cesped inglés cuando comienza á brotar: con todas estas noticias os podeis formar una verdadera idea de la horrible figura de este hombrecito......

Eugenio. Papá, ¿y las manos cómo las tenia? ¡Ah! Hijo mio, se me olvidaba; perdonad mi distraccion, y ahora satisfaré tu justa curiosidad. Las manos serian proporcionadas á su personilla si los dedos no fuesen tan largos, ni de ellos saliesen unas largas y encorvadas uñas, parecidas á las de los gatos.

Mientras que Aimar inspeccionaba así al hombrecito verde-mónstruo, éste continuaba paseándose y limpiando sus botines encenizados, y las telarañas de su sombrero; mas á la tercera vuelta se formalizó, hizo sonar sus espuelas, enderezó su tupé, retorció su bigote, peinó su barba, y se puso el sombrero á lo chulo, medio ladeado; y echando mano á la empuñadura de su larga espada, dijo alargando la otra como si fuera un héroe griego ó romano: "¿Qué me quieres?"

Su voz era tan áspera como el ruido que hace la sierra al dividir la piedra. Aimar se estremeció todo.- "¿Qué me quieres?" repitió de nuevo el hombrecito verde-mónstruo.— Yo, nada, respondió el estudiantito admirado de la pregunta.—¡Nada! me parece que tú querias ser feliz......—Es cierto....... Entonces tú me deseas ó me echas de menos: me llamabas...... ya me tienes aquí......

Pues qué, ¿tú eres la felicidad?

Sin duda alguna;" y dió una carcajada de risa, cuyo sonido, en todo semejante al ruido que hace la lima al labrar sobre el hierro, obligó á Aimar á taparse los oidos.

El hombrecito verde-mónstruo volvió á ponerse sério, y dijo: sí, sí, niño; yo soy esa felicidad que tú buscas: si quieres reconocerme por rey, si quieres jurarme fidelidad, te haré participante de los placeres de mis súbditos. Ademas, si tú te entregas de buena fé, encontrarás en mí ún superior que jamás aprieta mucho la cuerda; todo lo contrario, el trabajo está desterrado de mi reino, y en él cada uno no hace mas que su propia voluntad. Vamos, resuélvete pronto, y dime si quieres pasar tu vida en la ociosidad, y engolfado en los placeres: si quieres ser felìz en lugar de trabajar y afanarte en el cumplimiento de severos y tristes deberes por resistir á las mas risueñas y amables fantasías.

Era menester carecer de sentido comun, no digo para reusar, sino ni aun para titubear un momento en aceptar una felicidad tan barata...... Pero tú me pareces un muchacho de juicio, y no quieres precipitarte: vamos, decídete, porque no tenemos libre mas que este dia; yo no puedo perder tiempo.

Aimar habia oido decir siempre que el trabajo, que al principio tanto se resiste, es en lo sucesivo un placer: que el cum-

plimiento de un deber, por costoso que sea, nos deja en el corazon un consuelo en esta vida, que es el precursor de la recompensa que nos espera en la otra; y esta es la razon porque no debian convencerle los malignos discursos é imprudentes seducciones del hombrecito verde-mónstruo. Mas sin embargo, ¡era tan fácil lo que pedia!..... Aimar temblaba: sentía por una parte los remordimientos de su conciencia, y por otra no quería dejar escapar la ocasion de ser feliz sin trabajar. Si yo rezase mis oraciones, se decía, puede ser que Dios viniese á mi socorro y me aconsejase. En esto el hombrecito verde-mónstruo se iba enfadando, y le volvió á instar que se decidiese de pronto: una..... dos..... tres......

» Pues bien...... sí...... pero con la condicion de que me has de manifestar de antemano la felicidad que me prometes."

«Vaya, vaya: no te detengas por tan poca cosa, respondió el hombrecito frunciendo los labios por medio de sus feos colmillos. --Mira!"

Aimar se encomendó á Dios, y se entregó á la suerte que le proponia......

Al momento el hombrecito verde-mónstruo tiró de su larga espada, y dando

en la estufa, representó su fondo como por encanto un teatro iluminado con mas de mil candilejas que se reflejaban en arañas de cristal, y una orquesta invisible tocaba contradanzas y alegres y variadas sonatas.

Aimar, encantado con semejante espectáculo, abrió sus ojazos negros, y registraba con tanto mas cuidado el salon, cuanto que la escena representaba el interior de un colegio. Entre una multitud de alumnos, que se veian todos de la estatura de dos á tres pulgadas, habia uno muy notable por la cinta verde-mónstruo que llevaba al ojal de la casaca. Aimar le miraba con mucho interés, y no le perdió de vista todo el tiempo que duró la representacion, observando que en el tiempo del recreo, á todos los juegos en que se divertian sus compañeros jugaba él; advirtió tambien que tramándose de cachetes con sus compañeros, quedó él siempre vencedor; que era el mas atrevido; que robó al portero unas manzanas, y que se las comió á su vista; que en la aula hizo caricaturas de su maestro, representándole en figura de pavo, con un collarin blanco y un bonete pajizo, haciendo reventar de risa á sus condiscípulos por lo parecido

que le sacaba. Aimar quiso hacer otro tanto; pero......

No necesito advertiros, hijos mios, que todo esto era pantomímico, y por consiguiente los actores no podian ser oidos.

¿Has visto bastante? dijo el hombrecito verde-mónstruo.

Todavía no, contestó Aimar, cada vez mas admirado. Porque habeis de saber, hijos mios, que acababa de presentarse otro nuevo espectáculo en aquella estufa, con actores enteramente semejantes, como si estuviesen duplicados, y sin mas diferencia que representaban otra pieza sin orquesta.

El patio del colegio era la escena: allí vió al jóven discípulo condecorado con la cintita verde; que ninguno de sus compañeros quería jugar con él; todos los condiscípulos se congregaron para sacudirle; el portero no le volvió á dar manzanas, aunque le ofrecía dinero: del patio se pasó á la sala de estudio, y allí se quedó á la cola; perturbó á los discípulos con su contínua inquietud; le castigaron, poniéndole doble tarea, y en lugar de desempeñarla quiso cubrir esta falta, tan vergonzosa para un estudiante, presentando un falso vale:

se descubrió este crímen, y le metieron en el calabozo, á cuyo tiempo se hallaba su madre en la portería, y se la alcanzaba á ver que lloraba á gritos.

» Vamos, niño; tú ya debes haber visto bastante," repitió el hombrecito verde-mónstruo, sin saber nada de lo que pasaba por encima de su cabeza.

» Sí, respondió Aimar," no teniendo mas gana de reir.

El hombrecito verde-mónstruo dió por segunda vez con su larga espada en la estufa, y la escena cambió.

El colegial era ya un jóven elegante. La cinta verde con que se presentaba en el colegio, como mal prendida á la casaca, ahora la traía formando una linda roseta en el ojal; estaba vestido á la última moda; se paseaba en un hermoso caballo inglés; comia en la fonda, en lugar de acompañar á su madre; desde la fonda se iba al teatro, y desde éste al baile; y para acabar el dia como le habia empezado, lo echaba de insolente, desafiando á todo el mundo; uno de ellos le aceptó, salieron á verificarle á la claridad de la luna, y dió muerte á su contrario de un pistoletazo.

— «¿Has visto ya bastante?" le volvió á decir el hombrecito verde-mónstruo.

— «Ahora sí que no he visto bastante," le contestó Aimar mirando á la estufa con inquietud.

El jóven elegante aparece rodeado de acreedores, llamándole á voces tramposo: él los mira con serenidad, y continúa su marcha, gastando en solo un dia la suma que bastaría para mantenerle un mes. No hace caso de lo que debe, y solo piensa en hacer nuevos acreedores. ¡Tanto llegan las deudas á envilecer el alma! El jóven que murió en el desafio era su mejor amigo, y pariente de una jóven y hermosa señorita con la que él debia casarse......; pero ella desde entonces reusó ser su esposa, no queriendo un asesino para padre de sus hijos.

— «Tú debes haber visto bastante, repitió el hombrecito verde-mónstruo con signos de impaciencia." — Sí, sí, dijo Aimar todo conmovido.

El hombrecito tocó por tercera vez la estufa con su espada, y al momento mudó la escena.

El jóven elegante aparece ya hombre adulto. En lugar de la rosetita verde-

mónstruo tenia un gran cordon del mismo color que le cruzaba el pecho; se perfumaba con esencias esquisitas; pasaba la mañana del tocador al sofá, y de éste al tocador; despues iba á pasearse á los sitios mas concurridos, y por la noche acudía á los brillantes salones, en donde se trasformaba de elegante bailarin en agitado jugador, ostentando montones de oro.

¿Estás ya satisfecho de tanto como has visto? dijo el hombrecito verde-mónstruo.

—"Todavía no," contestó Aimar mirando como espantado á la estufa.

El elegante jóven se habia vuelto ya un viejo pálido, flaco y ridículo en su traza. Una tos seca y contínua indicaba su mala salud, consecuencia infalible de sus faltas.

Alejandro. Papá, ¿pues qué, las faltas dan tos contínua y mala salud? Sí, hijo mio; tales pueden ser los vicios cometidos, que si son contra la naturaleza, no dudes que estos y otros muchos males acometerán al infeliz que la injurie; porque habeis de saber, hijos mios, que los vicios son los mayores enemigos del principio vital, y las pasiones desordenadas son enfermedades del alma, que destru-

yen al cuerpo. Muchos delincuentes dejan de penar en la cárcel, en el destierro, ó en los palos; pero ningun vicioso escapa sin padecer varios achaques. Las leyes de la naturaleza no se quebrantan impúnemente, y el atolondrado jóven habia faltado á ella tantas veces......

No tenía muger ni hijos que le amasen en la actualidad y le cuidasen en sus últimos años; iba de luto por su madre, que arruinada por sus calaveradas y llena de sentimientos, acababa de morir. Reflexionaba un poco en su situacion, comenzaba á entristecerse; pero para sustraerse á los remordimientos con que Dios le afligía en este mundo como castigo de sus estravíos, y para escarmiento de los demas, se emborrachó con otros malas cabezas, y queriendo recobrar la fortuna que habia disipado, jugó la última peseta que le quedaba, y la perdió.

—"Ya debes haber visto lo suficiente:" dijo con la mayor impaciencia el hombrecito verde-mónstruo.

—"Sí," le respondió Aimar lleno de indignacion.

Sin embargo, aun quiero manifestarte la cuarta escena. Vuelve á tocar en la es-

tufa con su larga espada, pero inútilmente; la multitud de candelillas ya no reflejaban en las magníficas arañas de cristal...... Se habian apagado ya.

—"No es por culpa mia, esclamó muy irritado el hombrecito verde-mónstruo, guiñando el ojo izquierdo, é inflando el carrillo derecho con la punta de la lengua; tú me has hecho esperar mucho despues de cada acto. Mis actores y maquinista han cumplido con su deber; todo se hubiera concluido como deseaba; pero repito, tú me has hecho esperar demasiado en los entre actos sin saber por qué, á menos que no sea para reflexionar en la felicidad que te espera...... Es preciso no reflexionar mucho, como lo acabas de ver, pues te has perdido el mas gracioso de mis cuadros, el que presenta los placeres con que yo acompaño la vejez del que se ha entregado á mí durante su juventud. Pero á pesar de todo, ¿consientes en reconocerme por rey? ¿juras serme fiel?

Mientras el hombrecito verde-mónstruo pronunciaba estas palabras con volubilidad, Aimar, sin escucharle, contemplaba dolorosamente la estufa; y aun que ya no se multiplicaban las candelillas,

sin embargo alcanzó á ver que el hombre pálido y flaco se habia convertido en un viejo sucio y asqueroso que venía de presidio, á donde le habian sentenciado por haber salido un dia á robar obligado por el hambre: la fatal cinta formaba como un collar que caía sobre su pecho como en escarnio de sus destrozados vestidos, que apenas le cubrian sus carnes. En tan lastimoso estado andubo errante de lugar en lugar pidiendo limosna, hasta que al fin estenuado, lleno de fatiga, rechazado por todos y aburrido, se tendió á la orilla de un camino, donde, desconocido, murió sumergido en la vergüenza, en los remordimientos y en la miseria; mientras que su madre, puesta de rodillas en la mansion de los justos, rogaba por él delante de Dios...... Lo que habia mas repugnante en esta escena de dolor era el oir las variadas contradanzas interpoladas de armoniosas piececitas.

El hombrecito verde-mónstruo envainó su larga espada con menos satisfaccion que cuando la sacó; el silencio del estudiantito no le presagiaba nada favorable; agitaba continuamente sus garras como para retener su consentida presa; y aunque se

esforzaba en suavizar la voz, estaba tan furioso, que repetía á menudo: ¿consientes en reconocerme por rey?...... ¿juras serme fiel?......

-- No, no, no, gritó Aimar, entre el furor y el espanto. No, no: huye de mí, genio infernal, genio de la pereza; tú eres el que engañas á los niños, ofreciéndote á ellos como el repartidor de la felicidad, siendo el emporio de los males, pues tú los comprendes todos. El perezoso queda ignorante para siempre; se hace gloton, falsario, borracho, mendigo, jugador, ladron y asesino......

He aquí la suerte del que cree existir en este mundo para jugar, comer, beber y dormir, como si cada uno no tuviese su tarea que desempeñar; los unos con sus brazos, y los otros con su talento é ingenio. Trabajar continuamente, ayudarnos unos á otros, amar á Dios y perfeccionar nuestro entendimiento para ser dignos de él...... Ved aquí lo que constituye la verdadera felicidad...... huye, huye, horrible mónstruo; tú, tú eres el que has causado la pérdida de un estudiantito que ha hecho morir á su madre de pena pereciendo él en la desesperacion. -- Aun

no habia acabado Aimar su imprecacion, cuando el hombrecito verde-mónstruo habia desaparecido por el cañon de la estufa.--Aimar despertó entre los gritos y sollozos; su madre le oyó, y acudiendo al instante, le preguntó:--¿qué tienes, hijo mio?

--"¡Mamá! ¡Mamá! llévame pronto al colegio," dijo Aimar á medio despertar.

Hijos mios, todo lo que os he contado no era mas que un sueño...... Pero un sueño, queridos niños, que oculta en su fondo mucha realidad; no le olvideis, y sereis felices.



EDUCACION DEL BELLO SEXO.

Á pesar de que de algun tiempo á esta parte se han hecho incontestables mejoras en la educacion de las jóvenes, todavía no se ha llevado á aquel punto de perfeccion que es de desear. ¿Se les imprimen cualidades indispensables y virtudes sólidas? ¿Son por lo general mas amigas de cumplir con sus deberes, mas laboriosas, menos vanas y menos frívolas? ¿Comprenden mejor que antes la importancia de sus obligaciones? ¿y cuando un padre ha consagrado por muchos años el fruto de su trabajo en la educacion de su hija, la hace mas feliz por esto? ¿puede esperar que será el apoyo y consuelo de sus últimos dias, y que desempeñará dignamente las obligaciones que imponen los títulos de madre y esposa? ¡Ah! no; la educacion que las jóvenes reciben comunmente en el dia, está lejos de prometer estos resultados. Verdad es que se desarrolla su genio y su destreza, se cultiva su espíritu, sus conocimientos y sus gracias; pero no es mas que para hacer ligeras y

elegantes decoraciones de salon ó de teatro que deslumbran y se admiran en los dias de fiesta y regocijo, pero que estorban y molestan en los de duelo y calamidad. Se desprecian los medios que debian emplearse en rectificar sus ideas, engrandecer su alma, y formar sus corazones para la virtud: de aquí resulta que las artes y ciencias no son en sus manos mas que juguetes, seductores adornos que hacen indispensables los bienes de fortuna, que las distraen del cuidado que deben tener de su casa y de sus hijos, que les inducen á locos gastos y á perniciosas disipaciones; y las ventajas de una esmerada educacion son frecuentemente para muchas jóvenes el orígen de sus estravíos, de sus desgracias, de su corrupcion y de su miseria.

La educacion de las jóvenes debe ser severa como la desgracia que puede sobrevenirles, y al mismo tiempo esencial y acomodada con arreglo al estado actual de civilizacion. Compañeras inseparables de los hombres, es menester, si es posible, que las mugeres sean capaces de darles las primeras lecciones de grandeza de alma y de valor, que sepan dar consejos

saludables, al paso que dulces consuelos; es menester que sean dignas de ser las depositarias de sus secretos, confidentes de sus temores y esperanza; es preciso que sepan compadecerlos, aliviarlos, agradarlos, honrarlos, ayudarlos y servirlos.

La educacion de las jóvenes en el dia debe ponerlas al nivel de todas las condiciones: si son pobres, es menester que adquieran la instruccion y los conocimientos del mundo, de la elegancia, del lenguaje, y modales suficientes para que no hagan un papel bajo los dorados techos de la opulencia: si son ricas, es prudente familiarizarlas con las privaciones y ocupaciones repugnantes de la pobreza. Es menester que puedan ser en una necesidad cocineras, enfermeras, que sepan ir á comprar, que al paso que sepan honrar una tertulia, sepan curar las llagas, brillar en un baile y restañar la sangre. Bueno es que sepan la música, el dibujo, el baile y las lenguas estrangeras: bueno es que sepan hablar de teatros, de tocador y de literatura; mas lo que les importa verdaderamente es saber coser, planchar y jabonar, mantener el orden y la limpieza en la casa, levantarse temprano

y acostarse tarde, aguantar el frio y el calor, la fatiga y el dolor; es menester enseñarlas á resistir al infortunio, y obrar á sangre fria en el momento del peligro, á sufrir con resignacion, no dejarse deslumbrar por una felicidad pasagera, gozar de los placeres sin buscarlos; es menester darles valor y energía sin despojarlas de su sensibilidad y timidez; que tengan piedad y tolerancia, dulzura y firmeza, liberalidad y economía, gracejo y gravedad. En fin, es preciso que las mugeres, así como el arco iris, reunan virtudes y cualidades de todos matices y colores, que se mezclan, se confunden, se ocultan, y se muestran alternativamente, y que solo aparentan eclipsarse enteramente para aparecer mas brillantes en el momento de la tempestad.

¡Oh buenas madres! si vuestras hijas no son ángeles de los que habeis dotado á la tierra, á vosotras no se os puede reconvenir; pues vuestras intenciones siempre son puras cuando se trata de la felicidad de vuestros hijos. Si hay defectos, y carecen de virtudes en sus jóvenes corazones, es porque vuestra viva ternura no os permite ver los unos, y os hace suponer la

existencia de las otras. Si la educacion de vuestras hijas es viciosa, es porque, para que no lo fuese, sería preciso causarles algunas inquietudes y fatigas, y vosotros quereis mas verlas risueñas y felices: ademas, los talentos económicos, las virtudes tan preciosas en la vida privada no obtienen los aplausos ni merecen las atenciones del gran mundo; y es tan dulce para una madre el escuchar los elogios prodigados á su hija......

Á nombre del amor maternal, á nombre de este tan puro y vivo sentimiento, ofreceré á las madres algunos consejos que han recibido todo el peso y autoridad que puede suministrarles una larga esperiencia. (*Se continuará*).

LA ROSA Y LA ZARZA.

El mundo es un mar borrascoso, lleno de escollos, donde es dificil llegar al puerto sin que una estrella benéfica nos lo indique: es un laberinto intrincado entre cuyas encrucijadas es imposible no estraviarse, si al entrar en él no nos ofrece una mano piadosa y esperta el hilo que nos guie. La juventud por falta de esperiencia es la que mas necesita de este ausilio, y sin embargo es la que menos le aprecia, y no pocas veces lo desecha como un estorbo de su felicidad. Arrebatada á la vista de los placeres aparentes que promete la disipacion, aborrece el freno que la sujeta, y anhela por entregarse á ellos á manera de un niño incorregible y desobediente, que al ver unas flores hermosas corre presuroso á cogerlas, sin hacer caso de los silbidos de la venenosa sierpe que le aguarda entre ellas para castigar su inconsideracion. Si las jóvenes previesen los peligros que las rodean, y los males irremediables que puede acarrearles un paso dado sin reflexion, ó alucinamiento, no se que-

jarian de las nunca sobradas precauciones que se dirigen á evitar su ruina: conocerian que cuando un padre ó una madre les impone ciertos sacrificios que parecen duros, no es sino la esperiencia y el amor paternal el que los conduce, y que aquel recogimiento que ellas miran como violencia, es un beneficio al cual deben su felicidad y el sosiego de toda su vida. La mayor desgracia que puede suceder á una jóven en la edad de los errores y de las debilidades, es quedar abandonada á sí misma: ¿cuán dificultoso es que pueda librarse de las asechanzas de la seduccion, y que presto ó tarde no corra la misma suerte que la rosa del apólogo siguiente?

Cercada de espinos silvestres, y escondida en una zarza, florecia una fresca y encarnada rosa; y eran tan espesas y enredadas las ramas que la rodeaban, que apenas podia penetrarlas la luz del dia. Ya se descubria confusamente por entre las angostas aberturas de aquel verde recinto el purpúreo color de sus hojas, que comenzaban á desplegarse, y á la sombra tranquila de su benéfica zarza crecía oculta é ignorada; pero por la misma razon mas segura.

Llena de orgullo la jovencilla por su hermosura, y anhelando con impaciencia por brillar sin estorbo entre las demas flores de la primavera, reconvenía amargamente á la zarza, quejándose de que la tuviese en tan dura esclavitud. Llamábala cruel é inhumana, porque no permitia desahogo alguno á su tierna é inocente hermosura, pretendiendo que envejeciese de aquella manera en un encierro sin lucimiento, utilidad ni motivo. Calla, le respondió con tono severo la zarza: no te quejes de mí, sino de tu ligereza y capricho, y contempla que aquella á quien reconvienes es justamente tu bienhechora. ¿Quién te defiende con el verdor de sus hojas de los ardores del mediodia? ¿quién te libra de los insultos del ansioso ganado, de la ira de las tormentas y del granizo? Calla, pues, y aprecia tu rústica y desconocida morada; aun no ha llegado el tiempo de que brilles, y todavía ignoras á cuántos peligros está espuesta tu juventud y poca esperiencia.

Calló con efecto la rosa; pero ardiendo ocultamente en ira se entregó entre sí á los arrebatos de su enojo, implorando contra su defensora el furor de las tempestades y

de los rayos. Llega en esto un labrador con el corvo cuchillo en la mano, y siendo su intento esterminar las plantas inútiles, derriba en un instante la fiel y benéfica amiga de la rosa. Lejos de llorar semejante desgracia la ingrata flor, rebosa en júbilo, y mira con complacencia la suerte de su desventurada bienhechora, al paso que, embarazado alrededor el suelo con los tristes despojos de la destruida zarza, penetraron por primera vez los rayos del sol en aquella verde espesura.

Libre ya la rosa de aquella incómoda sujecion, levanta la orgullosa cabeza haciendo ostentacion de su tierna hermosura. Entonces acuden en tropel los zéfiros de la mañana á juguetear alrededor de ella, saludándola con armoniosos gorgeos las avecillas (adorna su bello seno con trasparentes perlas la fresca aurora). ¡Mas ay! ¡cuán rápidamente se pasaron aquellas horas de contento y alegría! ¡cuán fugaces son los placeres! Así fue, que divisándola á lo lejos una oruga, se llega insensiblemente á ella, y trepando por su delicado tallo, deja impresas en él las señales de su voracidad. Sigue su ejemplo una torpe babosa, y con el humor asqueroso que desti-

la su cuerpo, la ensucia toda, devorando gran parte de ella. Quemada, en fin, por los ardores del sol la desventurada rosa, pierde el verdor de su lozanía antes de haber llegado al colmo de su belleza, y entonces implora inútilmente la proteccion de la zarza, hasta que ya descolorida y seca, sin vigor y sin hojas, muere antes de tiempo víctima miserable de su vanidad.

¡Oh vosotras tiernas doncellas, que sin esperiencia del mundo vivís sosegadas y tranquilas bajo la sabia direccion de una madre afectuosa ó de un amigo prudente! si llegáre el caso que ese yugo tan necesario os pareciese duro é intolerable, acordaos de la infeliz rosa, y aprended de su desgracia á obedecer sin quejaros.



LAS FERIAS DE MADRID.

Animado cuadro ofrecen las calles y plazas de esta Capital durante el tiempo de la feria. Por todas partes se advierte un movimiento estraordinario; cada uno forma proyectos, bien de interés, bien de diversion. Los forasteros acuden en grupos á la Capital, llevando elegido el objeto que piensan comprar, y el regalo que piensan hacer; y vosotros amables lectorcitos sois los que principalmente alborotais las mas tranquilas familias.

Abundante pábulo se ofrece á las reflexiones del observador que tranquilo contempla la muchedumbre de objetos que le rodean. Si se recorren las calles, entorpecen el paso los montones de trastos que salen á lucirlo desde el oculto descanso de sus caramanchones. La mayor parte verdad es que no tienen una elegante construccion; mas en cambio gozan del peso de la mas remota antigüedad. Bancos y sillas sobre las cuales es preciso sentarse con precaucion; algun colosal armario;

alguna laboreada cómoda con mas chirivitiles que el arca de Noé; baules que á pesar de estar cerrados dan libre paso á la circulacion del aire, y otros muebles de este jaez, todos caprichosamente mezclados, y amontonados unos sobre otros.

Cada individuo sigue la direccion mas análoga á sus ideas; la elegante señorita adquiere los caprichos de la moda sin reparar en lo costoso del objeto; cuál piensa reconocer en las sombrías pinturas alguna obra maestra de Ribera ó del Caravagio; cuál se complace en rebuscar indistintamente en los montones de libros, arrojando á derecha é izquierda los Mercurios, Guias de Forasteros, y demas fárrago, apartando con cuidado lo que halla que satisfaga sus pesquisas.

Mas no son estos, amables niños, los objetos que llaman vuestra atencion; otros deseos y otros placeres son los peculiares á vuestra edad, y que se puede decir que son el objeto de la feria. Recorreis apresuradamente las mesas adornadas de variedad de figuras estrepitosas, trompetas y movibles dominguillos, importunando á los que os acompañan para que os compren el objeto á que habeis dado la pre-

ferencia. Ya recorriendo la fila de las lóbregas covachuelas, contemplais absortos los pintados caballos de pasta de tan efímera duracion en vuestras manos, ó bien suspensos delante de las tiendas de la calle del Carmen y de la Montera y otras de tiroleses, contemplais aquella infinidad de autómatas movibles mas ó menos perfectos. Á la niña se le van los ojos tras la ataviada muñeca puesta sobre el mostrador; la muñeca que anda; la muñeca que abre y cierra los ojos, y aun la muñeca que habla. Algunos de vosotros ya mayorcitos, y los mas sensatos, cifrais vuestros deseos en alguna caja de pinturas ú otro mueble que reuna el recreo á la instruccion.

Por desgracia son muy raros los juguetes finos que se fabrican en nuestra España; muchos vienen de París; pero estos son mas caros, y tienen cierto aspecto particular. Á donde se han de ir á buscar las grandes manufacturas de tantos objetos, es á la Alemania, de donde nos vienen la mayor parte. En la selva Negra, en el pequeño pais de Sonnemberg, en las cercanías de Nuremberg, de Ulm y de Stugart, allí es donde se encuentran los talleres de

carpinteros, escultores, pintores, de donde salen tanta infinidad de figurillas de animales, y muñecas articuladas, casitas, trompetas, tambóres y otros chismes de mas importancia comercial de lo que parece á primera vista. Allí es, sobre todo en el invierno en el tiempo de las nieves, donde se encuentran familias enteras ocupadas en la construccion de tantos juguetes. Estas comarcas son las únicas en que se pueden vender estos objetos á un precio moderado; y la razon es porque el trabajo está dividido al infinito, y que hay individuo que no ha hecho en su vida otra cosa mas que brazos y piernas de muñecas; porque toda la familia trabaja; porque las materias primeras cuestan poco, y porque el hábito de fabricar siempre un mismo objeto les hace fabricarle mejor y mas pronto, y añadiendo á esto el poderoso auxilio que tienen con el agua los habitantes de aquellas montañas; pues el mas ligero arroyuelo se utiliza al instante para mover un torno, una rueda, una sierra ú otro agente mecánico; y todo esto de un modo tan sencillo é ingenioso que el viajero se queda admirado al ver los resultados de la mecánica adivinados por

el modesto habitante de la casa de madera en que se halla.

Mas lo que sin duda no habeis considerado es que estos juguetes que causan vuestra alegría, causan tambien el bienestar de muchos artesanos laboriosos que los fabrican. Supongamos, por ejemplo, uno de los delicados rosarios bien conocidos que estan metidos dentro de un barrilito ó esfera de marfil, poco mayor que una avellana: ¿quién no ha admirado la sutileza estrema que ha erigido su construccion? Mas pocos se habrán parado á considerar todas las circunstancias y todas las artes y géneros de industria empleados en la construccion de tan pequeño volúmen. ¿De dónde ha venido el marfil de la esferita? Ha sido llevado por un elefante de Asia ó de Africa; ha hecho parte de una de las grandes defensas, por las que los negros se esponen á tantos peligros, y ha sido trabajada en Dieppe. ¿De qué se componen los granitos de colores? De esmalte; pues el esmalte es un vidrio opaco, en el que entra el estaño, y al que se le dá color, si es rojo con el oro verde, con el cobre, y azul con el cobalto. ¿Dónde han sido hechos? En Venecia tal vez. ¿Y

el hilito de plata que los engarza? No es plata, sino laton plateado, pues en ese hilito entran tres metales de tres diferentes paises. En fin, ¿dónde se han reunido todos estos diversos productos para la composicion de este rosario microscópico? En Nevers.

Ya lo veis, queridos mios; las cuatro partes del mundo han sido puestas á contribucion, y mas de cien mil personas de diferentes naciones y estados se han ocupado directa é indirectamente en la construccion de tan diminuto rosario. Pues esto mismo sucede con otros muchos objetos. Bajo este punto de vista quería yo fijar vuestra atencion sobre los juguetes que os dan, persuadido que los estimareis aun mas cuando sepais que han contribuido á procurar á muchos millares de familias pobres su bienestar y subsistencia.

EDUCACION DE SORDO-MUDOS.

Recoleccion de los objetos usuales, y diseño de su figura.

Hijos mios: deseoso que vuestros conocimientos no se limiten solo á lo que os puede ser necesario, sino que quisiera hacerlos estensivos á la utilidad que podais sacar para con vuestros semejantes los desgraciados sordo-mudos, por quienes tanta inclinacion me habeis manifestado, os voy á dar una idea de los trabajos que han hecho los grandes hombres que se han dedicado á tan filantrópica instruccion; asegurándoos que si el arte de instruir sordomudos ha quedado por tanto tiempo envuelto en una especie de misterio, si sus progresos han sido tan lentos, y sobre todo si sus principios han sido tan diversamente comprendidos y aplicados, es menester atribuirlo como á su principal causa al aislamiento de los maestros: cada uno está reducido á sus propias luces, y la esperiencia de los unos ha quedado perdida para los otros.

Desde que los establecimientos de sor-

do-mudos se han multiplicado, los amigos de la humanidad aspiran á ver formada una alianza entre todos los maestros para comunicarse mútuamente sus observaciones, y trabajar de concierto en la perfeccion del método. Desean ver generalizadas las escuelas centrales á donde se formen los maestros, y no tener el disgusto de que las vacantes se llenen por jóvenes, que sin tener conocimiento alguno de la ciencia entren á enseñarla con descrédito de los establecimientos, menoscabo de sus intereses y perjuicios irreparables de los infelices sordo-mudos que tienen que esperar dos ó mas años á que el nuevo maestro tome ideas de ellos y de su lenguage, para que puestos en perfecta comunicacion puedan adquirir los conocimientos que el maestro ha de darles. La educacion de un sordo-mudo de nacimiento, hijos mios, exige procedimientos particulares, y yo jamás limitaría mi trabajo á una simple teoría gramatical de la lengua. ¿Si se me pregunta cómo he llegado á hacer comprender el sentido de una lengua cualquiera á un hombre que no ha oido jamás los sonidos? ¿Cómo con seres que para la manifestacion de ideas no tienen mas que

signos manuales, he podido dar á las palabras un valor preciso? ¿Cómo he podido asegurarme que el entendimiento de los sordo-mudos, que parece estar colocado fuera de la esfera de las inteligencias comunes, no dá á las palabras escritas ni mas ni menos estension que nosotros? Y en fin, ¿cómo he acertado á establecer una correspondencia perfecta entre el sordo-mudo y el hombre que oye y habla? ¿Cómo signos físicos han podido servir para hacer pasar al entendimiento del sordo-mudo las ideas mas abstractas? ¿Cómo he podido comenzar esta educacion, y establecer esta correspondencia?

Hijos mios: trazando el cuadro de mis procedimientos es como puedo responder á todas estas preguntas. La marcha que me ha parecido la mas propia para dar al público una satisfaccion, es la de poner á su vista el curso de educacion de mis discípulos: su instruccion justifica las ventajas del método creado con ellos. Este trabajo se debe considerar como una relacion de que me he valido, y una especie de diario de mis lecciones, á las que el lector puede asistir como juez. Tal debe ser el objeto de los que ponen en ejecucion las invencio-

nes de útiles métodos: trasmitiéndolos sobreviven á su frágil existencia, y cuando no consigan mas, al menos continuarán gozando el aprecio de la humanidad.

La primera leccion que se dá á los sordo-mudos tiene por objeto el alfabeto, marcando los cuatro caracteres de cada letra, á saber: dos respectivos á la de pluma, y dos á la de imprenta, mayúscula y minúscula, cuya imitacion y postura de mano correspondiente se consigue al instante; no así la pronunciacion; pero de todos modos ninguno tarda mas de un mes en saber el alfabeto. Y aunque reflexionando detenidamente este método se observa que desde el primer paso se contraría la marcha analítica, no podia menos de seguir un plan, que aunque establecido para los demas niños, para los sordo-mudos, que pueden presentar á la razon una serie de caracteres abstractos, y sin valor determinado ordenados sin motivo, y como por casualidad, del que no se puede manifestar ninguna equivalente en la naturaleza.

Despues que saben bien el alfabeto, coloco en una mesa inmediata al encerado muchos objetos de diversas especies, y los

hago dibujar en el mismo encerado, procurando que sean de los mas usuales de aquellos que á cada momento se les presentan á su vista y traen entre manos, tales como las *tijeras*, un *cuchillo*, una *llave*, un *cortaplumas*, una *pluma*, una *caja de tabaco*, &c., &c. El sordo-mudo echa una ojeada al objeto y al diseño, y vé inmediatamente la semejanza que hay entre los dos: se la hago observar bien, y á la vista del objeto, él señala el diseño, como á la inspeccion del diseño presenta el objeto. Sin este doble ejercicio, sin este primer procedimiento, ¿cómo el sordo-mudo tomaría interés á las palabras que se le quisiese manifestar, y sobre todo á las letras que componen las palabras, haciéndoselas ver una á una? Disgustado desde el primer paso por la imposibilidad de descubrir la razon de estos caracteres, la necesidad de tal número y los motivos de su combinacion, las primeras lecciones, no diciendo nada á su inteligencia, vendrian á ser un suplicio para él.

El niño que oye y habla, no esperimenta ninguna de estas dificultades, cuando dá principio á su educacion. Antes de sospechar que nosotros comunicamos por

medio de la escritura; antes de saber que existen letras y palabras. conocía los signos hablados; ó si se quiere, los sonidos articulados, que sirven de signos á los objetos. Él tiene ya una nomenclatura en su cabeza; no le falta mas que designarla en el papel. Pronuncia sonidos; le falta convertirlos en palabras escritas: falta descomponerlas; y he aquí lo que se hace, nombrándole los elementos componentes, que son las letras. El niño mudo no puede pronunciar nada: tiene, así como el que habla, una serie de imágenes en el mismo receptáculo, dibujadas sobre el mismo lienzo; pero no tiene mas que signos manuales que representan las formas. El primero pinta en algun modo los sonidos que articula, y designa á su manera, pronunciando las palabras, los objetos de que aquellos son signos: el segundo tiene tambien objetos que pintar; pero no se vale del mismo medio. El uno dibuja con la pluma; sus rasgos son todos de convencion: el otro dibuja con su clarion, sin llamar á su ausilio una convencion de que no tiene necesidad, y para la cual no tiene aun signos.

Las figuras de los objetos son pala-

bras para el sordo-mudo en esta primera leccion; así como puede decirse que para los que saben leer las palabras son figuras de objetos. Al que oye, se habla á los oidos; al sordo-mudo se habla á los ojos. El objeto, respecto del uno y del otro, es el mismo, pues que á los dos se habla; y no hay mas diferencia que en el sentido, del oido en el uno y de la vista en el otro. Al sordo-mudo debe hablarse con el clarion en la mano en esta primera leccion, así como habla la madre cuando instruye á su tierno hijo que oye; á vista del uno y del otro se pone igualmente el objeto cuyo nombre se le quiere enseñar; al uno por sonidos, al otro por una figura.

El niño que oye, no tiene, me atrevo á decirlo, ninguna ventaja sobre el que yo instruyo; y esta primera leccion no es mas dificil de dar al mudo que mira, que al niño que oye. Se podria decir que los oidos del uno estan en sus ojos, y que los ojos del otro estan en sus oidos; pues que las imágenes hacen pasar á la inteligencia del uno lo que las palabras á la inteligencia del otro.

No debe estrañarse que en el curso de mis lecciones se observe una analogía

tan perfecta en los medios que se me verá emplear, con los que se valen en la instruccion de los niños ordinarios, puesto que hay tan grande semejanza por parte del entendimiento, y que la diferencia en los sentidos, que puede mirarse como su puerta, es casi nula. Que el maestro se penetre bien de la obligacion de remplazar en el sordo-mudo todo lo que rodea la infancia del que oye y habla; porque todo lo que está alrededor de éste, llena las funciones del maestro. Todo sirve para la instruccion del recien nacido. El lector presentirá ya que nada puede haber despreciable en la educacion de sordo-mudos; que en tanto que en la cadena de las ideas se tenga la imprudencia de dejar pasar algun eslabon, y que en lugar de ligarlo todo en su generacion se supusiese como conocido lo que no se habia aun demostrado; que jamás una palabra debe presentarse al discípulo hasta tanto que el objeto de que esta palabra es el signo haya herido ó impresionado sus miradas.

Esta primera leccion se consagra toda entera á preparar al discípulo para la aproximacion y comparacion de las figu-

ras dibujadas y sus objetos, y que invente por sí mismo un medio mas cómodo y mas espedito de manifestar sus ideas, y de fijar en su memoria el recuerdo de estos mismos objetos; para lo cual hago poner la mesa en donde estan colocados, mas retirada del encerado: muestro al discípulo el diseño del cuchillo, é inmediatamente vá á buscarlo. Le señalo la figura de la llave, y me la trae. Hago lo mismo para todos los demas objetos, y se me comprende perfectamente. Tomo despues cada objeto por separado, haciendo signos al discípulo para que me indique la figura, y hallo el mismo resultado, quedando en la seguridad que en estos ejercicios me entiende el discípulo, como sucede á una madre que pronuncia á su hijo el nombre de los objetos que le manifiesta; el diseño es pues el nombre de cada objeto entre el mudo y yo; y estoy íntimamente persuadido que el primer medio de comunicacion queda establecido.

La consecucion de este suceso alienta al discípulo, é impaciente de nombrar todo lo que él vé, se ensaya por sí mismo, dibujando todo lo que hiere sus miradas:

me suplica le manifieste todo lo que me figura: su alegría es estremada cuando se vé comprendido; cuando á consecuencia de las formas inexactas que traza un clarion, novicio aun, le presento los objetos que ha nombrado, designándolos.

¡Qué por venir tan halagüeño presenta al maestro este primer ensayo! El intervalo que separaba el alma del discípulo y la del maestro, se vé allanarse. Llegado este caso, no tardan en querer saber si se podrian dibujar igualmente las partes esteriores del cuerpo. Señalan sus ojos, su frente, su nariz, su boca, sus mejillas, sus orejas, sus sienes, su barba; y en fin, su cabeza toda entera. Desde este momento se ejercitan ya por sí mismos, y sin pensarlo, en el grande arte de la analisis, por la cual ha hecho el entendimiento humano tantos progresos, y á que debemos tantos prodigios. Despues continúan la de su cuerpo, sin olvidar ninguno de sus miembros. Bien quisieran imitar este ensayo de diseño; pero ignorando las proporciones, y no teniendo aun ninguna idea de la perspectiva, se desaniman muy pronto en su ensayo: resta aun hacer un diseño mas rápido y mas seguro. Es preciso dis-

gustarles un momento en esta primera leccion, y hacerles desear la segunda en los términos que propondré mas adelante.

EDUCACION DE NIÑOS CIEGOS.

¿La pérdida de un sentido refluye en beneficio de los demas?

Hace mucho tiempo que se discute la cuestion de saber si la pérdida de un sentido aumenta la intensidad de los otros, y si el sordo-mudo y ciego de nacimiento tienen sobre los demas hombres algunas ventajas ciertas, resultado de un desarrollo particular de los sentidos que les restan. La solucion de esta importante cuestion podría ilustrarnos para la esplicacion de varios fenómenos del entendimiento humano, bajo cuyo respecto es digna de la atencion de los filósofos y metafísicos.

Movido del error en que han caido muchas personas acerca de este punto, he reunido mis investigaciones sobre los ciegos con las que habia hecho con los sordomudos, á fin de saber cuál era la causa de aquel error, y me he convencido que ni el sordo ni el ciego son superiores á los demas individuos que gozan de todos sus sentidos. La finura que se observa en el tacto de los ciegos, y la facilidad con que los sordo-

mudos se hacen dueños de todas las mudanzas de la fisonomía, resultan de la necesidad en que estan, los unos de servirse casi continuamente del tacto, para suplir la falta de vista, y los otros de emplear su vista para reemplazar el oido y la palabra; mas no por eso el órgano deja de ser enteramente semejante al de los de vista clara; pues si el ciego de nacimiento, operado por Cheselden, no reconocia despues de la estraccion de la catarata por el tacto los objetos, como lo hacian antes, no era porque hubiese perdido la facultad de tocar, dándole vista, sino porque empleaba ya el tacto como sentido auxiliar y correctivo de la vista. Al contrario sucede á las personas que quedan ciegas, habiendo visto una parte de su vida; los unos y los otros tienen necesidad de educar de nuevo el sentido que desarrollan, y el que reemplazan, al que han perdido; le ejercitan mucho mas, por cuyo medio adquieren algunas veces, ciertamente, una delicadeza esquisita, que aumenta mucho su susceptibilidad; pero ni el ojo del sordo podrá oir jamas, ni los dedos del ciego verán nunca. Resultaria, pues, del falso principio que tratamos de destruir, que un in-

dividuo que hubiese perdido dos ó tres sentidos, sería indemnizado por una compensacion, que repartiria sobre los demas las facultades de aquellos que le faltaban. Mas yo concibo que estudiando cuidadosamente las diversas partes del cuerpo de los sugetos privados de la vista y del oido, sería quizá posible llegar á descubrir alguno susceptible de ciertas emociones, y establecer despues por un hábito continuado una especie de correspondencia con ellos. Por otra parte, hay algunos ejemplares de estos géneros de comunicacion, que, como se deja conocer, no pueden tener mas que débiles resultados. Así que, como está bien demostrado que nada hay en nuestro entendimiento que no haya venido por los sentidos, privados de estos intermedios debemos necesariamente carecer de las ideas que dan, porque ninguna compensacion podria restablecer fisicamente el equilibrio cuando ha llegado una vez á destruirse. El arte del maestro de los ciegos, así como el de los sordo-mudos, consiste en hacer llegar artificialmente al alma por nuevos conductores las ideas de que hubieran carecido para siempre; y deben prepararse á este importante trabajo por un examen

profundo, y si me puedo espresar así, por un inventario exacto del entendimiento de los séres imperfectos de que van á encargarse. Deben asegurarse de los puntos del contacto que pueden existir con ellos, y de los medios de comunicacion que podrian establecerse entre el maestro y el discípulo. Sería menester desconocer el trabajo que cuesta esta especie de educacion, y los obstáculos que hay que vencer, para no creer que la privacion de uno ó de varios sentidos es el mayor, como el mas irreparable de los males; y por consiguiente su remedio será uno de los mayores bienes en que pueden emplearse los amantes de la humanidad para socorro de sus desgraciados individuos.

ANUNCIO.

Ideas primarias que deben darse á los niños acerca de los números al mismo tiempo que se estan ejercitando en la clave analítica de la lectura: por don José Mariano Vallejo.—El objeto de esta obrita es llenar dos vacíos que se hallan en la instruccion de los niños. El uno es relativo á la lectura; y el otro al modo de hacer sensibles y palpables las ideas, tanto de los números enteros como de los quebrados. En efecto, es bien sabido de todos que los niños no aprenden los números, tanto por el sistema ordinario, debido á los árabes, como por el de los romanos, hasta despues de saber escribir: y son muchas las personas que, aun sabiendo escribir, ignoran todo lo relativo á números. De aquí resulta que los niños al encontrar en la lectura una fecha, una cita de párrafo, capítulo, etc. se paran, ó no lo leen; por lo cual resulta incompleta la lectura. En cuanto al modo de adquirir las ideas de los números, falta un medio sencillo y claro de hacer palpables, y con toda distincion, no solamente las ideas relativas á los números enteros, sino tambien las de los quebrados. Este método se halla establecido en el Real Colegio de la Paz de esta Corte, unido á la Real Inclusa, y en la casa de educacion que para señoritas tiene en la calle de Carretas *doña Manuela de la Fuente y Ovalle.* En el primero de dichos establecimientos se ha visto con asombro que las niñas, sin tener ninguna nocion de escritura, en diez y seis lecciones se han puesto en disposicion de leer todos los números, hasta los millones: ya esten escritos en el sistema ordinario de numeracion, ya en el romano: el que formen ideas exactas de los números cardinales, ordina-

les, colectivos y partitivos; y lo que es mas, que señalen, distingan y hagan conocer á todos de un modo palpable, que *un medio* es lo mismo que *dos cuartos*; y lo mismo tambien que *tres sestos*, que *cuatro cuartos*, que *cinco quintos* y que *seis dozavos*; y así analogamente con los demas. En el establecimiento de la calle de Carretas se han notado las mismas ventajas, pero en menos lecciones; por cuanto las señoritas, que se destinaban á la aritmética, tenian ya sus entendimientos mucho mas cultivados.

Se hallará, *con las demas obras del Autor*, *en* Madrid en las librerías de *Sojo*, *Paz*, *Oréa* y *Razola*; en Cadiz, en las de *Castillo*, *Hortal y Compañía*; en Valencia, en la de *Navarro*; en Sevilla, en las de *Hidalgo y Compañía*, y en la de *Berard*; en Granada, en la de *Saez*; en Barcelona, en las de *Piferrer*, *Sauri y Cerdá*; en la Coruña, en la de *Calvete*; en Bilbao, en la de *García*; en San Sebastian, en la de *Baroja*, y en casa de la viuda de *Fadda*.



C. de V. lo gr.º

Trabajad, si anhelais el premio de vuestros trabajos.

Miguel y Esteban.

Un rico labrador tenia dos hijos. El dia de su nacimiento plantó á la entrada de su huerto dos manzanos de igual tronco. Cuando los dos muchachos estuvieron en estado de manejar los instrumentos de la jardinería, los llevó un dia de primavera delante de los dos árboles que les habia plantado, y puesto á cada uno su nombre, y despues de haberles hecho admirar su bello tronco y la prodigiosa cantidad de flores de que estaban cubiertos, les dijo:

"Ya veis, hijos mios, que os los entrego en buen estado, y que tanto pueden ganar por vuestro cuidado como perder por vuestra negligencia. Sus frutos os recompensarán de vuestros trabajos."

El segundo, llamado Esteban, era infatigable en sus labores, y tenia gran cuidado de preservar su árbol de las orugas que le habrian devorado; puso un rodrigon al tronco para que no se torciese, y cavaba la tierra alrededor para que se penetrase mas

facilmente de los rayos del sol y de la humedad del rocío. Miguel, su hermano, no hacia nada de esto, y pasaba el dia trepando por la cerca, tirando piedras á los que pasaban, y andando á cachetes con todos los chicos de la aldea; en una palabra, no se acordó de su árbol hasta que vió el de Esteban en el otoño tan cargado de manzanas que las ramas se desgajaban con tanto peso. Admirado á vista de tan bella cosecha, corrió á su árbol con esperanzas de obtener por lo menos otra igual; mas cuál fue su sorpresa al no encontrar mas que algunas ramas cubiertas de musgo, y algunas hojas amarillentas. Lleno de envidia y de despecho vá á buscar á su padre, y le dice: padre mio, ¿qué árbol me habeis dado? Está seco como un palo de escoba, y ni siquiera cogeré una manzana; pero con mi hermano os habeis portado mejor; mandadle á lo menos que parta conmigo las manzanas. ¡Qué las parta contigo! respondió su padre, no; así el trabajador perdería el fruto de sus sudores para alimentar al holgazan. Sufre, que éste es el premio de tu negligencia. Tu árbol era tan vigoroso como el suyo; pero no ha sido igualmente cultivado.

Miguel, conociendo cuán justas eran las reconvenciones de su padre, cultivó con mas cuidado su árbol para otro año, perdió sus malas costumbres, y obtuvo una abundante cosecha.

Veis, hijos mios, en este ejemplo el premio del trabajo y los efectos de la holgazanería: aquel, aunque moleste alguna cosa y haga sufrir al que lo practica, produce con el tiempo un placer que hace olvidar cuantas fatigas se han sufrido, no esperimentando ya sino satisfacciones: la holgazanería por el contrario, ofrece en un principio reposo y gusto, repeliendo, digámoslo así, toda fatiga y molestia; mas al fin, llena de dolor al holgazan, porque mientras el trabajador disfruta de satisfacciones gozando del fruto de sus tareas, aquel se vé privado de todos los medios, no solo productivos de gustos verdaderos, sino aun de su misma subsistencia, contemplándose en todo infeliz. Podeis por tanto, hijos mios, inferir cuál debe ser vuestra conducta si quereis esperimentar algun dia lo que esperimentó Esteban por haber cultivado bien su arbolito, y no quedaros con el desconsuelo de Miguel por haber abandonado el suyo. Trabajad

como el primero, y no seais holgazanes como el segundo, ciertos de recoger algun dia el premio de vuestros trabajos.

LA SORDA-MUDA-CIEGA.

Hijos mios, hay disgustos para todas las edades; las enfermedades, las privaciones y el dolor no perdonan siempre á la graciosa y tierna infancia. Parece que la Providencia quiere algunas veces darnos lecciones desde nuestros tiernos años, que nos enseñen á tolerar, ya sea los sufrimientos ó los disgustos con que piensa probar nuestra constancia y virtud en el curso de esta vida. Cuando le agrade imponernos este tributo que debe pagar la humanidad, sepamos sufrir y refugiémonos en el seno de la religion que fortifica y consuela. Antes de quejarnos, examinemos bien si tenemos derecho para ello; y echando una ojeada sobre los infortunios de otro, y comparándolos á los nuestros, hallaremos las mas veces que haríamos muy mal en murmurar de un mal ligero mientras que otros semejantes los padecen mayores.

Estas reflexiones me han ocurrido á la lectura de una historia muy patética. Se trata de una jóven afligida á la vez de tri-

ple enfermedad. La relacion que os voy á hacer es triste, sí, pero está destinada á avergonzar al que se atreva á quejarse por el menor sufrimiento ó á la mas leve contrariedad.

¡Sorda-muda y ciega...! La imaginacion no concive un infortunio mayor. A pesar de esto la pobre jóven estaba destinada á esperimentar otras pesadumbres tan amargas, y otras privaciones no menos crueles, y es tal vez mas infeliz por sus recuerdos que por el sentimiento de sus enfermedades actuales. Antiguamente ella veia y oia; su voz podia responder al dulce eco de su madre; sus ojos podian considerar las idolatradas facciones de un padre que le fué arrebatado prematuramente. Ha probado todos los bienes de que se ve privada, y su memoria no puede alimentarse mas que de recuerdos.

Habiéndose quedado sorda en muy temprana edad Victoria Albarez, perdió tambien poco á poco el uso de la palabra, como sucede ordinariamente. La criatura olvida los términos que no oye, y su lengua pierde la facultad de pronunciarlas. Sin embargo, cuando la llevaron al colegio de sordo-mudos, aun articulaba algu-

nos vocablos, y conservaba un resto de audicion que se estinguió poco á poco. De allí á corto tiempo una espesa catarata, que fue imposible remediar, la dejó completamente ciega á la edad de doce años.

Entretanto Victoria continuaba entendiéndose con sus compañeras, que con afectuosa solicitud, que nunca se ha desmentido, la instruian de todo lo que era objeto de sus conversaciones. La ciega les habla por medio de gestos, y sus compañeras la responden con el mismo lenguage; y teniendo suavemente la mano que gesticula, es una maravilla ver como se penetra de los pensamientos espresados por los ademanes.

La pension de la señorita Victoria, que habia sido pagada muy regularmente durante los primeros años, cesó de serlo de repente por circunstancias que es inútil referir. La pobre jóven habia cumplido tambien la edad, en la que segun los estatutos del colegio no podia permanecer gratuitamente en él, y se decidió conducirla á un hospital.

Dos señoras, una de las cuales tenia su hija en el colegio, quisieron al menos

mitigar la amargura de tan cruel separacion, encargándose de llevar por sí mismas á Victoria á su nuevo asilo. Nadie habia tenido valor de preparar á la pobre ciega á la suerte que la esperaba, todos estaban consternados alrededor de ella; ella sola estaba tranquila.

Llegó el dia de la partida; mas apenas el coche entró por la puerta del hospital, cuando la pobre ciega esperimentó un movimiento convulsivo de terror. Busca á tientas la mano de la señora, que estaba próxima, y estrechándola contra su seno manifiesta buscar en ella un amparo del golpe que la amaga.

Sea que Victorina tuviese algun presentimiento de su desgracia, sea que la finura de su olfato hubiese percibido la diferencia de atmósfera en que entraba, todo lo habia adivinado. ¡Es el hospital! ¡es el hospital! no cesaba de repetir en su lenguage al bajar del coche, y la energía de sus gestos aumentaba el horror de que estaba poseida. La llevaron á la sala destinada á las ciegas. La superiora, al ver las angustias de la pobre jóven, iba á dirijirla algunas palabras consoladoras; mas la advirtieron de su equivocacion, diciéndole

que aquella infeliz estaba tambien privada del uso del oido y la palabra.

Esta muger que la caridad ha consagrado al alivio de todos los dolores, se admira al encontrar por la vez primera unas penas inaccesibles á sus palabras y á sus desvelos, y las lágrimas de ternura encubren sus ojos habituados por tantos años al espectáculo de las enfermedades y del dolor.

Entonces quiso al menos estrechar la mano de la desgraciada que no puede oir su voz, ni corresponder á sus miradas. Victorina, sensible á esta demostracion, deseó reconocer de qué parte le venia tan afectuosa señal, y á tientas tocó el hábito tosco de la hermana. Al instante dá un grito lamentable y rechaza con espanto la mano que tan tiernamente apretaba la suya. Aquel tosco hábito ha disipado todas sus dudas y confirmado todos sus temores; ya no contuvo su desesperacion.

A su violento estado sucedió un profundo abatimiento; inmóvil en su asiento, la cabeza caida sobre el pecho, se parecia enteramente á una estátua en la que un hábil escultor hubiese representado el dolor mas agudo. ¿Quién podrá espresar ba-

jo qué horrible aspecto se presentó á sus ojos su nuevo destino? ¡Qué horrible es aquella soledad en que se vá á ver encerrada! Ya no tiene nadie que la oiga, ya se han roto todas las relaciones y los lazos que la unian con el mundo. Aquel hospital en su opinion no es el asilo de los padecimientos sino la reunion de todas las enfermedades mas penosas, de todas las dolencias mas temibles y contagiosas; todo lo que se la aproxima la hace temblar de horror, y solo con el ligero roce de algun vestido se recoge y repliega en sí misma como la sensitiva pundonorosa.

Pasados algunos dias, cuando las dos señoras volvieron á visitarla, la encontraron en el mismo sitio y en la misma actitud; parecia inanimada, y solo daban señales de vida las abundantes lágrimas que corrian de sus párpados cerrados, y los profundos suspiros que de cuando en cuando se escapaban de su agitado pecho. La superiora les dijo que habia costado mucho trabajo reducirla á que tomase algun alimento, y que la infeliz no podria subsistir mucho tiempo si no la sacaban del hospital. Las dos señoras sumamente enternecidas prometieron remediar todas las dificultades

pagando por sí mismas la pension de aquella pobre jóven, la que en efecto á pocos dias fue llevada á su colegio. Cuando vinieron á buscarla no queria creer tan inesperada felicidad, juzgando la ilusion de algun sueño encantador. En fin, no dejó esplayar toda su alegría hasta que habiendo entrado en el colegio reconoció el aire que habia respirado tanto tiempo.

Despues de haber recibido los abrazos de sus compañeras, que se agrupaban alrededor suyo, quiso reconocerlas una á una. Para esto pasaba ligeramente los dedos sobre sus cabezas, sobre sus brazos; tienta sus manos y sus vestidos, y nombrando á cada una por el signo que la caracteriza, la estrecha de nuevo en sus brazos con la mas viva ternura. Todas sus penas han desaparecido con la felicidad de este momento, y puede regocijarse enteramente, pues está segura de que su suerte ya no se cambiará.

Al concluir esta patética historia, otra nueva reflexion se presenta á mi espíritu. Sean las que quieran las penas que esperimenteis, niños mios, nunca dejeis de esperar en la bondad de la Providencia. Ella vela sobre todas las criaturas, nos prueba,

pero sus pruebas nunca son superiores á los recursos que podemos adquirir en el seno de la piedad. Finalmente, acordaos en todo tiempo que la desesperacion es una impiedad, y la esperanza es una virtud.

LAS ENCANTADORAS.

Hace ya largo tiempo que las encantadoras han cesado de darnos muestras de su poder, bien sea por medio de preciosos dones ó de terribles venganzas. Es tal su decadencia que podríamos dudar hasta si ha existido su poder, si la respetable autoridad del *Almacen de los niños* y otras obras de esta clase no nos tratasen de persuadir que sus cuentos maravillosos son pasages históricos indudables. Yo por ahora no os diré acerca de esta materia mas que consulteis cuando oigais ó leais algunas narraciones de encantos á vuestros padres y maestros, y os dirán lo que habeis de creer. Yo, no tratando de resolver lo que haya en la materia, adherido en mi niñez á tales maravillas, quiero lisonjear mi imaginacion para complaceros, limitándome á dar algunas luces sobre la oscuridad que envuelve el último periodo del poder de las encantadoras, para que formeis juicio por vosotros mismos con los datos que os presente, si con razon ó sin

ella se desvanecieron para siempre aquellos cuentos que habian hecho de la tierra un lugar de delicias; y en fin, si fue una fortuna que la milagrosa varita de virtudes fuese un dia arrebatada de las manos de la última encantadora; todo lo cual sabreis esactísimamente, porque estas noticias las adquirí de mi ama de leche, á quien se lo habia contado su abuela (1).

Las encantadoras (me decia la buena Margarita), á fuerza de dotar á los hombres de todas sus riquezas, á fuerza de escuchar sus votos y satisfacer sus deseos insensatos, habian cambiado enteramente la forma y la materia de todo lo que existe. Las espigas de trigo doradas por el sol, no movian á impulso del ligero viento sus cabezas compuestas de los granos preciosos que prometen á los hombres abundante y saludable alimento. Cada cosechero habia pedido para sus campos la riqueza de cien reinos; y las encantadoras que cuidaban entonces de los habitantes de las campiñas, se apresuraron á satisfacer sus deseos. A su voz cada espiga se transformó en un tubo de oro que acababa en un racimo de

(1) ¡Qué autoridad tan respetable!

diamantes. Las labradoras tuvieron entonces bonitos collares y demas preciosidades con que se adornaban para ir á bailar en las romerías; pero en cambio faltó el pan, los árboles se convirtieron en columnas de suntuoso mármol, las hojas en esmeraldas, y las frutas, en rubíes amatistas y topacios; de consiguiente faltaba tambien la sombra fresca de las arboledas; faltaba la madera para la construccion de las casas, navíos y muebles, y faltó por último la sabrosa y sazonada fruta que lisonjea el apetito y apaga la sed. Ya no hubo las ricas peras y manzanas que tanto os gustan á vosotros, niños mios. Nada, hijos mios, nada de esto se encontraba ya en los jardines. Llegaba la primavera, y en lugar de hermosas y olorosas flores, traía piedras preciosas que deslumbraban la vista con su escesivo brillo, pero inodoras. A esta seguia el estío sin que trajese las labores y placeres de la siega; la hoz del segador se mellaba al tropezar en los tubos de oro que habia en lugar de las sazonadas espigas; la piedra de molino estaba parada, porque aun cuando hubiese podido moler los diamantes, no por eso hubiera abundado la harina en la artesa del pobre, y en la ama-

sadera del panadero. Despues venia el otoño, mas triste aun que las dos estaciones que le preceden: ya no habia vendimias, pues en lugar de tintos y dorados racimos que antes colgaban de las cepas, solo habia granates y rubíes; y la viga del lagar que estruja los racimos, no hubiera hecho correr una gota de mosto al comprimir las piedras preciosas que el vendimiador habia deseado con tanta ansia ver colgadas de sus emparrados. Las campiñas, empobrecidas con tantas riquezas, estaban desiertas. Los labradores se morian de frio en el invierno. ¿Dónde encontrarían la paja necesaria para cubrir sus techos arruinados por la intemperie de las estaciones, si no habia mas que oro en los campos? ¿Cómo habian de recoger siquiera un miserable haz de leña, sino habia mas que mármol en los bosques? La tierra desleida con agua les alimentó algun tiempo; pero esta tambien desapareció del globo, porque no faltó quien quisiese ver correr de las fuentes licores finos y espirituosos, en lugar del líquido insípido que favorece con su corriente la fortuna del labrador, y lleva la salud á los paises que riega; fue preciso que las encantadoras subiesen al naci-

miento de los rios para cumplir este temerario voto; la madre de los rios se llenó de ron, aniseta, jerez seco, malvasía, crema de moka; los que saciaban su sed, morian en una terrible embriaguéz; la sed pasaba á los que no se atrevian á quebrantar su acostumbrada sobriedad.

La loca avaricia, que habia despoblado las campiñas, no era menos fatal á las populosas ciudades. Cuando se manifestaba un incendio, el líquido de las fuentes, lanzado á las llamas, les daba mas vigor y no cesaban sus estragos; hasta que no hallando que consumir quedaban las ciudades reducidas á cenizas antes que el fuego cesase. En las poblaciones no se veían mas que suntuosos palacios en lugar de sencillas casas; pero estos palacios no eran otra cosa que ricas soledades, en las que solo resonaba de tiempo en tiempo el eco lastimero de hombres desfallecidos, que así como el avaro que muere, lanzaban gritos de desesperacion, y conjuraban á las encantadoras que les habian hecho tan infelices dándoles tanta opulencia. "Volvednos nuestra miseria, les decian:" y las encantadoras les contestaban: "Nosotras no quitamos lo que ya hemos dado; habeis

acudido á nosotras para hacer fortuna, pues ahora llevad con paciencia vuestra felicidad deseada, porque no podemos cambiar lo que hemos hecho: la varita de oro que se nos ha confiado para cumplir vuestros deseos, no sabe destruir lo que ha construido; gozad de vuestros bienes, ya que los bienes terrestres eran únicamente vuestro deseo." Al oir estas palabras, los infelices que no encontraban alivio sino en la muerte, se arrojaban desde las altas ventanas de sus brillantes habitaciones; se sumergian en las ondas de sus deliciosos rios; se traspasaban el corazon con sus cuchillos de oro; se ahorcaban con sus collares de perlas y diamantes; el mundo, en fin, parecia que iba á desaparecer por un suicidio universal, cuando un sabio anciano, que satisfecho con una mediocre y laboriosa existencia no habia pedido nada á las encantadoras, continuaba en la labranza de sus tierras en medio de este enriquecimiento comun, dirigió al Supremo poder que gobierna lo terreno una fervorosa oracion en favor de los insensatos, ya bien castigados de su avaricia. La voz del sabio fue oida en lo alto: la tierra se cubrió de densas tinieblas; la ma-

dre de los rios se secó; el sol halló paso por entre los arbustos de mármol; un viento impetuoso se llevó sus hojas facticias, y sus frutos artificiales, que habian causado la desesperacion de los hombres. Se oyeron desplomarse los suntuosos palacios; llamas rosadas y azules, como las de los fuegos fátuos que se mueven por la noche sobre el agua de los estanques, se agitaban y cruzaban en medio de este gran desorden. Bien pronto se disiparon estas llamas una á una; y al tiempo que cada cual se estinguía, se oia salir una dolorida voz de aquel foco de luz. A este grito respondia otro mas poderoso: muere, *Urgada!* muere, *Lirgandea!* muere, *Titania!* y así es como se iban disipando sucesivamente los nombres de todas las encantadoras, acompañándolas este terrible decreto: al fin amaneció el dia, y con él la naturaleza recobró su primitivo estado; los campos se cubrieron de trigo; la cristalina agua volvió á correr sobre la arena y las menudas piedras; los árboles prometian hermosos y abundantes frutos; las praderas recobraron su verdor y sus matizados colores; la piedra del molino producia su cadencioso sonido, moliendo el grano con el que ha-

bian de hacer las ricas y sazonadas tortas. Se veían, sí, pobres como antes que volvian al trabajo; pero iban alegres pensando en la paga del sábado, que les asegura un dia de placer por semana, y lo necesario para los siguientes.

Los hombres dieron gracias al cielo por haberles vuelto á su primitivo ser, pidiendo tambien al mismo tiempo al árbitro de los destinos, que no tornasen á aparecer sobre la tierra los diamantes y piedras preciosas que les habian causado tantas desgracias.

Niños mios, ya habreis comprendido con cuánta razon desaparecieron de la tierra las horribles encantadoras; y vosotros no dejeis de apreciar siempre los verdaderos bienes que presta la naturaleza, y las bellezas que aprueba la razon, en vez de fantásticas dichas que solo existen en el delirio de una imaginacion acalorada.

CONTINUACION DEL PASEO POR EL RETIRO.

Eugenio. Papá, ¿cuándo vamos al retiro para ver los animales cuadrúpedos?

El Padre. Hijos mios, vuestra aplicacion me empeña á daros gusto en cuanto me pidais; complaciéndome mas por ver que de ello quereis sacar partido para vuestra instruccion, y así os prometo que irémos esta misma mañana: llamad á Enrique, y vamos ya que tan buen dia se presenta.

Enrique. Papá, yo tengo miedo.

Alejandro. No temas; ¿no te acuerdas que estan cerrados y no pueden salir?

El Padre. Vaya, vamos hijos; ya visteis el dia pasado las diferentes especies de aves; hoy quiero haceros conocer las de los cuadrúpedos; pero antes quisiera que viéseis una clase de animales que tienen alguna semejanza con la raza humana; les veréis dar unas zancadas y unos brincos descompasados; y estos son los monos, animales que aunque se parecen tanto al hom-

bre en la cara, orejas, manos y pies, y aun en muchas afecciones y maneras, son feos, asquerosos, traviesos, golosos, perezosos y suspicaces, indecentes y de mal ejemplo.

Eugenio. Papá, ya no me gustan los monos.

Enrique. Ni á mi tampoco.

Alejandro. Papá, vamos á otra parte.

El Padre. Sí, hijos mios; ahora veréis que animales tan grandes, y algunos de ellos muy feroces. Pero Eugenio, ¿por qué te arrimas tanto á mí? ¿A qué viene ese terror, Enrique? Alejandro, ¿has perdido tú tambien aquel arrogante valor que siempre ponderas? No, no temas; anda adelante con el oido muy atento, y siempre dispuesto á defenderte. Ya sé yo de dónde procede vuestro miedo. Habeis oido rugir al leon, y teneis formado mal concepto de este animal montés; pronto llegamos al desierto; estamos ya muy cerca del leon, y muy inmediato al tímido corzo; que está colocado al lado del tigre retozon, y de la feroz pantera. Cuando os dije que el retiro era un conjunto completo de todo lo que hay mas digno de notarse en la naturaleza, de que nuestro universo es-

taba enteramente habitado, os quise decir que el retiro era el arca de Noé, que encerraba todos los animales, y ahora los vais á ver; pero no habeis de tener miedo, vais conmigo, y ademas ́estan encerrados cada uno en su cuarto y con rejas muy fuertes de hierro. Mirad este primero que se ve allí con el ojo tan sereno, la crin tan larga y tan espesa, y cuya cola mueve con tanta fuerza como magestad, es el leon, el rey de los animales, de quien habreis oido algunos rasgos heróicos; y sino ya os contaré yo otra vez la historia de Andrócles en el circo romano, que luego que le reconoció el leon le salvó la vida; y tambien os diré la de aquella desgraciada madre de Florencia á quien el leon restituyó su hijo compadecido de sus lágrimas. Miradle bien, hijos mios, observad con atencion esa calma y dulzura con que sufre su encierro, y vereis que en él no hay malas inclinaciones; esos rugidos espantosos los dá cuando tiene hambre. Aquel perrillo que veis en su misma jaula, es su amigo y compañero; está siempre con él, porque este leon no quiere vivir solo, así como el leon de la torre de Lóndres, cuya historia tambien os contaré.

Vamos á ver otro animal muy hermoso; veis ese que está en frente con esa piel tan bonita, esas listas negras y algunas blancas en un fondo como rubio, tan vivo, tan vigilante, con esa mirada como lánguida, con las garras estendidas, que de un solo brinco cruza toda la jaula, pues ese es el tigre; de este si que no hay historia que le honre; gusta de la sangre y de la muerte, mata y engulle sin piedad. Es uno de los mas hermosos animales feroces que produce el África, esta *patria* de los *mónstruos*, como se decia en tiempo de Juvenal. ¿Quereis ver al oso?

Enrique. Sí, Papá.

Eugenio. Yo quisiera conocerlos á todos, pero que no me causáran miedo.

Enrique. No temas, ya oiste lo que dijo Papá, que no podian salir.

El Padre. Veis aquel mónstruo tan belludo, con el hocico largo, con los ojos como hundidos, con aquellas manazas tan grandes, que anda tan pesadote, y con esa especie de languidéz, ese es el oso. Este animal no toca á la carne, sino cuando no tiene otra cosa mejor: le gusta mucho el tocino gordo, las frutas, la miel y la leche; pero sin embargo, y á pesar de su

frugalidad, no os fieis de él; tiene toda la ferocidad de animal carnívoro, solamente que es mas flojo y cobarde, y por consiguiente menos peligroso.

¿Veis otra especie de tigre, cuya piel parece que está llena de remenditos, que os amenaza y enseña los dientes? pues esa se llama pantera. Buena fortuna teneis de que esté entre esas rejas de hierro tan fuertes, que sino ¡pobres niños!

Eugenio. Papá, ¿con que son tan malas las panteras?

El Padre. Sí, hijo mio; tan malas, que su celebridad la deben á su ferocidad; y si la oyeras gritar, aun te asustarias mas que del rugido del leon.

Ya habeis visto las fieras que nos ha enviado el África. Ahora vereis que tambien los Alpes nos han enviado las suyas. El lobo cerval que veis pasearse tan silencioso y á pasos tan largos: la hiena meditando sus crímenes, y las violaciones de los sepulcros: la zorra astuta con esa vista tan despavilada, que parece está preparándose para el asalto nocturno de corrales y cortijos, y devastarlos: la fina garduña olfateando la sangre: el puerco espin, herizando sus puas contra los enemigos ima-

ginarios; todos ó casi todos son de los Alpes; y estos, y los que vimos antes que todos, se mantienen de carne: les veis tan impacientes porque se va acercando la hora de comer, y esperan la presa para devorarla. Ved aquí, hijos mios, como ha llegado el hombre á reunir como en un rebaño los destructores de las florestas, con los bravíos y feroces huéspedes de los desiertos. Cuando habeis salido de sus guaridas sanos y salvos, podeis dar vuelta á toda la posesion sin temor de ser molestados, podeis entrar en los desiertos del Oriente, con la misma franqueza y el mismo valor que lo habeis hecho en los del África. Ahora vamos á recorrer los desiertos de la Siria. Mirad, en aquel grande edificio que hay á la izquierda, hallaréis reunidos unos junto á otros la zebra con aquellas hermosas manchas que la cruzan todo el cuerpo; el asno elegante del Bedouin; el camello, que es el caballo de aquellos paises; la gazella, especie de rebezo de África, que le da su leche. En fin, todos estos habitantes del desierto, los vereis allí tan mansitos, cariñosos, sumisos y prontos á prestar cualquier servicio que se les exija; han olvidado su patria por la nuestra: viven en fa-

milias entre nosotros; educan sus hijuelos: buscan el calor de las estúfas, olvidándose de su hermoso sol. Ahora vamos á ver aquella otra habitacion, y recorrerémos despacio el vasto refugio de los colosos cuadrúpedos, y observemos con cuidado el elefante: veis esa montaña de carne, puesta sobre cuatro pilares informes, que os estiende su trompa con cariño, pues es un elefante aun muy jóven.

Eugenio. Papá, ¿y éste elefante tan grande dice Vd. que es jovencito?

El Padre. Sí, hijo mio, aun no tendrá cuarenta años, y esta edad se llama de la juventud en un animal, cuya vida es de 150 á 200. Acercaos mas, no tengais miedo; el elefante es bueno, dócil y apacible; observad bien esa mole disforme, y vereis que en la nobleza y espresion de sus ojos no puede haber picardía. ¿No veis lo que hace con su trompa, con esa admirable mano que os la estiende como en accion de cariño?

Enrique. Papá, ¿qué comen los elefantes?

El Padre. Hijo mio, este coloso se mantiene con pan, arroz, fruta y forrage, ó cualquier otro alimento inocente. Dadle

vuestra torta, y vereis con que delicadeza se la come.

Eugenio. ¡Dios mio! si este animal fuese carnívoro sería horroroso.

El Padre. Ciertamente, hijo mio; pero al contrario, es noble con magestad, no consiente ultrages de nadie.

Ya habeis visto que en el retiro estan representados todos los paises; se conservan todos los mónstruos desde el mas menudísimo insecto hasta el coloso elefante. Todos estos los hemos visto vivos; pero hay otros que no pudiéndose conservar así, se conservan sus esqueletos, como vereis en el edificio llamado Historia natural, á donde dirigiremos nuestro paseo otro dia.

Eugenio. Papá, cuéntenos Vd. ahora lo que hizo el leon con Andrócles.

El Padre. Hijos mios, con mucho gusto satisfaré vuestra curiosidad antes que salgamos de este recinto, para que tengais la satisfaccion de observar que este animal es tan valiente como generoso.

EL LEON AGRADECIDO.

Un esclavo llamado Andrócles, no pudiendo tolerar los malos tratamientos de su amo, procónsul Romano en África, resolvió escaparse; lo que al fin pudo lograr con harto trabajo. Un dia que habia atravesado una espesa selva, se halló muy fatigado, y ya á boca de noche cerca de una caverna, en la que se entró para esperar llegase la mañana. A poco rato vió venir un formidable leon que se dirigia hácia donde él estaba. El esclavo se quedó muerto de miedo, pues creyó firmemente que le iba á devorar; mas el leon se acercó á él cojeando sin poder sentar una de las patas, la que le mostró cuando llegó á donde él estaba. Andrócles notó que tenia clavada una gruesa espina, la que sacándosela al momento, y haciendo tiras su pañuelo, envolvió la parte enferma con él. El animal agradecido le acarició; y sin hacerle mal ninguno, le permitió continuar su viage. Algunos años despues el esclavo cayó en manos de sus perseguidores,

los que habiéndole llevado á su amo, éste mandó que fuese destrozado por las fieras.

Ya que estuvo en el paraje destinado para ello, llamado la *arena*, soltaron un leon furioso que se dirigió hácia él para devorarle; mas cuando estuvo cerca se paró á mirarle, y habiendo reconocido que era el que le habia sacado la espina, se le acercó mansito meneando la cabeza y la cola, como dando á entender el placer que esperimentaba en verle. Todo el inmenso concurso que se hallaba presente se quedó sorprendido, especialmente el emperador, que mandando venir al esclavo le preguntó la causa de tan admirable suceso, y habiéndosela esplicado, le perdonó y le regaló el leon, que atado con una soguilla, se dejó ir á donde el esclavo quiso llevarle.

Alejandro. Papá, tambien nos ofreció Vd. contarnos la historia del leon de la torre de Lóndres, ¿quiere Vd. decirnos algo de ella?

El Padre. Sí, hijo mio, y en ella vereis un modelo de amistad.

EL LEON Y EL PERRITO FALDERO.

Para poder ver en la torre de Lóndres las fieras, era preciso pagar ó llevar algun perro ó gato que les sirviese de alimento. Uno que se dirigia á verlas, pilló en la calle un perrito faldero muy lindo, el que arrojó despues dentro de la jaula de un enorme leon. El perrito principió á temblar, y se postró delante del leon en la actitud mas propia para conmover sus entrañas. La fiera le rodea y olfatea sin hacerle el menor daño: visto esto por el que cuidaba las fieras, arrojó al leon un pedazo de carne, pero rehusó tocarla mirando fijamente al perro como invitándole á que la catase; el perrillo, recobrado de su miedo así lo hizo, y el leon se puso á comer con él. Desde entonces se profesaron la mas estrecha amistad; el leon acariciaba al falderito, y éste tenia la mayor confianza en el leon, en términos que habiendo venido poco tiempo despues el amo del perrillo á reclamarle, nadie se atrevió á separar á los dos animales.

Al cabo de un año el perrito cayó malo y se murió; el leon al pronto creyó que dormia, y le meneó con las garras para dispertarle; mas reconociendo que estaba muerto se puso furioso, los ojos centelleantes y la crin erizada, y en el acceso de su furor mordia los hierros y hacia saltar los pedazos del piso de la jaula. Echáronle perros vivos, mas al punto los despedazó. Finalmente, se tendió en el suelo arrimando á su seno el cuerpo de su amigo, único compañero que tuvo sobre la tierra, y así permaneció cinco dias sin querer tomar alimento, hasta que murió de debilidad y de tristeza, y le encontraron con la cabeza inclinada afectuosamente ácia el perrito faldero. Los dos inseparables amigos fueron enterrados en un mismo sitio.

¿Nos presenta la historia un modelo de amistad mas perfecta? Sirva de confusion á aquellos hombres cuya amistad se funda únicamente en las miras del interés.

Hijos mios, antes que salgamos de aquí quiero deciros algo del elefante.

Todos. Sí, sí, Papá.

Un elefante mató un dia al que le cuidaba, porque no le dió una cosa que le

habia prometido. La muger de aquel infeliz que presenció la desgracia, agarró sus dos hijos, y puesta delante del elefante le dijo: "ya que has muerto á mi marido mátame tambien á mí y á mis hijos." El elefante se contuvo, y como arrepentido cogió con su trompa al mayor de los chiquillos, y poniéndole sobre su cuello no quiso sufrir mas guarda ni conductor en lo sucesivo.

Queridos niños, ya es tarde, retirémonos á casa, hemos andado mucho, y estareis cansados.

Eugenio. No, no, Papá, no estamos cansados, aun volveríamos á dar otra vuelta por el Retiro y por el jardin Botánico si V. quisiera; el paseo por estos sitios no fatiga, es muy agradable, á cada paso se encuentran nuevos recreos y nuevos motivos de admiracion. ¿Volveremos otro dia, Papá?

El Padre. Sí, hijos mios. Vendreis muchos, y vendreis aun con mas gusto cuando sepais que todo lo que hay reunido aquí y en el jardin botánico, venido á tanto coste de los diferentes puntos del globo, todos son objetos del precioso estudio que muy pronto vais á emprender.

Los primeros pasos que deis en la Historia Natural los dareis en el jardin botánico y en el retiro. En estos sitios es donde aprendereis esta tranquila y apacible historia destituida de pasiones, de enconos, ambiciones, guerras, y los demas desastres de que tanto abundan las otras historias.

La Historia Natural no hará mas que presentaros la naturaleza tal como ella es.

Lo que os advierto antes que lleguemos á casa, mis queridos niños, es que no os olvideis de ir al corral y acariciar al perrito que estará deseando veros, como lo demostrará viniendo al instante á vuestro encuentro dando saltos de alegría.

¡Ojalá que veamos generalizado este modo de estudiar las costumbres é instinto de los animales! ¡Ojalá que ocupe la atencion de los sabios naturalistas, de lo que tantas ventajas sacaría la juventud estudiosa!

HIGIENE.

Alejandro. Papá, ¿qué nos vá V. á enseñar hoy?

El Padre. Hijos mios, si hubiese de llenar mis deseos os enseñaría de una vez todo cuanto hay que saber, á fin de que sirviéndoos de ello pudiéseis haceros dichosos; pero no siendo posible á la debilidad de nuestro entendimiento comprender las cosas sino poco á poco, es preciso que nos acomodemos á una enseñanza pausada sin abrazar muchas materias á un tiempo.

Eugenio. Papá, ¿de qué materia nos vá V. á hablar hoy? yo tengo gana que V. principie, porque me gusta mucho saber.

El Padre. Hoy, hijos mios, os voy á hablar de una materia muy importante, como lo es la de la conservacion de nuestra salud, evitar las enfermedades y prolongar nuestra vida cuanto sea posible; y la facultad que trata de esta materia es la que se llama higiene.

:

Henrique. Papá, vamos, vamos, y atendamos á lo que V. nos diga.

El Padre. En higiene, hijos mios, las principales cosas que hay que considerar son:

1.º El aire.
2.º La comida y bebida.
3.º El movimiento y reposo.
4.º El sueño y vigilia.
5.º Las secreciones y excreciones.
6.º Las pasiones y afectos del alma.

§ 1.º

Del aire.

En las observaciones higiénicas ocupa el primer lugar el aire, sin el cual ningun animal puede vivir, porque quita ó entretiene la vida segun la bondad ó malicia de sus cualidades.

Evitad, hijos, con prudencia el aire demasiado caliente ó el muy frio. El primero disipa la parte serosa de la sangre, aumenta el volúmen de la bilis, seca y espesa los humores, y hace nacer las fiebres biliosas é inflamatorias.

El aire caliente y seco debilita el cuer-

po, y le pone lánguido, es dañoso sobre todo á las personas flacas; para estas el húmedo es mas favorable.

El aire frio detiene la traspiracion, entumece los sólidos, condensa los fluidos, y produce las afecciones reumáticas, las inflamaciones, etc.

Los paises en que reina un aire templado son los mas saludables. En tiempo de calor habitad en los aposentos bajos, y que salgan al norte; regad las habitaciones, y adornadlas de vasos ó jarros de flores, mientras esten las ventanas abiertas, mas de ningun modo las dejeis dentro por la noche.

En invierno retiraos á aposentos que tengan las ventanas al mediodia, disminuid el rigor del frio por medio del fuego que se mantendrá en estufas ó en las chimeneas; pero renovad el aire de las habitaciones de cuando en cuando.

Si el aire es demasiado húmedo destruye la elasticidad de los sólidos, disminuye las exerciones y secreciones, hace predominar los humores mucosos y serosos, y sujeta el cuerpo á diferentes enfermedades como fiebres pituitosas, pútridas é hidropesías.

El peso del aire hace un gran papel en nuestra organizacion. Él es el que retiene los fluidos dentro de nuestro cuerpo é impide que broten afuera. El sabio Haüy ha calculado que la columna de aire que gravita sobre un hombre de mediana estatura pesa 33.600 libras.

El aire para que sea benéfico ni debe ser muy pesado ni muy ligero; en este último caso irrita los órganos, no resiste bastante á la sangre de los pulmones de donde nace, porque estos se atascan y forman ostáculos á la sangre, y algunas veces la aurícula derecha se rompe por efectos de esta causa, y producen una muerte repentina; pero estos accidentes suceden de ordinario cuando el peso del aire disminuye de repente. Siendo muy pesado, como cuando el barómetro está á menos de 26 pulgadas, sobrecarga los pulmones, causa indisposiciones de cabeza, y perjudica sobre todo á las personas nerviosas y delicadas.

El aire, que no es un elemento, es decir, una materia simple como se ha creido hasta fin del siglo XVIII, es sí compuesto de diferentes materias á que los físicos lla-

man gases, y los que entran en su composicion son:

Gas oxígeno.	21	respirable.
Gas azoe.	78	no respirable.
Gas ácido carbónico.	1	
	100.	

De esta combinacion de fluidos resulta el peligro que hay en respirar tal ó tal aire; por ejemplo, el de los aposentos cerrados en que hay muchas personas ó varios animales, flores ó frutas, donde hay mucho fuego ó muchas luces, y se quema mucho carbon; las iglesias, hospitales, teatros y todas las grandes reuniones ofrecen casi siempre una atmósfera insalubre que puede ocasionar desmayos, síncopes, enfermedades pútridas, y aun la asfisia ó muerte aparente de que puede resultar la verdadera.

La proximidad de los pantanos, tenerías, cementerios, cloacas, lagunas, cisternas, inmundicias de las calles, montones de estiércol es muy dañosa á la salud á causa de las exalaciones pútridas que se desprenden.

Huid del viento del mediodia; lo me-

jor es habitar en una campiña descubierta, ó en una agradable colina. Aquí es donde se goza la frescura del céfiro y un aire contínuamente renovado por los vientos que darán agilidad á los miembros, vigor á los nervios y una buena disposicion á vuestro entendimiento.

(*Se continuará*).



CONSEJOS DE UN PADRE Á SU HIJO CUANDO ESTABA PARA SALIR Á VIAJAR.

Hijo mio, vas á correr por el gran mundo, y á tener que tratar con muchas personas, y rozarte con cosas que si no vas prevenido para conocerlas, facilmente incurrirás en errores, y debes por lo mismo fijar en tu memoria algunas máximas que te liberten de los males á que sin ellas irias mas espuesto por donde quiera que viajáres.

Hijo mio, un buen oficio es un tesoro; puedes llamarte rico mientras tengas un ochavo en el bolsillo, y ninguna deuda escrita en libros de otros. Yo principié sin un cuarto, y en el dia Dios ha bendecido mi trabajo, y tengo bienes y reputacion. Para perfeccionarse en su destino conviene viajar, y para hacerlo con fruto es menester no dejar pasar nada sin enterarse bien de ello y preguntar: ¿Para qué sirve esto? ¿Qué es esto? ¿Cómo se fabrica esto? Si no viajas de este modo vale mas que te estes en casa; verás árbo-

les verdes, casas blancas y hombres con dos piernas, esto lo mismo lo puedes ver aquí. Yo sé de algunos que han viajado y que no han visitado mas que las casas de recreo y de disipacion de las grandes capitales que han recorrido.

Así como por las facciones del rostro se puede juzgar de las buenas ó malas cualidades de una persona, así se puede juzgar de las poblaciones por su aspecto esterior. En pueblo que tu veas muchas tabernas, está seguro de encontrar poca economía y muchos holgazanes malas cabezas. Si no encuentras á los trabajadores en el campo desde el amanecer, los encontrarás en la taberna aun despues de anochecido.

Cuando oigas frecuentemente repicar las campanas anunciando dias de fiesta y de reposo, échate cuartos sueltos en el bolsillo para distribuirlos á tanto pobre como encontrarás.

La ciudad en que se ven por el dia bonitos coches, y no hay faroles por las noche en las calles, se parece á la coqueta que lleva vestido de seda y la camisa hecha girones. Donde falten las leyes, tendrás á tus puños por protectores natos, y donde encuentres ordenanzas y reglamen-

tos á cada paso, guárdate de los escribanos y alguaciles. No te detengas en pueblo en cuyas calles crezca la yerba, y cuando veas muchas jóvenes flacas y pálidas, es señal de que hay mas salas de baile que de trabajo.

No juzgues de la religiosidad de una poblacion por el número de los campanarios, ni de la de un lugar por la riqueza de su iglesia, ni del caudal de un hombre por su elegante vestido, ni de los buenos géneros de una tienda por la pomposa muestra. Todas estas son cosas para engañar á la gente crédula: la verdadera piedad es modesta, el mas rico es por lo regular el de trage mas sencillo, y el buen paño en el arca si vende. Si quieres habitar en un pais feliz, vete á aquel de que menos hablen las gacetas.

Donde los aldeanos saludan á los señores inclinándose hasta el suelo y les besan la mano, no te detengas, pues sin duda hay en el pais alguno á quien temen mas que aman, y si no caes en sus garras, sus esclavos te engañarán. Para saber si una poblacion es grande ó pequeña no necesitas dar la vuelta alrededor, ni trepar á alguna torre, observa solamente si ves mucha gente que se saluda por las calles, y cuantas

mas cortesías veas, mas pequeño es el lugar.

Si pasas por pais en el que veas los caminos bien cuidados, y los lados plantados de árboles frutales; sobre todo, donde no encuentres tierras eriales ni terrenos baldíos de que nadie se aprovecha; donde el estrangero es acogido cordialmente; donde los mendigos no importunan en las puertas, y donde las escuelas y hospitales son los mejores edificios, párate allí, hijo mio, pues es pais habitado de buenas gentes que saben donde tienen sus cinco sentidos. Si por el contrario ves pobres cabañas alrededor de un rico palacio, pasa aprisa, pues dentro estan llorando.

Desconfia de los lugares en que todas las noches hay juego de cartas, y en los que no se determina negocio de ninguna clase sin convite al canto, pues no hay necesidad seguramente de que el estómago dirija la cabeza: el estómago no raciocina.

Para que todo vaya bien en un pais no es menester que la autoridad se ocupe de las mínimas cosas, pues entonces sin duda olvida las mayores.

Donde te hagan esperar en la antesala, y te pregunten tu nombre antes de saber

si el señor está en casa, está seguro que se temen visitas de acreedores, y si puedes entenderte con el amo sin el conducto de los criados te tendrá mejor cuenta.

Donde hay muchos cafes y villares se juega y se bebe mucho, y no se trabaja nada; si los jóvenes y los artesanos se estan fumando toda la mañana no se cultivarán las artes, y se envidiará á los estrangeros que muestren mas industria. Donde las escuelas son grandes y los profesores mal pagados salen todos ignorantes.

Dios te libre de caer malo, ó tener pleito en aquel parage en que haya mas abogados y médicos.

Basta con esto; aunque no te lo he dicho todo, sigue mis consejos, pregunta mucho, haste mas ignorante de lo que eres, y todos procurarán instruirte. Alaba todo lo que encuentres digno de serlo, pero no vituperes sin miramiento lo que hallares vituperable, que éste es el medio de ganarse los corazones.

EDUCACION DEL BELLO SEXO.

Artículo 2.°

La Madre. Queridas niñas mias, ¿os parece que os tenia yo olvidadas?

Isabel. Sí señora, porque Papá todos los mas de los dias enseña alguna cosa á los hermanitos, y V. nos dice muy poco, y de tarde en tarde.

Eugenia. Sí, sí, Mamá, yo tambien estaba disgustada con eso.

La Madre. No os incomodeis, hijas mias; yo os quiero como Papá á vuestros hermanitos, y no os he dejado de enseñar lo mismo que aquel, aunque no sean las mismas cosas. Las mugeres deben prepararse á trabajos diferentes que los de los hombres, porque su destino es otro en la sociedad; y algun dia conocereis que no he tratado perdais el tiempo en vuestra enseñanza: por ahora voy á hablaros de la educacion de nuestro sexo, para que no os disgusteis, si yo no hago con vosotras lo que algunas madres hacen con sus hijas.

Isabel. Bien, Mamá, díganos V. lo que quiera, que oiremos con mucho gusto.

Eugenia. Sí, Mamá, y haremos lo que nos mande, porque queremos ser buenas, y V. nos enseñará lo que hayamos de hacer para conseguirlo.

La Madre. Hijas mias, la naturaleza misma es la que ha determinado el género de ocupaciones á que se deben entregar los dos sexos. Los hombres estan destinados para aquellas que exigen fuerza, aplicacion y actividad. Es menester que tomen las armas para la defensa de la patria, como será preciso muchas veces mientras que no dejen de dominar al corazon humano, como por desgracia dominan la avaricia, la ambicion, la envidia, la venganza y otras pasiones desordenadas, con cuyo impulso los hombres se persiguen y se destrozan mútuamente, cuando dirigidos por la razon debieran vivir todos en paz. Que se sienten en los tribunales para pronunciar los oráculos de la justia, que consagren sus talentos á la causa de la religion, de la moral y de la inocencia.

A ellos pertenece cultivar las tierras, edificar ciudades y navíos, unir los pueblos mas remotos entre sí por medio de las

relaciones comerciales, ejercer las artes mas dificiles y los oficios mas trabajosos. Su deber es, por decirlo así, renunciar á la sociedad doméstica para consagrarse á los intereses de la universal, que reclama sus talentos, sus tareas y sus esfuerzos.

Las mugeres concentradas por la debilidad de sus órganos y por la naturaleza de sus deberes en la esfera de la sociedad doméstica, no estan destinadas en general sino para los deberes que de ella dependen.

A ellas pertenece criar á sus hijos hasta la edad de la razon, y aun mas adelante velar sobre los pormenores del ajuar, como tambien de todo cuanto puede contribuir á establecer el orden y la paz en su casa, que es su verdadero elemento, y fuera del cual no pueden esperar consideracion alguna ni como madres ni como esposas.

Les interesa, pues, responder al voto de la naturaleza y de la sociedad entera, y acostumbrarse gustosas á las ocupaciones domésticas. Pues si desde su juventud no se aficionan á las labores á que se han de sujetar hasta el fin de su vida, la ociosidad les hará insoportable la vida sedentaria á que su sexo está condenado, y sin duda

por distraerse se precipitarán en escesos que serán bien pronto reemplazados por los remordimientos.

¿Mas en qué consisten aquellas ocupaciones? Para evitar el peligro de engañarnos consultemos á las buenas madres de familias y á las esposas, que penetradas de la importancia de sus deberes no hacen caso ninguno de las preocupaciones del mundo ó de las máximas de la moda. Ellas nos responderán que despues de las prácticas religiosas las ocupaciones del bello sexo son las que tienen por objeto el bienestar de la familia, el buen orden de su casa, vestidos, alimentos, limpieza, salud del marido y de los hijos, conducta de los criados, economía de los gastos de casa, y conservacion de los diversos muebles. Todo lo demas es solo un *simple* accesorio; así el estudio de las ciencias y bellas artes no son mas que medios de distraccion y recreo que suponen otras ocupaciones mas útiles é importantes. Estas deben ser las de primera atencion, y no las que erroneamente se piensa dan aprecio al bello sexo por mas que se les quiera cohonestar con el atractivo nombre de habilidades, si estas no estan reducidas como comunmente su-

cede, sino al canto, al baile, á la moda en adornos y aparatos de pura esterioridad llevan solo una bondad aparente, que analizada por la razon se hará despreciable como la cosa mas perjudicial. Nuestro adagio castellano dice: *el ajuar de la tiñosa todo albanegas y tocas.* Con lo que se significa que algunas mugeres gastan en adornos esteriores y supérfluos lo que deberian emplear en cosas necesarias.

En cuanto á los deberes religiosos, como los mas importantes, ya se tratará de ellos en particular en el discurso de este periódico; ahora nos ocuparemos de los que pertenecen directamente al gobierno de la casa.

Cuando los hombres vivian en la simplicidad de la naturaleza, y que las riquezas no habian introducido las distinciones que vemos en el dia, todas las mugeres se entregaban á los quehaceres domésticos sin distincion de clases. La hermosa Rebeca iba á la fuente vecina á sacar agua para que bebiesen los rebaños de su padre. La casta Penelope, esposa del rey de Itaca, se ejercitaba en labores de aguja. Lucrecia, á quien su virtud y su muerte han inmortalizado, se hallaba hilando cuando la vi-

sitó el hijo de Tarquino el Soberbio. Aun en tiempos posteriores Augusto, señor del mundo conocido, no se ponia otros vestidos que los trabajados por la emperatriz Livia, su esposa; y nuestra reina Isabel la Católica hacia lo mismo con su esposo Fernando.

Mas luego que las riquezas fueron el patrimonio de un corto número de personas, las mugeres opulentas desdeñaron las espresadas ocupaciones, y las confiaron á gentes asalariadas. En el estado actual de costumbres y de civilizacion, estamos muy lejos de pretender que cierta clase de señoras se dediquen á los trabajos domésticos; pero hay un medio entre un descuido absoluto y una actividad que todo lo abrace. Una cosa es tener una desconfianza ciega en los que manejan nuestros intereses, y otra una sabia vigilancia con las personas que se emplean en los trabajos domésticos.

(*Se continuará*).

ECONOMÍA DOMÉSTICA.

Modo de limpiar perfectamente las obras de mármol, porcelana, etc.

Isabel. Mamá, ¿con qué se limpiará la mesa de mármol que hay en la sala?

La Madre. Te lo diré, hija mia.

Eugenia. Sí, sí, Mamá que yo quiero limpiar tambien la porcelana que compró Papá en las ferias.

La Madre. Para esto, hijas mias, se preparará un baño compuesto de una parte de ácido nítrico y cincuenta de agua. Si el objeto es poco voluminoso, bastará sumergirle en el baño, y queda limpio casi en el momento de la inmersion, y basta enjuagarle en agua clara y fresca, y dejarle al abrigo del polvo. Por este método se ha restituido su valor á obras muy preciosas.

BIOGRAFIA.

Maria Estuardo, reina de Escocia, célebre por su hermosura, sus talentos y sus desgracias: nació el año de 1542, era hija y heredera de Jacobo V, rey de Escocia, el que murió cuando ella no tenia mas que ocho años. A la edad de dos la llevaron á Francia, en donde recibió una esmerada educacion, y se casó con el Delfin, pero habiendo este muerto dos años despues volvió á Escocia. En 1565 se casó con el lord Danley, al que hizo proclamar rey, y tuvo de él un hijo que luego fue rey de Inglaterra con el nombre de Jacobo I. En 1567 su marido fue asesinado, siendo el autor del complot lord Murray, hermano natural de la reina. Està se volvió á casar de allí á poco con el conde de Bothivel, á quien se atribuia la muerte de Darnley, y este nuevo enlace fue el orígen de todos sus males, y exasperó contra ella á la nobleza y al pueblo; su marido tuvo que huir del reino, y ella fue encerrada en el castillo de Lochleven, de donde se escapó y se retiró

á Hamilton Casble, mas habiendo sido derrotados los lores de su partido, tuvo que volver á huir. Pasó á Inglaterra á invitacion de la reina Isabel, que al momento mandó que la aprisionasen y juzgasen, y fue sentenciada á muerte con violacion de todas las leyes y una perfidia sin ejemplo. Fue decapitada el 8 de febrero de 1587 en el castillo de Fothering-Gay, y enterrada en la catedral de Petersborong.

Al advenimiento de su hijo al trono su cuerpo fue trasportado á Westminister, y honrado con magníficas exequias.

EDUCACION DE SORDO-MUDOS.

Nomenclatura. Clasificacion de sus objetos.

Eugenio. Papá, ¿con qué hoy vamos á ver la segunda leccion de los sordo-mudos?

El Padre. Sí, hijos mios, y en ella haré una aplicacion de la primera, clasificando detenidamente los objetos de su nomenclatura.

Alejandro. Papá, pues estas lecciones tambien pueden servir para los niños que hablan, como para los sordo-mudos, y aun me parece que se ahorraría tiempo y trabajo.

El Padre. Sí, hijo mio, mi objeto al presentar estas lecciones es dar á conocer el medio de que me he valido para poner en relacion á los infelices sordo-mudos con los que no lo son, y al mismo tiempo he conocido que este mismo método puede ser de la mayor utilidad para todos los demas niños de sentidos espeditos, como lo acreditará la esperiencia.

En esta leccion pongo de nuevo en la

mesa los mismos objetos, cuyas figuras habian servido para abrirnos por primera vez las puertas de la inteligencia, los hago dibujar como en la primera leccion. Al principio creen que voy á renovar el primer ejercicio; pero ¡qué sorprendidos quedan cuando alrededor de cada figura dibujada me ven trazar loscaractéres cuyas formas conocen y saben trazar, pero cuya razon y valor ignoran aun! En este estado escribo á una esquina del encerado todas las letras de nuestro alfabeto, hago observar que estos nuevos caractéres escritos alrededor de cada figura tienen sus análogos á la esquina del encerado. Estos rasgos, que no designan ni representan nada, y que parecen ser el juego de un clarion que se ejercita sin intencion, son aun un enigma para los infelices sordo-mudos. En sus ojos y en su fisonomía toda, se lee la sorpresa y la curiosidad. Aprovecho esta ocasion, y hago contar los caractéres haciendo que los dedos sean nuestras primeras cifras; cada uno vale una unidad. Hago observar la forma de cada carácter, y procuro hacer entender por mis signos, que tiene necesidad de retenerlos bien, é inmediatamente borro la figura, haciéndoles cono-

cer que los caractéres estan destinados á reemplazarla; y aunque no hay una seguridad de ser comprendido, la facilidad de hacer el ensayo y dar la prueba de ella sostiene la ilusion. Borro el dibujo que figura el cuchillo, y entonces es cuando se conoce bien el abuso que hacen los que sin tener aun el uso de los signos de los sordo-mudos, creen ser comprendidos cuando hacen por casualidad signos que no estan en la naturaleza, y no teniendo un valor de convencion, no pintando nada á los ojos no pueden decir nada al entendimiento.

Sin embargo, aun llegado este caso no puedo contar con que los discípulos me hayan comprendido; creo no haber hecho mas que aumentar su sorpresa; falta dibujar de nuevo el mismo objeto, y escribir las letras por cima de la figura, y no á su alrededor, cuidando no borrar nada de aquella, la cual se halla entre las letras que cubriéndola en su estension, figuraban el cuchillo. Acerco mas el cuchillo á esta figura informe y rara, pero mas fácil de trazar que el dibujo; y para manifestarles que esta manera de dibujar los objetos no es tan estraña como les parece, se llama á

uno de los espectadores que sepa leer, se le muestra lo escrito, y el sugeto toma inmediatamente el cuchillo y lo enseña. El mudo queda asombrado; no concibe á primera vista cómo las letras podian servir de imágen á los objetos y representarlos de una manera tan cierta y tan pronta. Les hago contar por segunda vez los caractéres, dejo de escribirlos alrededor de la figura, y sí solo siguiendo la forma del cuchillo, y al cabo de algunas lecciones consiguen vencer la dificultad.

¡Qué alegría tan particular esperimentan, cuando borrando los caractéres que yo trazo, y no dejando subsistir mas que los suyos, cualquier desconocido me presenta el mismo objeto á la inspeccion de los caractéres del discípulo, ensayo aun informe; pero muy esacto para que se hallase allí el nombre del objeto!

Me apresuro á enseñarles en el alfabeto escrito á una esquina del encerado el almacen de estos nuevos colores; al principio parece como que les espanta la dificultad que esperimentan en reunir y retener estas diversas formas. Pero combinando de muchos modos los caractéres que sirven para designar un objeto, les hago ver que no

hay mas que uno solo justo, uno solo que pueda servir para representar el objeto, que una letra de mas ó de menos, y el menor error en su colocacion, haria la combinacion inútil. Es menester condenarse á retener bien, no solamente el número de todos los caractéres que en adelante deben tener el lugar de la figura y servir para formar los objetos, sino tambien á no engañarse jamás con respecto á su lugar particular y relativo.

Cuando llegan á este caso, aprenden toda la ventaja, y toda la dificultad de la escritura sin saber aun el nombre de esta maravillosa invencion. Cada objeto que tienen que manifestar con estos nuevos caractéres, les parece una grande ciencia dificil de adquirir, y se les vé abatirse mas de una vez, en cuyo caso es menester reanimar su valor haciéndoles entender que hay en su cabeza una especie de lienzo donde van á pintarse uno á uno, y sin el menor esfuerzo por su parte, todos los objetos que hieren su vista. Les hago conocer que sus ojos son como unos espejos de donde se reflejan sin cesar los objetos, que del cristal pasan al lienzo; haciéndoles entender que estos caractéres pasan al cerebro del mis-

mo modo, colocándose y conservándose sin ningun esfuerzo. Les digo por signos comparativos que el hábito de ver la reunion de estos caractéres formando tal combinacion, siempre la misma, los ligarían de tal modo en sus cabezas, que no se separarían mas en ellas que lo estaban en el encerado en que los ven escritos.

Todo lo que se dirige en este momento á unas inteligencias tan poco ejercitadas aun, no pasan, es verdad, á su alma; se pierde alguna cosa, pero no tanto que permita dudar, que el consuelo no entra en su entendimiento á medida que se trabaja en hacerles entender por signos lo que les manifiesto aquí.

Sus fuerzas parecen renacer; su valor se reanima; sus ojos indican que el temor hace lugar á la esperanza, y la felicidad á la desesperacion.

Abandonado el dibujo desde este momento, lo sustituyo con la sola escritura. Se deja entender bien que nos preservamos, aun en estos principios, del método de escribir las letras aisladas, y que no forman ninguna palabra en el orden que presenta nuestro alfabeto. Continuamos designando los objetos por medio de estos nue-

vos rasgos, á los cuales no tenemos necesidad de dar ningun nombre.

Así es como escribimos palabras, pero sin saber que sus elementos son las letras; y mucho menos que estas sean consonantes ó vocales, y se deja conocer bien que no pueden existir aun para nosotros ni unas ni otras: nos importa poco saber aun el nombre de estas pequeñas reuniones de letras que se llaman palabras. ¿Cómo pudiéramos aprender la gramática y sus términos técnicos, cuando no tenemos aun una lenga hecha; cuándo apenas tenemos algunas ideas fugitivas para fijarla?

Llegado este caso, sería preciso manifestar todo, nombrar todos nuestros volúmenes, todo escribirlo: los mudos me presentan cuanto ven y cuanto sus ojos buscan, todo lo quieren nombrar. ¡Hijos mios! cómo gozan en proporcion que su nomenclatura se aumenta; y que enriquecen de nuevos nombres su dichosa memoria. No pasa dia en que no aprendan mas de cincuenta nombres, posesionándose á su vez del signo de los mismos objetos cuyas denominaciones les hago escribir de modo que por un dichoso cambio, cuando yo les enseño los signos escritos de nuestra len-

gua, ellos me enseñan los *mímicos* de la suya. Así es como nos preparamos á trabajar en lo sucesivo en esta pantomima, que yo perfecciono á medida que mis discípulos me la descubren con sus gestos.

Los sordo-mudos en esta leccion saben ya casi todo lo que ven; se han formado una especie de diccionario portátil, que les ofrece á su voluntad la figura y el nombre de todos los objetos que encuentran, ya en las habitaciones, en el jardin, en las calles, en el paseo, &c. Es llegado el tiempo de descomponer estos objetos y de enseñarles que cada parte tiene como el todo un nombre que la distingue de la otra parte; que por ejemplo en el cuerpo del hombre la parte superior tiene un nombre que la distingue de la base; que las dos columnas sobre las cuales se tiene de pie, y que le sirven á trasportarse de un lugar á otro, han obtenido así como sus dos brazos y sus dos manos un nombre particular. Es menester enseñarles á descomponer la cabeza, donde se hallan los órganos mas delicados, los sentidos mas perfectos; que todo es en ella interesante, y que cada parte merece un nombre que no permite confundirle con ningun otro.

¡Qué orígen de nuevos conocimientos para unos niños, que no sabiendo aun mas que el nombre de los objetos considerados solamente en conjunto, ven cada objeto presentarse bajo una multitud de formas que parecen multiplicar los mismos objetos haciendo de cada uno de ellos una especie de pequeño universo!

Analizo la cabeza con estos desgraciados, y les hago observar este cráneo que el Criador ha formado de una materia tan dura para hacerle en algun modo invulnerable, sirviendo de bóveda ó cubierta de la sustancia mas blanda, á donde van á terminar todos los nervios; pero no es tiempo de hablar á los sordo-mudos de toda su dignidad y de su escelencia, porque no podrian comprenderme.

(Se continuará.)

INSTRUCCION DE CIEGOS.

De la memoria de los ciegos.

La memoria de los ciegos, hijos mios, es prodigiosa, y este fenómeno tan cierto en su existencia como desconocido en su naturaleza, ¿consistirá como se cree generalmente en que no se distraen por la vista? Ó ¿habrá en su organizacion alguna causa que desarrolla de una manera especial la memoria? Sea de esto lo que fuere, aunque la causa ocasional de que depende aquella facultad en su ejercicio y en sus funciones, quedará probablemente por descubrir para siempre, echaremos una ojeada rápida sobre esta preciosa prerogativa del hombre, y examinarémos de dónde puede depender la superioridad de la que observamos constantemente en los ciegos. Se ha comparado la memoria á un almacen en forma de archivo donde se conserva en depósito la impresion que recibimos mas ó menos exacta de una infinidad de cosas, cuya imágen y sensacion hemos

recibido, impresion que nuestra alma reanima para volver á servirse de ella segun la necesidad, y que despierta y da en cierto modo una nueva existencia á las ideas y á las imágenes de las cosas que ha conocido en tiempos muy anteriores. Loke la comparaba á una lámina de cobre en la cual se hicieran varios caractéres que el tiempo borra insensiblemente si no se reforman algunas veces con el buril. Mallebranche dice, que consiste en las señales que los espíritus animales han impreso en el cerebro, las que son causa de la facilidad que tenemos en acordarnos de las cosas, añadiendo que la causa de que los viejos pierdan la memoria de lo pasado, consiste en que sus fibras estan envueltas de humores que no pueden disipar, y por consiguiente faltas de accion.

He citado aquí esta última definicion de la memoria, dada por un hombre célebre, para probar cuánto debemos á las ciencias fisiológicas por la precision y esactitud que los modernos emplean en sus definiciones; porque si el nombre de Mallebranche no imprimiese un cierto respeto, no podríamos menos de calificar esta ridícula definicion de la memoria, como

una verdadera chochéz vacía de sentido y de razon.

Hay, pues, en el hombre una memoria de sensacion y otra de inteligencia: la primera le recuerda las percepciones de los sentidos físicos, y la segunda la de sus reflexiones, sus juicios, y sus raciocinios; de ésta segunda memoria de inteligencia es justamente de la que los ciegos estan eminentemente dotados; y aunque es cierto que estan privados del medio que les ofrece los ojos á los que gozan de vista, de formarse una memoria artificial, quizá tienen una interior que resulta de la gran facilidad que poseen de analizar, como demostraré despues.

Por la relacion del P. Charlevoix se ve que en el Japon confian á los ciegos el cuidado de conservar en su memoria los acontecimientos mas importantes. Los anales del imperio, las historias de los hombres célebres, los antiguos títulos de familia, no son mas que monumentos ciertos de la memoria de estos ilustres ciegos, que comunicándose los unos á los otros sus conocimientos, forman una tradicion histórica contra la cual ninguno se atreve á sentar nada en falso. Tienen academias donde

toman grados, y donde se ejercitan, no solamente en cultivar su memoria, sino tambien en poner en verso lo que saben, y adornar con todas las gracias de la poesía y de la música los mas hermosos rasgos de la historia. Tienen su general, sus oficiales, sus magistrados, y gozan de una consideracion muy distinguida.

Algunos filósofos han imaginado muy ingeniosamente para encontrar una razon física del inconcebible fenómeno de la memoria en nuestro cerebro, una especie de *clavicordio natural* compuesto de un infinito número de cuerdas, entre las cuales hay una inmensidad que estan unisonas entre sí, y en las que del mismo modo que en un clave artificial la cuerda herida mueve y hace estremecer á la que está unisona con ella sin herir á las demas. Ved como bajo de esta hipótesis se efectuará la memoria en nosotros; v. g. pronunciando por ejemplo el nombre de Alejandro hace una impresion en nuestro oido, y agita en el sensorio la fibra á cuya conmocion está adherida en nuestra alma la idea de Alejandro. Herida esta, hiere sucesivamente todas las que estan á su unísono, que se han movido simultáneamente

al tiempo que leimos la vida de este gran capitan. Conmueve el alma por las diferentes fibras, cuya vibracion debe hacer renacer y revivir todas las ideas sucesivas que han existido anteriormente en nosotros en cuanto á Alejandro, y por esto nos acordamos que fue hijo de Filipo, que avasalló la Grecia, que destronó á Darío, que invadió el Asia, que venció á Poro, que asoló el Egipto, y que por último murió en el sitio de Babilonia.

En las memorias perfectas el sacudimiento de una de estas fibras comunica la conmocion á todas las demas, porque todas estan al unisono; pero en las débiles ó que no retienen, hay vacíos, porque algunas fibras con antelacion al unisono aflojan y pierden la armonía, y perdida una vez, quedan unidas y sin movimiento. De este mecanismo es del que se juzga se sirven los ciegos con mas facilidad que los que tienen vista. Así se evitará cuidadosamente cuando se les quiere instruir, hacerlos pasar rápidamente de una idea á otra, sobre todo cuando estas son incognexas, y que deben dejar entre sí un gran número de huecos sin llenar. Al contrario, se procurará procediendo analíticamente reu-

nir á lo que ya conocen lo que se quiera hacerles conocer, y al efecto se estimulará una fibra para que esta mueva á su inmediata, y de esta manera son las impresiones mas profundas y permanentes: ademas que los ciegos tomándose el tiempo necesario para hacer bien sus trabajos, siempre obran sucesivamente y nada les choca tanto como la incoherencia.

Helvetius dijo; que una gran memoria es un fenómeno del orden: que es las mas veces facticia, y que entre los hombres bien organizados proviene menos del órgano que la produce, que de la desigualdad de atencion en cultivarla. Segun él, debemos á este orden frecuentemente la sagacidad del entendimiento, y siempre la estension de la memoria. Considera tambien como defecto del orden, la indiferencia que se tiene á cierto género de estudios, lo que bajo ciertos respetos priva absolutamente de la memoria á aquellos que por otra parte parecen estar dotados de la mas feliz.

La memoria de los ciegos podrá depender del hábito que adquieren de clasificar sus ideas de tal modo, que pueden recordar con facilidad toda una série de

ellas. Vemos muy pocos ciegos que padezcan la locura, pasar al estado de enagenacion mental, que supone necesariamente una incoherencia en las ideas, y una divergencia total en las funciones del cerebro. La atencion tan concentrada que presentan á todas las cosas, hace que los objetos que no dejan en nosotros sino impresiones insensibles, se graven intensamente en su entendimiento; y que siendo esta facultad condicional, se turbe ó debilite en ellos como en los que no lo son, por las enfermedades, el delirio, la imbecilidad, &c.: pero en un grado mucho menor, lo que se deduce naturalmente de los principios establecidos. Repetidas veces he tenido ocasion de confirmar este hecho en algunas enfermedades agudas que les he tratado.

Se ha dicho que una gran memoria se unia dificilmente con un buen juicio; pero esta dificultad se ve vencida por varias personas que han sobresalido en una y otra facultad.

La memoria es, segun Montagne, un instrumento de maravilloso servicio, pues sin ella no puede juzgarse exactamente. Algunos han tenido una facultad increible

de retener. Séneca dice de sí mismo, que por un grande esfuerzo de su memoria repetia dos mil palabras con el mismo orden que las habia pronunciado. Muset refiere, que un jóven de Córcega habia encontrado el arte de adquirirse una memoria asombrosísima: de tal manera, que retenia hasta tres mil voces griegas, latinas, &c.; y sin relacion alguna entre sí, que la mayor parte eran insignificantes. Sin embargo, las recitaba todas en el mismo orden que se le habian dictado, descendiendo de la primera á la última, y subiendo en seguida de la última á la primera; y aseguraba poder aprender hasta treinta y seis mil con la misma rapidez. Enseñó su método á un veneciano, quien en cortísimo tiempo llegó á hacer lo mismo que él. En el dia se ha afanado Mr. Fainaigle para formar memorias artificiales; pero no es por este género de memoria por el que los ciegos se dan á conocer; se distinguen principalmente por la que se funda en los hechos ó en aquellas ramificaciones de ser desarrolladas por el juicio y por la reflexion.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO PRIMERO.

LISTA

DE LOS SEÑORES SUSCRITORES EN MADRID.

S. M. La Reina Nuestra Señora Doña Isabel II.
S. M. La Reina Gobernadora, Doña María Cristina.
S. A. El Serenísimo Señor Infante Don Francisco de Paula Antonio.
S. A. La Serenísima Señora Infanta Doña Luisa Carlota de Borbon.
D. Pedro Alejandro Barrante.
D. Francisco Fernandez Villavrille.
D. Luciano Paz.
D. Juan Luis Bolaño.
D. Luis Mariano Trota.
D. Fernando Algora.
Doña Josefa Tellet.
D. C. L. B. R.
D. José Madrazo Escalera.
Doña Clara Cabarrús.
Doña Ana María Baltar de Gorvea.
El Coronel D. Manuel Sanz.
D. José María Perez.
El Escmo. Sr. D. Pedro Castelló.
D. José Vega.
D. José Wanderlepe.
D. José Ponzoa.
D. José Muñoz.
Doña Agustina Calbo de Baeza.
Doña María Josefa Albo y Lopez.
D. Francisco Miralteis.

D. Regino Ruiz.
D. Leoncio Tejedor.
D. Agustin Martinez.
D. Pascual Ortega.
D. Miguel del Pino.
La Señora Baronesa de Casa Buin.
El Conde de Villapun.
D. Juan Sanchez Marin.
D. Miguel José Padilla.
D. Manuel Medeviela.
Doña Matilde Villalba.
D. Plácido Martin Sanz.
D. Ramon Andrés Albelo.
D. José María Gomez de Salazar.
D. Antonio del Olmo.
La Escma. Señora Doña Julia Rojas.
D. Luis María de la Llama.
D. Manuel Canseco.
D. Juan José Delicado.
D. Simon Villar.
D. Gregorio Sainz Peña.
D. Juan Manuel de Salazar.
D. Bernabé.
D. A. Perez L.
Doña María Josefa de Andrés y Dominguez.
D. Antonio Dominguez.
D. Martin de Lartundo.
D. Agustin Royo.
D. Cárlos Pereira.
D. Pedro Nolasco Merendon.
D. Blas Rojo.
D. Benito Cancía.
D. Juan Sevilla y Hernandez.
D. Bartolomé Miralles.
D. Fernando Rosado.
Doña María del Pilar Auroce.

La Señora Marquesa de Perales.
D. Andrés Villamartin.
D. Cayetano Carmona.
D. José Alvarez.
D. Alfonso Ramirez de Briones.
D. Ramon Capdevila.
D. Francisco Mercedes.
D. Felipe Renedo.
D. Benito Lecanda.
D. Antonio Armayor y García.
D. Manuel Godoy de Salvador.
D. Luis García de Soto.
D. Ramon de Aynz.
D. Pascual José Conejo.
D. Francisco Seco de Cáceres.
D. Manuel Vitor Fernandez.
D. Manuel María Febrer.
D. Ramon Lopez de Vera.
D. Butre.
R. P. Fr. D. Francisco Gomez, Monje Benedictino.
R. P. Fr. D. Antonio Gutierrez, Monje Benedictino.
La Señora Marquesa viuda de la Vega de Armijo.
D. Juan Antonio Carcelle.
D. Juan Bautista de Torres.
D. José Lucrano de Olavide.
D. Francisco Morales.
D. Manuel Castresana.
D. Tomás Orrian y Vazquez.
D. Manuel Genaro Gutierrez.
D. José Clavio y Basile.
D. Rafael Ruiz Ordoñez.
Dr. M. D. de Nestosa.
D. Lorenzo Marquina.
D. Saturnino Echevarría.
D. Feliz Ortiz Rivera.
D. José Martinez Marcos.

D. Antonio García Solís.
D. Nicasio Jorge.
D. José Vicente Calleja.
D. Vicente José Peral.
Doña Maximina Valverde.
D. José Perez y Montes.
D. Joaquin Florez.
D. Pedro Tejada.
D. Fausto Enderiz.
D. Ginés Lozano.
D. Francisco Perey.
Doña Norberta Alonso.
D. José Alamo Miralles.
D. Antonio Rodriguez Cepeda.
Dr. Joaquin Aguado.
D. Cristobal Matallana.
D. José Perez de Castro.
D. Francisco Gonzalez Ferro.
D. Juan Caneda.
D. Manuel Muñoz Luzuriaga.
D. Francisco Pedro Bueno.
D. Juan Goldoni.
D. Joaquin Ocaña.
Dr. José Gonzalez de la Cruz y Toro, abogado.
D. Lorenzo Nierfa.
D. Fermin Martin.
D. F. y P.
D. Bernardo de Sada.
D. Francisco Mario.
D. Juan Mata.
D. Vicente Alvarez.
El Escmo. Señor Marques de Espinardo.
D. Joaquin Gonzalez.
D. Agustin Montijano.
D. Felix de la Sotilla.
D. Domingo Ortiz de Pinedo.

D. Pedro Miguel de Peyro.
Doña Paula García.
El Escmo. Señor Don Justo Ibar Navarro.
D. Andres Gutierrez Llamosa.
D. Cándido Callejo.
D. Pedro Rico y Amat.
D. Vitor Lopez.
D. Tomás Linacero.
D. Manuel Trujillo y Galiano.
D. Antonio Hernandez.
D. Manuel María Aguilar.
D. Francisco Cerda.
D. José María Pardo y Sanchz.
D. José Mandrí.
D. Gumersindo Ondategui.
D. Facundo Andrés Gomez.
Doña María de la Ascension Lopez.
D. Juan Bautista Escayola.
D. Francisco Alvarez Galvez.
D. Vicente Lopez Freire.
D. Joaquin Valcarcel.
D. Jacinto María Montes.
D. Manuel del Valle y Galvez.
D. Juan de la Torre.
D. Joaquin Moreno.
D. Gerónimo Diaz.
El Escmo. Señor Marques de Santiago.
D. Agustin José Alvarez.
D. José Castaño.
D. Juan Bautista Canapa.
D. Juan Quirós.
D. José Antonio de Arana.
D. Manuel Delgado.
D. Alonso Holgado y Motezuma.
D. José Joaquin Hernandez.
D. Antonio Nuñez.

D. Santiago Galvez Padilla.
Licenciado D. Genaro Sanz, Presbítero.
D. Rafael Cabanillas.
D. José Valeriano.
D. Bartolomé Sainz de prado.
El Escmo. Señor Conde de Viamanuel.
D. Julian Muñoz.
D. Pedro Vega.
D. Pantaleon Luzas.
D. Manuel Jove y Salas.
D. Alvaro Pedro Maldonado.
D. Antonio Urquiza.
D. José Carrizo.
D. José Villafuerte.
El Escmo. Señor Duque de Werwik y Alba.
D. Silverio Hampa.
D. José de la Parra.
D. Juan Castelló.
D. Santiago Fernandez.
D. Manuel Olmedo.
D. Serapio Arabaca y Torre.
D. José Antonio Jimenez.
D. Gregorio Gomez.
Doña María de los Angeles Mergan.
D. José Gonzalez.
D. Fermin Gomez Salcedo.
D. Santiago Cuaña.
D. Mariano Cárlos de Onís.
D. Vitoriano García.
D. Pablo Cabrero.
D. Felipe Arraez.
D. Vicente Perez Peguento.
D. Manuel Sancho.
D. Manuel Cordorniu.
D. Tomás Juanes.
D. José de la Quintana.

D. José Manuel Lluque.
Fr. Julian Martin, Monje Gerónimo.
Doña Ruperta Plaza de Salazar.
D. Esteban Martin.
D. Fernando García.
D. Sergio García.
El Escmo. Señor Marques de la Romana.
D. Benito Muro Montenegro de Cameros.
D. Francisco Antonio Tellado.
D. Higinio García Tomé.
D. Manuel Pascual.
D. José Muñoz Maldonado.
D. Pedro Franconi.
D. Antonio Zarco del Valle.
D. Mariano Lorente.
D. Antonio de la Cámara.
D. Joaquin Arteaga.
D. Manuel Chavarri.
Doña Evarista de Luças.
D. Mariano José Gonzalez.
D. Luciano Palacios.
D. Melquiades Martinez.
D. Javier Oliver.
Doña Luisa San Florentino.
D. Saturnino Martin.
D. Ramon Cruz.
D. Casimiro Chavarri.
D. Francisco Moratilla.
D. Justo Aceñero.
D. P. A. Martinez Heredero.
D. Juan Manuel del Valle.
D. Juan Iturraldi y Pison.
D. Mateo Lobo.
D. Manuel María Azofra.
D. Francisco de Paula Albert.
D. Ignacio Saavedra.

Doña Joaquina Barrero de Lareta.
Doña Carlota Risueño.
D. José Pescador.
D. Miguel Cabrero.
D. Francisco Javier Montoto y Vigil.
D. Anselmo Jimenez.
D. Antonio Mariño.
D. Joaquin de Urrutia.
D. Jorge Vicente.
D. Sebastian Hidalgo.
D. Pedro Tornero.
D. Fabriciano García.
D. Ambrosio de Mella.
D. Antonino Ugena.
D. Manuel Sarasa.
D. Francisco Alvarez.
D. Manuel Godos.
D. Pedro del Castaño.
D. Rafael Gomez.
D. José de Eguía.
D. Manuel de Vargas Machuca.
D. Bartolomé Mendez.
D. Manuel Telesforo de Andres.
D. José Mariano Vallejo.
D. Mamerto Saez.
D. Juan José Sanchez Carpintero.
D. Pedro Ortiz.
D. Antonio José Morales.
D. Lorenzo Dale.
D. Manuel Infante.
El Conde de Valle Hermoso.
D. Andres Camaño.
D. Antonio Lopez.
D. Luis Alonso Florez.
D. Vicente García Villanueva.
D. Eusebio Mejía.

D. Domingo Vigil de Quiñones.
D. Ildefonso de las Hazas.
D. Mariano Larriba.
D. Manuel Soriano.
Doña María Carroz.
D. Ramon Marquina.
D. Antonio Melendez.
D. Lino Gonzalez.
El Escmo. Señor Duque de Abrantes.
D. Cayetano Martinez.
D. Saturnino Ormilaque.
D. Pedro Marcelino Moreno.
D. José Martinez de Ariza.
D. Juan Antonio de Neira.
D. Domingo Renedo.
D. Pio Usera y Alarcon.
D. Angel de Reguer.
D. Antonio de Mesa.
D. Tomás Nieto.
D. J. V.
D. Esteban Gomez.
D. Manuel Sanz Gonzalez.
D. Joaquin Segura.
D. Julian Lopez.
D. José María de Nocedal.
D. Ignacio Campos.
D. Ramon García Barragan.
D. Gerónimo San Miguel.
D. Juan José Morales.
D. Buenaventura Larreta.
D. Genaro Cabeza.
D. Antonio Odena.
D. Antonio Gonzalez.
Doña María del Carmen Caballero.
D. Antonio García de Gregorio.
D. Rafael Ginard y Mas.

D. Manuel Guio.
Doña Emilia Escribano Monaldi de Carmena.
D. Ignacio García Cabrero.
D. Valentin Gonzalez.
D. Fausto Aguado.
D. Pedro de Alvaro.
Fr. Joaquin García.
D. Manuel Lopez Gallego.
D. Manuel Toledo.
Doña Basilia Puig-Dollers.
Doña Catalina Paz de Cueto.
Doña Josefa Asta y Mendoza.
D. Pablo de la Lastra.
D. Manuel de Sobrado.
D. Felipe del Castillo.
D. Feliciano Cordero Dalp.
D. Julian Melendez.
D. José Crespo.
D. Manuel Zea Bermudez.
D. José María Dusmet.
D. Matías Angulo.
D. Domingo Maceres.
D. Pedro Julian Aupetie.
Doña Rosa Praps.
D. José Jofre de Villegas.
Doña María Engracia Cañizares.
D. José Ovejero.
D. Gabriel Velasco.
D. Juan Apolinar Camaño.
El Escmo. Señor Conde de Balvarde.
D. Antonio Gonzalez Navarrete.
D. Perfecto Villaront.
D. N. V.
D. Francisco Fabra.
D. Manuel María Paz.
D. Alejandro Gil y Caño.

D. José Guspi.
D. Vicente Melendez.
D. Eustasio Suarez.
D. Telesforo de la Peña.
D. Joaquin Calbache.
D. Antonio María Barona.
D. Manuel Rodriguez.
D. Lorenzo Herrero.
D. Patricio Pastor.
D. Pedro Avial y Roda.
D. Mariano Almagro.
D. Manuel Villota.
D. L. T. U.
D. Sebastian de Cases.
D. Mariano Alegre.
D. Bonifacio Penin.
D. F. T. R., Cura párroco de Luzon.
D. Juan José Gutierrez.
El Licenciado D. Cesareo Malo Garcés de Marcilla.
Doña Catalina Fernandez.
D. Manuel García.
D. Melchor Sanchez de Santa María.
D. Lorenzo Amado.
D. José Jimenez.
D. Lorenzo Martinez.
D. Juan María Pazos.
D. Manuel María de Goiro.
Doña María Isabel Correa.
D. Felipe de Cuesta.
D. Ramon Larrua.
D. Francisco Eustaquio Gonzalez.
D. Lorenzo Querejazu.
D. Mariano Arza.
D. Santiago Nistar y Geijo.
D. Santiago Zúñiga.
D. Juan García.

D. José María Pellicer.
D. Manuel Salamanqués.
Doña Rafaela Taisandier.
D. Pedro Vidal.
D. Luis Frens.
D. Tomás Gonzalez Serrano.
D. José María Zapin.
D. Antonio García.
D. D. C.
D. José María Roche.
D. Antonio Zapater.
D. Juan Gonzalez.
D. Manuel García Torres.
D. Pedro Salinas.

(*Se continuará.*)